

*Donada por J. H. S.*

**CÓMO SALÍ DE RUSIA**

*monarchie*

A. 802.598

VICENTE PEREZ (COMBINA)



CÓMO SALÍ  
DE RUSIA

COPYRIGHT 1933

A. 802.598

Primera edición

PUBLICACIONES  
**ROJO Y NEGRO**  
Cavá, 38, bajos  
BARCELONA

## PRÓLOGO

En la literatura social no abundan los libros documentales. Aunque haya excelentes ejemplos de estos últimos, parece como si el episodio auténtico y el dato directo carecieran de relieve o lo tuvieran únicamente en su versión oficiosa, de elogio premeditado y consigna obligada. De ahí que tengamos sobre un hecho de tan enorme repercusión artificial, como la concentración política soviética, toda una literatura indirecta, conceptuosa y doctrinaria; o bien una pirámide igual a las de Egipto, y como las de Egipto, elevada por siervos, de libros laudatorios, cuyos autores parecen rivalizar en la tarea de ganar un premio de aplicación y adhesión a las consignas.

En estos últimos años los Soviets han hecho depender su propaganda comercial de la propaganda literaria. El hecho de que la República española, que mantiene al autor de este libro en la cárcel, haya reconocido, con notas almibaradas, el régimen llamado

comunista, nadie sabe por qué, se debe a que hace diez años los Soviets organizaron en España unas cuantas editoriales de pie forzado en favor de la política moscovita. Por espíritu de clase, por burguesismo, aceptaron los señoritos españoles la literatura de contra-seña: hoz y martillo.

La clase media española, formada por ateneístas, universitarios, ejercitantes de las llamadas profesiones liberales y de la política republicana y socialista, tuvo lectores asiduos para cualquier alarde soviético libresco. Así como la Prensa comunista hace una propaganda poco eficiente, de repetición y calco, las editoriales introdujeron en los libros cierta amenidad, no siempre original, pero con frecuencia desprendida de la vejez secular que tienen las plumas.

Para los profesionales de la política, fué el comunismo tránsito corto—caso de Pérez Solís—o paso ligero desde una posición sin apelativo clasista, quedando en la línea—caso de Balbontín—o heterodoxia que se enamora de su propio fracaso sin expansión ni diálogo—caso Maurín—. Los tres casos de procedencia mesocrática—el que se va de la fila, el que se pone en fila y el que se desvía—nos explican la génesis del temperamento dirigente tan distinto de la dialéctica incisiva y matizada que se observa en el jurista soviético Erenburg, curioso ejemplar que no tiene repetición en la tierra hispánica por el comunismo.

La doctrina soviética tiene en España una expansión casi exclusiva en los rangos de clase media. Los

que quedan en la línea, los que vuelven a ella y hasta los que se ladean y escurren—sin exceptuar a Nin, el trotskista—son militantes de la clase media.

No se ha dado en España el caso de Bordiga, italiano comunista antiparlamentario, ni ha tenido aquí difusión la actitud de Maurín en la primera época, porque Maurín procede del sindicalismo y quiso ser al principio un Monmousseau o un Sorel, poco atento a la fila política; ni los que se llamaron anarquistas han ingresado en la comunidad moscovita más que para pasarse a la clase media desde el taller. Así, pues, no tuvo el comunismo político español lo que De Krieg, el alemán precursor de Erenburg, echaba en falta en el mapa leninista y trotskista de España: el taller. Fué más bien el comunismo español una oficina que una polea; más bien un volante literario que un registro de velocidades. Ni siquiera llegó aquí el automatismo gráfico de la imagería soviética más que con doce años de retraso en la punta del lápiz de Helios Gómez, cuyo ingreso en un sector comunista se festejó como una novedad con profusión de inocentes cohetes líricos. En Italia, el maquinismo de Marinetti desembocó en el fascio. En España la sensibilidad no contrariada de la clase media, ni rectificadas en el taller, desembocó en el comunismo político. Pero faltó a éste ámbito internacional y taller. El martillo que figura en las gacetas de propaganda soviética, es un martillo literario; no serviría para dar golpes y debió ser dibujado por quien no conociera el martillo más

que de oídas. La hoz, es un anacronismo, porque apenas se siega ya con hoz en las aldeas.

El comunismo español se desenvolvió entre cismas, es decir, entre interpretaciones oficinescas de táctica; como si los trabajadores no hubieran comprendido en España, y fuera, antes de llegar las consignas soviéticas, elaboradas en oficinas, lo que les interesa directamente.

En oposición a las reyertas académicas y líricas, pueden leerse obras escritas por obreros como Vicente Pérez, que trabajó en una ebanistería soviética, que vivió, y no poco tiempo, en aquel país tan sugestivo en todas sus manifestaciones no oficiales. Fué elegido Vicente Pérez por la burocracia del martillo para recibir unos cuantos martillazos en sus familias y en él mismo.

Ahora va a publicar, el excelente camarada Vicente Pérez, su libro "Cómo salí de la Rusia soviética". Una amable circunstancia relacionada con la avidez de leer, ha permitido, a quien escribe estas líneas, conocer el libro cuando está en momentos de aparición inminente.

Vicente Pérez (Combina), tiene un estilo vehemente, ya demostrado en su libro anterior: "Un militante de la Confederación Nacional del Trabajo, en Rusia". Tal vez castiga el texto mucho menos de lo que requiere para no perder espontaneidad, pero tienen las palabras de este ebanista un eco mil veces más vivo que toda la música celestial del Kremlin, terri-

blemente machacona y alargada como sombra de sombra. No es la literatura de Vicente Pérez una literatura de recambio. Ni siquiera es literatura. Plantea un problema; lo discute como narrador y a la vez como hombre de ideas. Leedlo y tendréis más motivos para juzgar en vuestra intimidad a los políticos proletarios de hoz decorativa, pero que no pincha ni corta.

El comunismo político se adentró por la clase media como un agente o corredor con pantalón bombacho de *boy* universitario y ademanes de pretensión internacionalista. Entre la clase trabajadora, sobre todo entre los jóvenes muy jóvenes, hizo propaganda política. Entre la clase media propaganda política y sindical. Vicente Pérez hace la mejor propaganda: la verdad por delante y una interjección amplia y rotunda, habitual en él, que es ésta:

—¡Aire!

Vicente Pérez escribe torrencialmente. Para él nada es tan importante como la verdad. La verdad tiene hoy, sobre la verdad de hace un siglo, exigencias ineludibles. Cien años atrás, la verdad era escueta, poco expuesta a simulaciones y falsedades. Hoy necesita un esfuerzo triple para imponerse. ¿Por qué? En primer lugar, hay más verdades en el mundo porque hay más mentiras; en segundo lugar, hay más intereses y, por consiguiente, más profesionales de la mentira; en tercer lugar, cualquier verdad actual ha de bifurcarse en matices puros para contrarrestar

las derivaciones impuras de la mentira, derivaciones múltiples, hábiles y persistentes que se visten con todas las galas y todas las falsedades aseguibles, ni pocas ni flojas. Se explica, pues, la insistencia de Vicente Pérez en restablecer la verdad sobre Rusia.

Entre la literatura oficiosa copiada por el bolchevismo en sus manuales más recientes de propaganda, hay unos trozos dedicados a inmortalizar dos autores españoles: Valle-Inclán y el poeta Alberti.

La política bolchevique publica antologías periódicas, incluyendo en ellas a autores elegidos. ¿Por quién? He aquí el misterio. Porque Ramón María del Valle-Inclán era carlista y vive ahora en Roma, como Alomar, inclinado ante el fascismo y representando el papel directivo de una Academia de Bellas Artes, que es para el verdadero arte lo que una jaula para los pájaros. La literatura de Valle-Inclán es la menos apropiada, la más alejada del dogma clasista. ¿Se elige como exponente de la mentalidad burguesa? Es posible. Tan posible y aun cierto como que los libros de Vicente Pérez no podrían circular en Rusia, mientras Ramón María del Valle-Inclán, burgués, tradicionalista y cancerbero de Academia, es el modelo para la política staliniana. Alberti es uno de los poetas de vuelo entrecortado y estética desdeñosa que aparecieron hace diez años, con retraso de medio siglo y creen que la poesía es algo substantivo y respetable, tanto si exalta una locomotora de cartón como un suspiro dactilografiado. Alberti es un representante

del arte por el arte, no del arte para la vida; un arquetipo de la clase media española, enloquecida por la burocracia bolchevique que ha besado a Herriot, el superburgués, en ambas mejillas.

Después de comprobar el gusto bolchevique por la literatura filistea de España, creo que Vicente Pérez no tendrá la pretensión de que sus textos se lean en territorio soviético. De no salir de Rusia, hubiera sido condenado a trabajos forzados. La República de Casas Viejas, que organiza banquetes espléndidos a base de los millones del petróleo monopolizado, llevó a Vicente a la cárcel. La República que dicen renovada con parches lerrouxistas, sostiene a Vicente Pérez, como a tantos otros camaradas, en ignominiosa situación carcelaria. El fenómeno parece explicable. Ningún aliado aprovecha tanto a la política bolchevique como la República de propietarios de todas clases que viene a ser el régimen español actual, imitador del despotismo soviético y de su oficinismo. Una avería telefónica en las oficinas soviéticas tarda en repararse un trimestre, y exige expedientes, informes y volantes en tal cantidad, que es preferible prescindir del teléfono; pero como prescindir del teléfono es también un caso de litigio burocrático, la tramitación inacabable provoca suicidios entre el mismo personal adicto. ¿Se quiere una pintura más exacta de la estupidez autoritaria?

Con lo dicho basta para acompañar un abrazo fraternal, que envío al buen camarada Vicente Pérez, en espera de que su libertad próxima le permita luchar por la definitiva libertad de todos.

Felipe ALAIZ

## INTRODUCCIÓN

Amable lector:

Permítame que de nuevo vuelva a la brecha. Me impuse de "mutu proprio" un deber y debo cumplirlo. Callar, silenciar la verdad de los hechos, sería complicidad directa o indirecta y sobre mi conciencia pesaría para siempre el delito de la traición.

La honradez en todo hombre íntegro que luchó, lucha y luchará, para que en la tierra prevalezcan los principios de justicia y de equidad, vilipendiados hoy, en la Sociedad presente, bajo todas las formas de Estados por democráticos que éstos se llamen, nos obliga a salir en defensa de aquellos que por su propio esfuerzo se hallan imposibilitados hoy de defenderse. Este es el caso en que la dictadura comunista que rije los destinos de la Rusia sociética, pone a la clase trabajadora en aquel extenso territorio.

No esperes de mí, querido lector, en este libro, ninguna obra teórica ni doctrinaria—no porque no sea un

amante y admirador apasionado de ellas, pero sí que la sinceridad me obliga a descubrirme ante mis lectores. Si no lo hiciera así, me colocaría al mismo nivel de mediocridad en que se han colocado unos cuantos "vivos" e impostores que por desgracia de la humanidad abundan en todos los países, y que para vivir sin hacer grandes esfuerzos, recurren a la política o escriben leyendas más o menos atractivas.

Unos hablan de cosas abstractas, que la inmensa mayoría leen, no para instruirse y elevar su sentido ético, sino, por el contrario, para atraerse más fácilmente el sueño una vez en el lecho.

Quienes habéis leído el contenido de mi primer libro: "Un militante de la C. N. T. en Rusia", habréis notado sin duda la falta del ritmo acompasado de la literatura. Mas sin embargo, no podréis dudar de lo descrito, puesto que todo el relato no son más que verdades vistas y escenas vividas, recopiladas con esmero durante mi larga estancia en Rusia, trabajando por espacio de tres años y medio en las fábricas, verdades que son precisas que estén en la mente del proletariado que gime bajo el yugo del Capitalismo, para que conozca y se dé cuenta de la manera en que aquella Revolución fué escamoteada a las masas trabajadoras una vez más. Quizá sirva esto de acicate, para que pongamos coto a las ambiciones de ciertos arrivistas y tráfugas que para escalar las esferas del Poder vienen desde tiempo utilizando nuestras espaldas, y después de haberse servido de estos medios se

convierten en los enemigos más irreconciliables de nuestros intereses de clase.

Por esto en la Revolución Rusa, los que luchamos por una transformación social puramente proletaria, donde mueran todas las jerarquías; donde queden aterradas la plutocracia y se hundan al abismo los privilegios, encontramos tantos defectos y fundamos nuestras razones.

Nuestra labor revolucionaria, nuestra propia Revolución debe orientar a las masas trabajadoras hacia el Comunismo Libertario, encarnado en la finalidad de la Confederación Nacional del Trabajo, donde desaparezca la propiedad y la desigualdad económica mal de todos los males, ya que no siendo así no puede existir armonía posible.

Por esto en la U. R. S. S. a pesar de sus 16 años de poder bolchevique, el descontento entre las masas obreras y campesinas, no sólo no ha desaparecido, sino que en muchas ocasiones ha puesto en serio peligro y aprieto al propio Partido Comunista, el cual, para acallar este descontento y las protestas del pueblo, ha recurrido a la violencia desenfrenada, al encarcelamiento en masa, desterrando y matando inclusive a indefensos trabajadores por exigir que las consignas que fueron utilizadas demagógicamente en 1917 fueran una realidad hoy. Si se prometió la tierra a los campesinos, por qué el Gobierno soviético pretende convertir el campo en fábricas agrícolas y

que sea el Estado el único propietario?

Se habla de la influencia de los "kulaks", y se dice que los levantamientos de los campesinos contra el régimen comunista se deben a la propaganda de aquéllos. Verdad es que los "kulaks" nunca vieron con buenos ojos al Estado soviético; pero, ¿qué influencia podrían tener los "kulaks", ni el elemento capitalista que todavía existe en Rusia —que según las estadísticas oficiales, hay un 8 por 100 de capital privado— si el partido bolchevique hubiera sabido lograr la felicidad entre todos los habitantes?

Los que hemos tenido ocasión de vivir en Rusia, conocedores de la psicología de aquel pueblo, podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que, a pesar de que el campesino ruso tuvo siempre una mentalidad pequeñoburguesa, si al iniciar el Gobierno soviético el Plan quinquenal de colectivización del campo, creando las granjas agrícolas "koljoses" y "sovjoses", los campesinos hubiesen visto en sus ingresos que su situación económica mejoraba, seguramente no se habrían mostrado refractarios al ensayo, ni hubieran desertado los que al principio acudieron llenos de la mayor buena fe.

Su ausencia, pues, fué debida a los irrisorios salarios que percibían, los cuales no les permitían cubrir sus necesidades más perentorias. He aquí la causa del fracaso de la colectivización y de la negativa de las

masas campesinas a seguir la política del dictador Stalin.

Se ha puesto un gran interés en ocultar la verdad, por parte de los directores de la nave comunista, sobre la situación económica y política de las masas laboriosas después de pasados tantos años de poder bolchevique. Pero la verdad, por mucho que quiera ocultarse, para que no trascienda a los que todavía creen que en Rusia se está forjando un mundo nuevo, y una civilización perfecta, les avergonzaría al saber que en Rusia todas, absolutamente todas las libertades han sido usurpadas y destruídas, reinando la más grande desigualdad.

Nada han dicho de todo esto los escritores a sueldo que van y vienen de la U. R. S. S., ni nada dirán. Unos, por conveniencia de partido, nos pintan una Rusia llena de comodidades y bellezas. Otros, a pesar de su buena fe, quizá han aceptado como buenos los informes oficiales de aquel Estado, haciendo libros a ojos cerrados, sin saber si perjudicaban o beneficiaban los intereses de la clase trabajadora.

¿Hay alguien por inteligente que se considere que sea capaz de ir a Rusia, desconociendo el idioma y que en pocos meses pueda escribir un libro sobre las condiciones de vida de aquel pueblo? No. Sin embargo, se ha hecho. Y yo digo: ¿Qué valor pueden tener las afirmaciones que han hecho muchos que no han pasado allí más de tres meses?

Para escribir es necesario haber vivido intensamente la vida de las fábricas; es menester haber vivido las necesidades del obrero, ser un trabajador, un asalariado de aquel régimen y entonces se podrá tener una solvencia y conocimiento para hablar y hacerse sentir. No siendo así, la mayor parte de cuanto se escriba sobre Rusia no tendrá más valor que el de un fuego de artificio.

Nosotros, los que hemos nacido en el fondo proletario, no podemos hacer literatura, como los profesionales de la pluma, porque apenas somos aptos para redactar una carta. Mas esto no es una vergüenza. Lo de la tierna infancia a ir a las fábricas o al campo como carne de explotación para que nos ganemos el sustento, ya que nuestros padres y deudos, con sus salarios míseros no pueden mantenernos. Les escuelas, para nosotros, han tenido y tienen actualmente muy poca eficacia, pues apenas las hemos frecuentado. Por otra parte, el Capitalismo necesita ignorantes y analfabetos —ya que sin éstos no habría esclavos para explotar— única manera de poder aumentar sus riquezas y privilegios.

Hemos visto desde nuestra moza edad, que las universidades y academias son monopolio exclusivo de la casta privilegiada. Sólo así han podido mantener el dominio de clase.

¿Cuántas inteligencias y hasta genios permanecen

ocultos en las sombras de esta Sociedad, tan injustamente constituida, donde solamente los privilegiados tienen el don de todas las ramas del saber?

Nos reímos muchas veces de algunos que militan en nuestro campo, que no creen en la posibilidad de un movimiento revolucionario, porque las manos—según dicen—carecen de cultura y se malograría todo esfuerzo al querer realizar el Comunismo libertario.

Superar hoy la inteligencia del hombre por su propio esfuerzo, por medio de escuelas, ateneos, etc., etc., es un proceso muy lento que pronto defraudaría nuestras buenas intenciones, ya que los múltiples obstáculos que nos presenta la burguesía imposibilitan que se revelen muchos valores que impulsarían al mundo con la rapidez eléctrica que hoy requiere la solución de muchos problemas planteados.

Tenemos miles de pruebas que justifican nuestra posición. Todos los valores que se destacan en nuestros medios proletarios, que luchan por la verdadera justicia, a no tardar mucho, serán perseguidos o encarcelados, haciéndoseles la vida imposible por medio del boicot y las más de las veces para acabar con ellos se arma una mano mercenaria que les asesina impunemente. Así evita la burguesía que no podamos iluminar los cerebros oscurecidos por la incultura y la ignorancia.

Por esto tenemos de aceptar que la Revolución tiene que producirse con los hombres tal como son: con

sus defectos y sus virtudes. Así se han hecho todas las transformaciones sociales a través de la Historia. Lo demuestra la última revolución rusa, que, aunque escamoteada por un partido, no dejó de ser una gesta sublime del pueblo por la conquista de la libertad, a pesar de estar considerado este pueblo como uno de los más atrasados.

Las revoluciones no se han hecho nunca esperando poner todas las capacidades, criterios y voluntades a la altura de ellas, sino cuando ha existido una pre disposición netamente revolucionaria en los pueblos, producto de un malestar social.

¿Hay alguien, hoy, que pueda negar que el factor motor de la insurrección armada del pueblo ya existe contra las clases privilegiadas?

El régimen capitalista ha perdido su estabilidad política y económica. Prueba de ello: los grandes ejércitos de obreros parados que hambrientos recorren las grandes avenidas y bulevares de los más importantes centros industriales. La mayoría de ellos, anémicos, de caras esqueléticas, propensos a ser víctimas de la tuberculosis.

Ante el trágico y doloroso panorama que tenemos alrededor nuestro, los trabajadores no tenemos más que una salida, ya que ninguna solución podemos esperar de los Estados, llámense rojos, blancos o negros.

¡Hay que tomar las fábricas y todos los medios de producción! ¡Hay que transformar la economía capi-

talista, por una economía estrictamente socialista! ¡Hay que destruir este mundo de privilegios y plutocracia por un mundo de trabajo! Pero para conseguir esto hay que sentirse macho y no temer al enemigo.

Hay que gritar fuerte, ¡todo es de todos! Pero sin perder de vista que los que hasta hoy detentan el producto del trabajo del pueblo, banqueros, rentistas y financieros, no le darán nuevamente lo que de derecho le pertenece. Hay que cogerlo como sea, luchando para destruir lo que nos impide ser libres: la autoridad y el Estado, salvaguardadores de la propiedad. Derribando estas instituciones podremos conseguir instaurar la sociedad tan anhelada por todos los que gimen bajo el yugo ignominioso del régimen explotador.

Trabajadores, compañeros todos: no consintamos que nuestra Revolución se corrompa como la Revolución rusa. No hay que confiarla a ninguna minoría ni a ningún jefe ni caudillo. La revolución española, obra de todos, ha de ser velada y defendida por todos.

Me he visto obligado a escribir mis libros "Un militante de la C. N. T. en Rusia" y "Cómo salí de Rusia", para que se tenga una idea de cómo viven los trabajadores rusos después de quince años de la mal llamada dictadura proletaria.

¿Por qué os alarmáis, ¡oh defensores del "paraíso rojo"! cuando criticamos acremente y con sobrada ra-

zón el estado termidoriano en que ha caído el sistema bolchevique?

¿Acaso la revolución fué obra única y exclusiva del Partido Comunista? ¿No fueron también los anarquistas, quienes se batieron en las barricadas, confundidos con las masas obreras y campesinas, para hundir al zarismo, lo mismo que al Gobierno de Kerensky? Entonces, ¿cómo podéis justificar, después de quince años de Poder, esta persecución tan sañuda contra los anarquistas y contra cuantos no piensan como vosotros, como lo demuestra la persecución que realizáis contra el trotskismo?

El Estado bolchevique está hoy impregnado de los mismos defectos y contradicciones que los demás Estados del mundo.

Siendo así, a mi entender, es hacer obra revolucionaria combatirlo, ya que la Revolución rusa no pertenece solamente al proletariado ruso, sino que pertenece al proletariado revolucionario internacional, toda vez que todos juntos supimos defenderla contra el bloqueo de las potencias imperialistas, facilitando de esta manera el triunfo del pueblo trabajador de la Rusia zarista.

A pesar de que somos nosotros los primeros en lamentarlo, nada nos puede importar que la Revolución rusa, que despertó un volcán de ilusiones en todos los trabajadores del Universo, sedientos de justicia, hoy

tengan que destruirlas al conocer la verdad de los hechos.

Las nuestras también fueron truncadas, y, defensores de lo que hasta ayer fué para nosotros una obcecación de sueños, nos hemos convertido en enemigos para combatirlo. ¡No haremos armas contra los trabajadores rusos! A estos les defenderemos siempre contra todo y contra todos, ya que su gesta no fué realizada más que pensando en lo sublime, batiéndose con fe contra su rey felón Nicolás II y contra los ejércitos reaccionarios.

Pero, ¿cómo podemos nosotros solidarizarnos con los que se han erigido en "élite" de la nave comunista y hoy matan, violan y deportan a las estepas siberianas a los mejores revolucionarios? ¿Puede existir un hombre sincero, un luchador noble y altruista que justifique o defienda la política nefasta y peligrosa del dictador Stalin?

Nada me pueden importar los ataques o el cieno que sobre mí lancen los incondicionales de Moscú, defensores de lo que no tiene defensa posible. Yo continuaré siempre mi labor de crítica, ya que considero que es la única forma de subsanar errores o traiciones, si es que las han habido, a fin de que la Revolución continúe los cauces que los trabajadores le marcaron en 1917.

Es casi seguro que mis razonamientos, hoy, no tendrán la eficacia suficiente para deshacer las leyendas

creadas alrededor de Rusia. Quizá un día no lejano mis propios enemigos reconozcan las verdades expuestas en este libro como en mi anterior, ya que todo su contenido no es más que el fiel reflejo de la vida que hoy soporta el pueblo ruso y que yo mismo he vivido durante tres años y medio.

¡Ojalá me equivocara y tuviera que rectificar mis afirmaciones! Reconocer las equivocaciones es de hombres sinceros y nobles. Mas lo dudo, aunque este sería mi deseo. Lo dudo porque para ello sería necesario un viraje decidido en la dirección bolchevique, permitiendo la introducción de corrientes nuevas de otros matices ideológicos que darían impulso y realce a los espíritus decaídos de la clase productora, caminando hacia la libertad política y la igualdad económica.

No debe desconfiarse de los trabajadores rusos, a pesar de las dificultades que la dictadura del Partido Comunista les pone para poder desenvolverse y manifestarse tal como sienten y piensan en las asambleas llegando a un estado de castración moral, producto de la falta de libertad. No obstante, debemos ser optimistas. Los pueblos, aun los más esclavos, reservaron siempre sorpresas grandes, y a pesar de los diques de contención que se crean para resistir las avalanchas populares, éstos, un día, cansados de tanta humillación y escarnio, se levantan como remolinos huracanados y sacuden para siempre las dictaduras que fueron en

todas las épocas, y más en la actual, la completa negación de la libertad del individuo y de las colectividades.

Es verdad, amigo lector, que sobre Rusia se han escrito montones de literatura, pero, a pesar de ello, es necesario que se escriba otro tanto más, porque el problema ruso es siempre un tema de actualidad y que debe tener prioridad entre todos los demás, dado a que los primeros chispazos de aquella gran Revolución como sucedió en la Revolución francesa fueron acogidos en los corazones inquietos de la clase trabajadora internacional como un faro de luz irradiadora, esperando que el fuego encendido en los campos y fábricas del viejo régimen zarista, haría surgir un mundo nuevo que se alzaría como una fortaleza de esperanzas para los parias, los asalariados y famélicos de esta Europa embrutecida y decadente.

Pero, ¡ah!, doloroso es decirlo, mas no hay que engañarnos. Nuestras ilusiones han quedado desvanecidas. La Rusia de hoy, como la de ayer, no es la Rusia que debía ser y por la cual se dieron tantas vidas en las luchas sostenidas entre el capital y el trabajo. La Revolución no ha sido para todos, sino para unos cuantos. Y donde esperábamos ver constituido un sistema de convivencia social humano, justo y equitativo, nos encontramos con un nuevo Estado burocrático y autoritario que convierte al hombre en un instrumento vulgar, en una máquina que maneja a su capricho y

antojo y ¡guay! de quien proteste. Este se expone a ser considerado como un contrarrevolucionario, trotskista o anarquista y objeto de persecuciones lo mismo que en nuestra "República de "trabajadores".

A vosotros, comunistas, solamente dos palabras quiero deciros, contestando a lo que vais cacareando del "paraíso rojo", cantando excelencias que nunca han existido.

Yo también, como vosotros, antes de haber vivido en Rusia, y a pesar de no haber pertenecido jamás a ningún partido político, vivía alucinado por esta ingenuidad infantil en que viven los que desconocen la realidad y las amarguras de la vida rusa. Fui a la U. R. S. S., después de haber pasado largas temporadas en Francia, Alemania, Bélgica, Holanda y Luxemburgo. En todos estos países vi las mismas luchas. Las persecuciones, el despotismo gubernamental de los de arriba contra los de abajo. Hambre y sufrimientos para unos; alegría, riquezas y abundancia para otros. Este es el contraste de la vida artificial a que fueron sometidos los pueblos a través de los siglos.

Por fin, acosado por los verdugos del Capitalismo, fui a lo que vosotros, comunistas, denomináis la Gran Patria "Proletaria".

No creáis que esperaba encontrar un paraíso ni me figuraba que todo fueran bellezas. Pero, sinceramente hablando, tampoco aguardaba encontrar el privilegio, las jerarquías y menos la desigualdad económica,

que hace que en Rusia nazcan nuevas castas representadas por los técnicos, los intelectuales y burócratas, que forman hoy la moderna aristocracia, aunque denominada obrera. Estos son los únicos beneficiados por la Revolución y no los trabajadores auténticos que todo lo producen y son los peor considerados.

¿Podemos transigir con todo este engranaje de cosas, que son la negación del progreso mismo? ¿Cómo podemos callarnos ante la falta de libertad tan necesaria para el hombre como para el animal, para el desenvolvimiento de sus facultades físicas, morales e intelectuales?

¿Qué es lo que diríais, vosotros, rusófilos, si en mi lugar hubiérais vivido esta experiencia propia, experiencia que no encontraréis a través de tanta literatura como se ha publicado durante estos últimos años?

No es lo mismo leer las cosas que vivirlas, pues como decía un escritor:

*En este mundo traidor,  
nada es verdad ni mentira,  
todo es según el color,  
del cristal con que se mira.*

Esto es lo que hacen la mayoría de los que van invitados a visitar la U. R. S. S. Juzgan la situación de la clase trabajadora a través de su posición llena de comodidades y agasajos, que es el tratamiento corriente con que son recibidos los delegados de los

diferentes países que visitan a Rusia, cosa que ya habrá podido observar el lector, si ha tenido ocasión de leer mi libro anterior.

o tengo el firme convencimiento de que si todos cuantos os masturbáis cerebralmente, discutiendo por las plazas públicas lo que solamente conocéis a través de la literatura intencionada i partidista, tuvierais que vivir la vida de la fábrica, como yo he vivido, no podríais escapar a la indignación que estallaría cuando ante vosotros viérais toda esta plaga burocrática que, con su elevado salario ésta saborea las delicias de la vida, mientras vosotros continuárais la vida raquífica del hambriento.

Entonces haríais lo que otros han hecho antes que yo, y no dudaríais de mis exposiciones, aunque tanto me importa, ya que mi espíritu no se inquieta ni se vence por nada ni por nadie. Y menos aún cuando se dicen verdades. Señalar peligros donde los hay para poner en guardia a los trabajadores, es un deber de todos los que aman a su clase. Mi clase, fué siempre la más explotada, la más despreciada en todas las épocas. A ella, tengo que defenderla y servirla, contra el despotismo capitalista y también contra la tiranía bolchevique.

¿Conseguiremos que cese esta política represiva, y que en la U. R. S. S. no sea sólo la voz del Partido quien se haga sentir, sino que sean los trabajadores

también quienes hablen y puedan hacer sentir su peso sobre los organismos superiores, con toda garantía para cuanto les dicte su voluntad y conciencia?

Este libro se propone esto. No hemos buscado para lograrlo la combinación de palabras altisonantes ni pomposas, ni prosa escogida y adornada, ni frases de relumbrón. Únicamente hemos apelado a la exposición neta, escueta, sencilla, desprovista de adornos de los hechos vividos.

Si mi propósito no es estéril, me daré por satisfecho y consideraré que mi trabajo, fruto de varios años de paciente investigación en las entrañas mismas del país ruso, no ha sido en balde, y con esto habremos prestado un gran servicio a la Revolución proletaria.

V. Pérez COMBINA

## CAPITULO I

### MI PRIMERA IMPRESION DEL CAMBIO DE REGIMEN EN ESPAÑA.—GESTIONES PARA SALIR DE RUSIA

Era el día 15 de abril de 1931; yo me encontraba a 25 kilómetros de Moscú, en una casa de descanso, pasando los quince días de vacaciones que corresponden a todo obrero una vez por año, cuando una mañana, muy temprano, estando todavía en mi profundo sueño, oí una voz fuerte y recia que gritaba:

—¡Levántate español! Tengo noticias serias para ti.

En aquel instante, a los gritos me desperté. Ante las voces que daba aquel camarada ruso, salté de la cama y mientras cubría mi cuerpo, quedé sorprendido al ver que mi cuarto estaba invadido por una nube de compañeros y amigos de hospedaje.

—¿Qué pasa?—exclamé—, medio tartamudeando al ver aquello, ya que no era costumbre en mí, presenciar aquellas visitas numerosas.

Nadie contestó.

Sólo una risa notaba en los labios de aquellos nobles compañeros. Con ella parecía que adivinaban la emoción que me produciría el conocer la misiva que les había traído a mi habitación. Los más íntimos, sin pronunciar un sola frase me abrazaban. Los otros me saludaban con un fuerte apretón de manos. Yo estaba nervioso. No comprendía a que podían obedecer tantas felicitaciones.

Mientras terminaba de vestirme, ya de pie, nervioso e intrigado, pregunté:

—¿Queréis decirme, amigos, de una vez que es lo que pasa?

Por fin, conseguí conocer la grata noticia.

Uno de ellos, el más pequeño de todos respondió:

—Todo cuanto nos hablabas ayer en el Club, se ha cumplido.

—¡Cómo! ¡La Revolución en España! ¿Será posible?

Entonces puso en mis manos el periódico. Lo leí con una fe que lo devoraba. Lo repasé más de mil veces. Todo pasó por mi cerebro como una cosa extravagante, fantástica. Estaba emocionado. La "Casa de Descanso", no tardó en convertirse para mí, en una cárcel. En aquel momento hubiese querido tener el don de transformarme en ave para lanzarme a volar por el espacio y poder ganar antes la Península Ibérica. ¡Eran tan grandes mis deseos de abandonar la

Unión Soviética y ganar España, que son indescribibles.

Estaba cansado, hastiado, de vivir en un país donde el exponer ideas contrarias a las predominantes, era un peligro y un delito al mismo tiempo.

La monotonía de la vida rusa, no se debe al carácter bondadoso ni místico del pueblo, ni tampoco a las costumbres ni a la falta de paisajes, ya que de los países de Europa y casi del mundo, la topografía rusa es una de las mejores. La causa de esta monotonía, es la política sectaria del Partido Comunista ruso que no admite la multiformidad del pensar humano, creando así, verdaderos autómatas que no pueden hablar ni moverse sino al compás de la batuta del jefe de orquesta del Buró Político.

Hubo un momento de vacilación en mí. Temía que la noticia que acababa de leer en el periódico "Troud" fuese falsa, facilitada por alguna de las agencias informativas que se prestan a todos los manejos políticos. Entonces procuré leer la "Pravda" y la "Izvestia", y después de constatar que todos coincidían en lo mismo, ya no me cupo duda alguna.

Entonces, rodeado de mis amigos, les conté los inmensos deseos que tenía de emprender el viaje a España.

—Los trabajadores españoles, mis hermanos, viven horas solemnes—exclamé, lleno de júbilo y alegría.

No podía ocultar mi satisfacción.

—Por fin los obreros españoles, nuestros hermanos de clase, después de tantos años de esfuerzos, durante los cuales han vertido tanta sangre, se han visto coronados por el éxito. ¡Vencieron al Capitalismo! ¡Terminaron para siempre con el oprobioso baldón de la dictadura! ¡Se han libertado!

Terminado que hube este pequeño diálogo con mis compañeros, me dirigí en seguida al jefe de la Administración de la "Casa de Reposo" puesto que todavía me faltaban seis días para vencer el plazo de mis vacaciones.

Conseguida la autorización, preparé mi bagaje. Apresuradamente me encaminé a la estación. Fui acompañado de todos los que en tropel habían acudido a notificarme la grata noticia.

La voz se había corrido como reguero de pólvora al saberse que yo abandonaba aquel lugar, quizá para no volver jamás. Hasta los médicos y todo el personal de servicio salieron a despedirme.

—¡Se va a España!—decían unos.

—¡Ha estallado la Revolución!—gritaban otros.

Durante el trayecto de cuatro kilómetros que separaba la estación de la "Casa de Descanso", fuimos andando y conversando. Todos me preguntaban lo mismo:

—¿Qué carácter puede tener la Revolución en España? ¿Es fuerte el movimiento anarquista? Si triunfan los trabajadores... ¿harán la República Soviética?

No me atrevía a opinar. Desconocía el alcance que podía tener la Revolución. Pero, ante la insistencia de tan agradable compañía—que no olvidaré mientras viva—dije: En España la Revolución, si la hace el pueblo, será puramente anarquista. No solamente por su temperamento y su idiosincrasia, sino también porque las ideas ácratas han sido muy divulgadas; son las que el pueblo español más conoce y las que mejor reflejan el sentimiento humano. De modo que si triunfa el proletariado—repetí—no habrá dictadura, ni Estado ni privilegios. Todos seremos iguales desde los puntos de vista económico y social, ya que ni intelectual ni físicamente hay igualdad posible. Esto, es el Comunismo libertario.

Todos quedaron perplejos.

Comprenderá perfectamente el lector el porqué de su extrañeza, cuando sepa que en Rusia todas las obras anarquistas están fuera de circulación. No queda más que el Museo de Kropotkin, donde están todos los trabajos publicados por el gran maestro. Libros, periódicos, revistas, folletos, manifiestos, etc., etc.; están expuestos y guardados como un recuerdo de antigüedades.

He aquí por qué la nueva generación rusa desconoce la Anarquía.

Ya en el andén y cuando la conversación se hacía más interesante aparece la locomotora tras un estruendo de sendas frenadas y chirridos, entra en la

estación. Me despidió de todos mis amigos y al ponerse en marcha el convoy, atronó el espacio un estentóreo grito de ¡Viva la Revolución! lanzado por aquellos buenos y amables compañeros que allí quedaban.

El grito de ¡Viva la Revolución! fué repetido varias veces, llegando a mis oídos cada vez más débil, hasta que desapareció la silueta de la estación que ya se presentaba como un punto negro en lontananza. En una curva pronunciada la perdí de vista.

—¡Salud, compañeros de infortunio!—exclamé, casi balbuceando.

Al poco rato llegaba a Moscú. Me dirigí a mi casa. Mi compañera quedóse sorprendida al ver mi aparición inesperada. No pude contenerme: la besé y también a mi hijita.

—Nos vamos a España—dije—. Ha llegado mi hora.

Aquella noche apenas pude conciliar el sueño. Sobre mí pesaba el tiempo. Los días se me antojaban semanas, las semanas meses y éstos años.

Al día siguiente corrí a casa de los compañeros a quienes más me unía la relación, acaso por ser compatriotas míos. Hablé con Bernardino Alonso, que trabajaba conmigo, y con Jesús Ibáñez. Leímos nuevamente la prensa para persuadirnos bien de cuanto pasaba en España, y determinar las gestiones que eran precisas para abandonar a la U. R. S. S.

Aquel día ya no hablaban los periódicos de revolución. Las noticias confusas del día anterior, se tra-

## UN LIBRO

DONDE SE RELATAN MUCHOS CRÍMENES  
"LOS CRÍMENES DE MACHADO"  
CUBA

por R. Mogrovejo.

Es un libro sensacional donde se dan a conocer las monstruosidades del General Machado desde su aparición en Cuba.

El sistema judicial y policiaco, clausura de periódicos, organizaciones disueltas, asaltos domiciliarios, expulsiones, asesinatos; el asesinato de Mella. — ¿Quién era Mella? — Los asesinos; cómo se consumó el crimen.

La revolución de Agosto, El Castillo del Príncipe, la Isla de Pino, la Cabaña y otras prisiones abarrotadas de obreros, estudiantes e intelectuales, y por fin, la revolución en marcha...

Es un libro en el que historia *todos* los crímenes documentalmente el revolucionario que vivió durante un tiempo en Cuba, R. Mogrovejo, conocido en los medios avanzados.

Cubierta, a dos tintas. Ejemplar, *una peseta*. Descuento, el 25 por 100, pasando de 10 ejemplares. Pagos adelantados o a reembolso.

Pedidos a VIDA Y TRABAJO, Harzenbusch, 19. Apartado 10012. Teléfono 34556.

M A D R I D

TODOS DEBEN LEER

“DE LA CRISIS MUNDIAL  
A LA ANARQUIA”

EUGENESIA DE LA SOCIEDAD LIBRE

Por nuestro sabio compañero MAX NETLAU  
Traducción y prólogo de DIEGO A. DE SANTILLÁN.

UN GRAN LIBRO

EDITADO POR

“SOLIDARIDAD OBRERA”

Un libro que deben leer los estudiosos, los inquietos, los revolucionarios sinceros. Trescientas cincuenta páginas de texto. Un libro que no debe faltar en ninguna biblioteca.

Los agentes y paqueteros, los que deseen contribuir a su difusión, pueden hacer pedidos, previa remisión del importe.

PRECIO: TRES PESETAS

Desde 5 ejemplares el 25 por 100  
Pedidos a: VIDA Y TRABAJO, Harzenbusch, 19. - Teléf. 34556. - Apartado 10012.

M A D R I D

FERREIRA.-DOCIOT Mata. 3.-MADRID

ducían todas en afirmaciones concretas: “La República en España”.

Entonces, sólo entonces, descendí de la altura en que me había remontado creyendo las informaciones del día anterior, y comprendí que no se trataba de la Revolución, sino de un simple y sencillo cambio de régimen.

Mi sorpresa se tradujo en sospecha, y en mi imaginación se acloparon dudas confusas. No comprendía cómo el proletariado español, que siempre había tenido una tradición revolucionaria, no la hubiera manifestado en la calle. Pensé en seguida en las traiciones por parte de algunos de los más destacados elementos de la C. N. T. Pero no. No debía pensar así, porque hacía bastante tiempo que yo faltaba de España y por lo tanto desconocía el ambiente.

No obstante, vi en seguida que la República no podía consolidarse ya que ésta había sido decretada, como lo fué la dictadura de Primo de Rivera en 1923.

¡Todo régimen que no cueste grandes luchas--piénsese--entre el Estado vencido y el grupo vencedor, carece de fundamentos sólidos y está propenso a que en cualquier eventualidad desaparezca.

La República española es algo que no tiene consistencia, pues los hombres que la representaban, en el fondo, son más monárquicos y reaccionarios que los propios conservadores del fantoche Alfonso XIII.

No tardaremos mucho tiempo en que esta suposición se confirme, pues los mismos que ayer, en nom-

bre de la Monarquía, masacraron a los trabajadores, hoy, en nombre de la República emplean las mismas armas fratricidas. Cometan los mismos crímenes. Sin embargo, los republicanos de hoy, que se han podido enchufar con el cambio de régimen, hacen como los comunistas de Rusia.

Cuando criticamos a la República y la combatimos, nos llaman agentes de los monárquicos. Los comunistas, nos tildan de agentes de la "Liga Antisoviética" aun sabiendo que mienten. La cuestión, lo que les interesa, es sembrar el confusionismo. Nosotros no somos ni lo uno ni lo otro. Somos los revolucionarios de siempre. No queremos la Revolución por la Revolución. Y si combatimos a la República de "trabajadores" sin trabajo y combatimos a la República Soviética, no es porque queramos que vuelva a asomar las narices la monarquía de los Borbones, ni tampoco que en Rusia impere de nuevo el zarismo. Estamos contra unos y contra otros porque queremos una Revolución social puramente proletaria, donde no hayan privilegios para nadie; donde todo sea de todos.

Acto seguido, después de este cúmulo de reflexiones, empecé a hacer todas las gestiones necesarias para salir de Rusia. Estaba enterado por antecedentes de otros compañeros, de la multitud de obstáculos que se tenían que vencer, ya que para salir de Rusia,

es preciso que la G. P. U. tenga el convencimiento, lo mismo que el Partido, de que el recién salido será un ciego defensor del "paraíso rojo".

Para que no dude el lector de lo que digo, señalaré un caso que por sí sólo se comenta. En plena sesión del IV Congreso de la Internacional Sindical Roja, un camarada español, muy conocido por los grandes servicios prestados a la Revolución rusa, y por el cargo de segundo secretario que desempeñó durante varios años, se levantó en una de las sesiones del Congreso y pronunció entre otras palabras las siguientes: "En Rusia, tanto en los Sindicatos como en el Partido, no hay democracia". Dicho esto ante los delegados de varios países llegados a Rusia, fué lo suficiente para que fuera expulsado del Partido y del Sindicato.

Si hubiera sido un obrero manual, hubiera sido condenado al pacto del hambre. Pero como su especialidad era hacer traducciones del ruso al español, y hay muy pocos que se dediquen a ello, pudo continuar ganándose el sustento.

Con éste, a pesar de que ideológicamente entre él y yo mediaba un abismo, nos unía una estrecha amistad. A pesar de ser él comunista, tuvo siempre relaciones con los anarquistas.

Sabía yo, la multitud de idas y venidas que había hecho en busca de la autorización para salir de la U. R. S. S. Llevaba un año haciendo gestiones hasta que al fin, un día, lleno de cólera, se dirigió al Comité Central y dijo: "Si ustedes me niegan el pasaporte

para salir de Rusia, me veré precisado a armar un escándalo a través de la prensa." Como que los bolcheviques sabían la influencia internacional que tenía la personalidad de Nin, entonces aflojaron la clavija, y a las pocas semanas era conducido por la G. P. U. a la estación, para ser embarcado en el tren de Riga. Sin embargo, la "Pravda", a los pocos días, publicaba la siguiente noticia: "A petición de la Delegación china, acaba de ser expulsado del territorio ruso, por contrarrevolucionario, Andrés Nin."

He aquí de qué forma se entiende en Rusia la libertad política y ved cómo se arroja despiadadamente, por una simple exposición de ideas, a un hombre que puso sus fuerzas al servicio de la Revolución.

A otros, por estos mismos hechos o análogos, se les conduce a la Siberia, o no se les deja abandonar la tierra rusa.

Más adelante, en posteriores capítulos, el lector se informará de la manera que obran los que tienen como norma el engaño y la ficción.

Ante las afirmaciones de los propagandistas a sueldo, nosotros que hemos vivido estas "delicias", tenemos la obligación de decir claramente, escuetamente, diáfananamente, sin embages, todas las verdades. Si no lo hiciéramos así, nos creeríamos deshonrados y romperíamos con indignación la pluma.

Este cuaderno es un trabajo de luz, es un vocero de la verdad, heraldo de los verdaderos revolucionarios rusos. Es sobre todo la mano que ha de quitar

la careta a todo un sistema que tras unos pomposos rótulos, esconde todos los defectos, todas las gangrenas sociales.

Y vamos a relatar, sin más preámbulos, cómo salí de Rusia.

Venía de hacer por escrito mi solicitud al Socorro Rojo Internacional, que era donde me pertenecía hacerlo, por no ser miembro del Partido Comunista.

Mis primeras gestiones no dieron muy buenos resultados, pues todos cuantos estaban al frente de estos organismos me miraban con reserva. Sabían que no pertenecía al Partido. Esto que a simple vista es cosa insignificante, crea sospechas hasta al mismo Losovski.

Exclamaban: ¿Cómo dejar salir de Rusia a un emigrante político que hace tres años y medio que vive en Rusia y no pertenece al Partido Comunista? (como si indefectiblemente cuantos saborean las "delicias" del "paraíso rojo" no pudieran escapar al entusiasmo, al conocer la gran obra (?) que realiza el partido bolchevique).

Por todas partes no se observan más que grandes rótulos como este: "Todo por la edificación del Socialismo". No quiero yo discutir si el sistema es socialista o no lo es, pero si lo fuera, yo, desde hoy, doy mi disconformidad absoluta. Si Marx fué el creador de tal sistema, nada pueden agradecerle los pueblos ni la humanidad entera. Si alguien a este socialismo le llamara progreso, nos tendríamos que reír a grandes

carcajadas, ya que en Rusia todo es una farsa innoble y engañosa.

Ya en mi opúsculo anterior demostraba con detalles y argumentos irrefutables la vida del obrero ruso desde el punto de vista económico, salarios, condiciones de trabajo y mísera forma de vivir.

Entonces, cuando vi fracasadas mis primeras gestiones para partir de Rusia, valientemente tuve que afrontarme con toda aquella plebe de burócratas.

Resistí todo lo que pude resistir. Crecí no poder aguantar más la burda comedia que presenciaba. Quería vomitar de una vez la indignación que sentía por la forma de ser tratados los que no éramos considerados intelectuales o no teníamos donde apoyarnos, pues en Rusia, como en las demás partes, quien no tiene amistades con alguna personalidad destacada, no hay nadie que le escuche, por fuerte que grite.

¿Qué es allí un emigrante político, o un obrero más o menos consciente? Un soldado más, a quien nadie hace caso. ¡Hay tantos!... Esta es la definición que hacen los que están en las poltronas de los comisariados y las oficinas políticas, pero si vierais cómo tratan a los que tienen una personalidad creada en las masas trabajadoras o en el mundo de las letras, os indignaríais como yo.

Para éstos movilizan automóviles, canoas para atravesar los ríos; pasean como pachás, los alojan en los hoteles más lujosos y confortables, en Leningrado, Moscú o Tiflis, a costa de los que trabajan, para que

se amolden muchas castas y muchas clases que en octubre de 1917 reemplazaron a la vieja burguesía.

¡Hay que renovarlo todo!, gritaron los defensores intransigentes del nuevo Estado. ¡Todo! Menos el trabajo productivo. Este se cotiza poco, porque hay siempre abundancia. No obstante, han acostumbrado a la gente a gritar: "¡Viva el Comunismo!" (Comunismo de unos cuantos.)

Transcurrieron tres semanas. Cansado de ir y venir al "Mopra" (Socorro Rojo Internacional) en busca del dichoso permiso para poder abandonar a la U. R. S. S., y a pesar de mis continuas exigencias, lo lograba adelantando un solo paso el tan anhelado permiso.

En vista de aquella lentitud, que exasperaba hasta en extremo inconcebible mis deseos, y temeroso en gran manera de no poder realizar lo que había llegado a ser una obsesión para mí, un día, por una rara coincidencia, hallándome en el departamento del secretario de los países latinos del Profintern, donde fué recomendado por el S. R. I., me encontré con Andrés Colomer, al cual no había visto desde 1922. Le conocí en París, cuando era él secretario de la Federación Anarquista y director de "Le Libertaire".

Entonces creí que nadie más que él podía intervenir acerca de las autoridades soviéticas a fin de que me extendieran el permiso.

Yo sabía por antecedentes que Colomer era comunista y que ocupaba un cargo en el Profintern. Por su conducto pude inmediatamente ponerme en rela-

ción con Losovski, Andrés Martí, Vaillant-Couturier y otros más. Diariamente iba yo al hotel Europa, que es donde habitaba, en un cuarto confortablemente amueblado.

Nunca llegamos a conversar acerca de las causas que motivaron su paso al Comunismo. Tampoco jamás le oí decir mal de los anarquistas. Moralmente pude observar que era un hombre vencido. Cuando trataba acerca de mi salida de Rusia con Losovski, lo hacía de forma que no podía comprometerse, pues aunque él veía que las semanas transcurrían y que yo permanecía en Moscú, nunca le oí protestar, a pesar de que lo que se cometía conmigo era una manifiesta injusticia.

¿Era la disciplina del Partido lo que le colocaba en este estado de inferioridad, o eran los 250 rublos que cobraba de sueldo por no hacer nada?

Yo no llego a comprender cómo hay hombres (digo hombres, si cabe el calificativo) que no protesten ante las injusticias que se cometen en su presencia. Quien lo consiente no puede llamárselo. Si lo fuera, es insensible o bien tendrá los sentimientos atrofiados.

Gracias a su intervención cerca de la G. P. U. y a Losovski, secretario general de la Internacional Sindical Roja desde su fundación, pude conseguir dejar de frecuentar todos los centros oficiales que desde hacía algunas semanas me tenían convertido en un muñeco, puesto que nada conseguía. El Socorro Rojo se disculpaba con la I. S. R. Esta con la Internacional

Comunista, y la Internacional Comunista con la G. P. U.

Mientras tanto, los días transcurrían, y yo, contra mi voluntad, venía obligado a continuar residiendo en Rusia. Cuando pedía el pasaporte, siempre obtenía la misma respuesta: "No corra usted tanto, que por mucho correr no llegará antes."

Diariamente informaba a mis amigos. Estos me aconsejaban que no protestara, porque entonces sería peor, pues llegarían a negarme la salida del territorio. Así es que, indignado, seguía los consejos que me daban aquellos compañeros que en aquel caso demostraban ser más expertos que yo.

Por fin, un día, mientras estaba trabajando, telefonaron a la fábrica. Fui llamado al aparato por el director. Las manos me temblaban al descolgar el auricular. Temía que fuese la G. P. U. que de una forma definitiva me negaría el pasaporte. No fué así. Era el camarada Colomer quien estaba hablando.

La sospecha se tradujo entonces en alegría. De lo mucho que me habló sólo recuerdo estas palabras: "Está todo arreglado". Yo brincaba de contento. Había conseguido lo que tanto anhelaba: la salida de Rusia, del "paraíso rojo" que, de serio, lo es de dolor y de tristeza para los que siempre lucharon por la libertad y la justicia.

Entonces abandoné el trabajo definitivamente. Cobré los jornales devengados y me despedí de todos mis amigos y compañeros de fatigas. Sin ir a mi hogar,

donde me estaban esperando mi compañera e hija, fui al hotel Europa a visitar a Colomer, para concretar sobre el día y hora de mi partida y coger el tren para regresar a España. Las primeras palabras pronunciadas por Colomer fueron estas: "¿Por qué con tanto tiempo que llevas residiendo en Rusia no perteneces al Partido Comunista?".

Esta pregunta hizo nacer en mí la duda, pues comprendí que había indagado acerca del Partido Comunista informes míos. Entonces yo le contesté que no estaba en el Partido porque consideraba que tampoco podría aportar ningún plan e iniciativa, ni desplegar actividades debido al desconocimiento del idioma, y que para ser un cadáver político, no valía la pena de estar en ninguna organización. Yo siempre he pensado de la misma manera. El hombre que ingresa en un organismo, sea el que sea su contenido ideológico o político, no lo ha de hacer para satisfacer su cuota y dar como cumplidos todos sus deberes como asociado, sino que es la actividad suya la que nos debe interesar.

Siendo así, como fuese que vi que yo no podía desplegar ninguna, he aquí los motivos porque he permanecido al margen.

En verdad, no era el desconocimiento del idioma la causa de que yo estuviese alejado del Partido, sino que siempre, desde que puse los pies en la U. R. S. S., estuve contra su actuación. Esto lo saben bien Ramón Casanellas y Andrés Nin, ya que tuve siempre rela-

ciones con ellos y conocen los medios que frecuentaba. Principalmente Nin tuvo siempre amistades con algunos anarquistas rusos.

Lo mismo puede decir Maurín, que siempre que fué a Moscú estuvo en relación con Guetzzi y que por conducto de Maurín pude relacionarme con él desde mi llegada a Moscú.

No habrá nadie que pueda decir que yo hiciera dejación de mis ideas. Discutí con todos ellos sobre la dictadura proletaria. Les manifestaba mi disconformidad con la política que seguía el Partido, así como de la situación precaria de los obreros.

No podía entonces, ni puedo concebir ahora, cómo después de una revolución proletaria existieran tantas jerarquías, y decía: "La desigualdad económica dará un día como resultado el nacimiento de nuevas clases tan peligrosas como la capitalista. No importa que todos se llamen proletarios".

Por clase no debemos entender solamente a aquellos que disfruten de propiedades o haciendas. El que gana un salario de un 200 por 100 más elevado que el obrero manual—y esto es en Rusia muy corriente—no deja de ser un privilegiado. Los técnicos, ingenieros, profesores, artistas, escritores, directores de "trusts" o de fábricas; comisarios, jefes del Ejército o de la G. P. U.; secretarios de las células del Partido; secretarios de Sindicatos o de Comités de fábrica, magistrados y, para no nombrar más, todo el andamiaje que hoy controla la vida política y económica de

Rusia, vienen a formar la nueva aristocracia, denominada, según los términos rusos, "obrera" o "proletaria". Pero unos "proletarios" que, a semejanza de lo que ocurre en los países capitalistas, cobran más y viven mejor que los que en realidad lo son: los trabajadores.

¿Negaréis acaso todo esto, panegiristas del bolchevismo, defensores intransigentes de Rusia? ¿O creéis en realidad, que el proletariado es compuesto por los que trabajan; por los que producen labores útiles para la colectividad?

Por esto ha cundido este escepticismo entre la clase laboriosa y cada día que pasa se divorcia más del partido bolchevique, pues actualmente sólo cuenta con un millón y medio de adherentes por una población de 160.000.000 de habitantes. Todo esto es el resultado de la política de los salarios que se practica en la U. R. S. S., pues mientras hay quien no gana más que 50 rublos por mes, la burocracia, como hemos señalado más arriba, o sean los intelectuales y todos los que están al frente de las instituciones del Estado, tiene sueldos mínimos de 260 rublos hasta 2.000, aparte las comisiones.

Coloquémonos por un momento en la situación de los obreros rusos. Supongamos que en España, como en Rusia, hemos hecho la revolución y triunfamos. Después de pasar el primer período en el que tengamos que hacer esfuerzos mayores que no fuesen necesarios para destruir el régimen burgués, llegando in-

cluso a trabajar como en Rusia, en 1920, no solamente ocho horas diarias, sino catorce y los domingos; pasar hambre, hasta conseguir poner en marcha toda la máquina productiva del país; y cuando se empezara a tener una economía floreciente, fruto del esfuerzo realizado por todos, procediéramos al reparto tan injusto y arbitrario como se hace en Rusia, ¿tendrían derecho suficiente los trabajadores, lo mismo que los campesinos, a escupir en los rostros de los que se convirtieran en dictadores?

Pues si en la U. R. S. S. no hay libertad política y se ponen tantos obstáculos para salir, es porque el Gobierno teme que los obreros del mundo, que por un largo espacio de tiempo han tenido la vista fija en la U. R. S. S., conozcan la situación caótica y de desigualdad que existe. No hay como haber vivido allí para conocerlo. Quienes así no lo han hecho no tienen autoridad para hablar a los hombres ni a los pueblos.

Nosotros tenemos el convencimiento de que todos los adoradores del nuevo ídolo, los que inciensan con los olos vendados el altar mayor del nuevo Moloc, y van gritando: "Viva la República Soviética!" sin saber a ciencia cierta ni a nombre de qué ni por qué, si vivieran en Rusia, trabajando en las fábricas, dependiendo de un salario defendido por su esfuerzo muscular, verían cómo no hay ninguna diferencia en ser explotado por un Estado o por un burgués.

Mientras el reparto no se haga equitativamente, hay

derecho a protestar, y vosotros, comunistas, haríais lo mismo.

Nuestras luchas deben ir encaminadas a conquistar la libertad y la emancipación, anulando la explotación del hombre por el hombre. La crítica elevada fué siempre una medida de salud, ya que su virtud es reflejar lo mismo lo bello que lo deforme, señalando el camino de las correcciones para que la obra pueda ser lo más perfecta posible.

Esta es la labor que nos hemos propuesto los que criticamos a la U. R. S. S. Criticar no es ser enemigos. Enemigos lo son a nuestro juicio los que cierran los ojos y ocultan los defectos de un régimen que, escudándose en bellas frases, comete atrocidades como cualquier otro régimen. No es odio ni maldad. Nosotros nos ajustamos estrictamente a la verdad, para que nadie pueda poner en duda nuestras afirmaciones. Nuestra pluma no la cotiza nadie, y será siempre una antorcha al servicio de nuestra clase, que iluminará al mundo, poniendo en conocimiento de todos los hombres las injusticias que está cometiendo un Estado en nombre del Comunismo.

Como decía, no me fué fácil abandonar la U. R. S. S., a pesar de mis continuas exigencias. En otro cualquier país del mundo no habría sido cosa difícil conseguir el pasaporte una vez llenos todos los requisitos que establecen las leyes. Sólo en Rusia y en Italia, países de dictadura, es donde se cometen semejantes atropellos, pues, después de haber cumplido todas las

formalidades, se establece un control riguroso sobre el individuo.

La G. P. U. es la encargada de esta misión tan delicada, pues, como nos dijo el ayudante del procurador de la República Soviética en el hotel Europa, en presencia mía, de Colomer y de veinte delegados más: "De Rusia no sale nadie como no tenga la seguridad la G. P. U. de que no podrá hacer mala labor en contra de la U. R. S. S."

¿Qué es lo que entiende la G. P. U. por mala labor? Decir la verdad sobre la política bolchevique es delito que en Rusia no le perdonarán jamás. Así vemos a centenares de inocentes en el destierro y en las cárceles por no comulgar con el credo comunista, y a otros muchos que quieren abandonar a Rusia y no se les permite la salida.

Yo pude burlar aquel control, porque en Rusia, durante mi estancia, salvo las amistades que conservaba, no hice más que trabajar y estudiar todas las características de la dictadura, para poder luego, una vez fuera, a mi manera orientar a los trabajadores españoles sobre la verdad del resultado de aquella gran revolución que fué la admiración del mundo.

Con todo y no existir ninguna sospecha sobre mí, me sometieron también al control habilidoso a que son sometidos casi todos los delegados que van a visitar a la U. R. S. S.

Como se podrá apreciar en el siguiente capítulo, y cuando esperaba de un momento a otro poder regresar

a España, me anuncian que Losovski, de acuerdo con Colomer, me habían incluido en una delegación francobelga venida allí para la celebración del Primero de Mayo, y que debía salir dentro de breves días para hacer una excursión por el territorio soviético, a fin de sacar su última impresión de la "Gran Obra de la Edificación del Socialismo", para que luego regresaran a sus respectivos países y contaran a los trabajadores las bellezas y excelencias de la vida rusa. Bellezas y todo cuanto se pueda imaginar para los delegados, pero no para el pueblo productor.

Esto no nos cansaremos de decirlo, porque no es lo mismo ver las cosas que vivirlas, y los que hemos tenido la desgracia de haber vivido en la U. R. S. S., vamos a hablar y queremos que se nos escuche, puesto que somos los únicos que tenemos autoridad para ello.

## CAPITULO II

### LA FARSA DE LAS DELEGACIONES QUE VAN A RUSIA.—LOS TEATROS.—UNA CENA EN EL KREMLIN

Hemos afirmado en repetidas ocasiones que las delegaciones que hasta ahora han venido visitando a la

U. R. S. S., si bien es cierto que pueden ver muchas cosas, no lo es menos que sólo pueden reflejar superficialmente la verdad de la situación de aquel pueblo.

Para que el lector no crea que carecemos de argumentos, expondremos con toda sencillez e imparcialidad cómo se organizan y orientan dichas organizaciones, y cómo visitan las fábricas, talleres, minas y otras instituciones.

Como decíamos en el capítulo anterior, las delegaciones son organizadas por el Profintern (I. S. P.). Todas cuantas hasta hoy han ido y las que actualmente van competen a esta institución. Los gastos son sufragados por el Estado. Todas van acompañadas de intérpretes y de una "directora" o "director" político, que es a quien compete la orientación que debe darse a la misma.

De momento, hablaremos de la delegación francobelga, de la que formé parte cuando mi regreso a España. Salimos del Hotel Europa, que es donde residía la Comisión encargada del itinerario que debían seguir los delegados y de las visitas que debían realizar durante su estancia en Rusia.

En un autocar, os dirigimos los delegados, a la estación, en compañía de dos intérpretes y la directora política. Esta es la encargada del control de todo el personal, y responsable ante el Partido y la G. P. U. de la orientación que debe darse a los delegados para mejor llegar al convencimiento de los mismos, para

que una vez contentos y satisfechos, se presten a esparcir la eterna demagogia en sus respectivos países.

Apenas acabamos de apearnos del autocar, casi ni tiempo tuvimos de poner los pies en el suelo, cuando un delegado francés, exclamó que le había desaparecido la maleta. Los demás quedamos perplejos, toda vez que nos habían dicho que en Rusia no existían ladrones ni había motivos para que los hubiese, ya que todo el mundo trabajaba y vivía bien.

No quisimos hacer comentarios sobre el caso. Lo que sí tengo que decir es que la maleta no apareció por ninguna parte ni fué jamás recuperada por su dueño.

Apenas se había puesto en marcha el tren y cuando ya todos los delegados se encontraban en sus departamentos, sonó un ruido, y los cristales de las ventanillas caían al suelo hechos añicos. Salimos todos al pasillo y nos encontramos con varias piedras que habían sido arrojadas, por lo visto premeditadamente, ya que este accidente sólo se produjo en el coche en que viajaban los delegados.

Durante todo el trayecto, fué comentado este pequeño incidente por todos los delegados. Uno de ellos dijo:

—Si continuamos así, nuestras vidas no están aseguradas: ¡robo de una maleta y un atentado!

La directora política, procuró tranquilizarnos, diciéndonos que aquello con seguridad era obra del elemento "kulak", pero que en llegando a la próxima es-

tación daría cuenta a la G. P. U., y no tardarían en ser detenidos.

En Rusia, todas las estaciones, por pequeñas que sean, están estrechamente vigiladas por la G. P. U. Todos cuantos hechos se producen se atribuyen a los anarquistas o a los elementos capitalistas que, para vergüenza del bolchevismo, todavía abundan estos últimos en la U. R. S. S.

Así continuamos hasta Voronej, primer punto de visita para los delegados. En la estación, un hormiguero de gente nos esperaba. Con banderas y músicas fuimos acompañados hasta el Soviet local en compacta manifestación. Desde el balcón se hacen discursos que son traducidos al idioma ruso por los intérpretes. Los delegados se muestran emocionados. Cantan, ríen y gritan en sus idiomas respectivos.

¿Quién puede escapar a la ola entusiástica que le arrastra a su llegada a Rusia, los primeros días, ante el apoteósico recibimiento de que son objeto, tanto los delegados como los turistas?

Sólo yo me estremecía de indignación, indignación que no podía exteriorizar en aquellos instantes, y tenía que contenerme y contentarme a ser comparsa, o mejor dicho, actor de aquella burda comedia. Sufría al ver el entusiasmo y la satisfacción de los delegados, en el ánimo de los cuales estaba la convicción moral de que todo lo que contemplaban era una manifestación franca, leal, sincera de los obreros rusos hacia los hombres, recién llegados de diversos puntos del

Continente, habían ido a admirar la obra que en el país soviético se estaba realizando.

Yo no podía pensar lo mismo. Sabía que todo aquello no era más que artificial, ficticio, y que si bien antes estas mismas manifestaciones salían de las entrañas del pueblo, hoy se hacen ordenadas. Se moviliza a los trabajadores para ir a recibir a los visitantes de la Rusia Roja, para darles la impresión de que los obreros viven allí satisfechos.

Una vez terminada la primera ceremonia, se nos alojó en uno de los hoteles más lujosos de la ciudad. Fuimos paseados en autocar por todo el pueblo, recorriendo las principales vías como verdaderos diplomáticos. Por la tarde, una vez bien comidos como burgueses, fuimos a visitar una fábrica siderúrgica y después otra de máquinas agrícolas, "Casas de Niños" y restaurantes obreros, pues en Rusia hay dos clases de restaurantes. Unos, económicos, donde cuesta la comida 90 kopeks, y otros donde cobran de cinco a siete rublos. En los restaurantes económicos solamente comen los obreros, ya que nada se exige, pero en los demás no pueden comer más que los privilegiados del nuevo régimen, igual que en otros países el elemento burgués. Puede comprenderse bien que los obreros no pagarán seis rublos, término medio de una comida, cuando su jornal oscila de tres a seis rublos por día.

Lo mismo sucede con los teatros. Hay que desmentir lo que algunos intencionadamente han dicho sobre

de que en Rusia van los obreros a los teatros por riguroso turno.

Ante tales mentiras, nosotros diremos las verdades sin ningún comentario. Estos, que los haga el lector a su juicio.

En Rusia, como en los demás países capitalistas, existen varias clases de localidades, lo mismo en los teatros que en los cines, amén de otros espectáculos. Queda, pues, a elegir la localidad a gusto del espectador, siempre, como es natural, que satisfaga su importe, y, como es natural también, el gusto del espectador queda supeditado a sus posibilidades económicas.

De manera, pues, que quien tiene medios puede ir diariamente a recrearse en un espectáculo cualquiera y ocupar las mejores plazas.

Sería torpe creer que en un país donde existe el asalariado y los jornales son catalogados según las aptitudes físicas e intelectuales del individuo no hubiera también diferencia de trato, pudiéndose exhibir quien más puede, en lujos y comodidades.

Si no fuera así, ¿para qué valdría la pena de ganar más? ¿Para qué servirían los rublos entonces? Quedamos, pues, en que hay diferencia de trato en la forma de vivir.

El engranaje de la vida económica rusa, es el mismo que en cualquier otro país, llamémosle como queramos.

Como decíamos, visitamos las fábricas. Todos los

delegados anotaban en sus bloques cuanto les decía el intérprete a las preguntas que se hacían a los obreros. Nunca la traducción era idéntica, ni fiel, pues si alguno hablaban mal del director o del régimen, no se lo decían a los delegados. Desnaturalizaban la verdad. Por esto, para ser intérprete es necesario ser miembro del Partido Comunista.

Mientras sea así, ¿qué valor pueden tener las manifestaciones que hacen los delegados en sus informes, tanto en pro como en contra?

Un delegado preguntó a un vejete de canosas barbas que pasó por su lado mendigando: —¿Por qué pides?— El pordiosero contestó. Como el delegado no lo entendía tuvo que recurrir al intérprete. El viejo había contestado que a su edad no podía trabajar y que el Estado no le pasaba nada para su sustento. Traducido por el intérprete, transmitió al delegado lo contrario. Dijo que como el anciano no quería estar recluído en una pensión, le retiraban el subsidio.

Otro delegado preguntó a una obrera que estaba trabajando en dos máquinas en una fábrica de botones: —¿Por qué trabajas en dos máquinas, mientras las demás solamente trabajan en una?

Esta obrera, humildemente, contestó que como era viuda y tenía dos hijos pidió para trabajar en dos máquinas, porque en una no ganaba más que 70 rublos y con las dos ganaba 120 y así podía subvenir a las necesidades de su familia.

Sin embargo, el intérprete dijo a los delegados que

voluntariamente ella había solicitado trabajar en dos máquinas, porque era una "udarnica" (obrero de choque) y quería llegar de esta manera a cubrir las cifras del Plan Quinquenal.

A veces explican los intérpretes otro cuento chino, diciendo que los mismos obreros se rebajan el jornal.

Si fuera cierto esto, que los obreros hubiesen llegado a este grado de cooperación y de conciencia, ¿cómo se explica esta dictadura y esta política de salarios? Es un contrasentido que no podrán explicarnos los prosélitos de Stalin, pues, si el Estado estuviera consolidado por los propios trabajadores y éstos tuvieran la certeza de que nadie se beneficiaría de su producto, ¿no olvidéis, bolcheviques y simpatizantes, que os podríais reír entonces de las potencias imperialistas! Pero como no es así, ahí está la justificación arbitraria de vuestro sistema y de vuestro fracaso ante los trabajadores rusos y ante el proletariado de todo el mundo.

Otros delegados, ante una multitud de gente que vieron al pasar en el autocar, preguntaron al intérprete a qué obedecían aquellas colas tan numerosas y aquél, sin vacilar respondió: —Estas colas se forman hoy porque se distribuyen los empréstitos del Estado y los obreros concurren a adquirirlos. Mentía como un bellaco, ya que la realidad era otra, pues ante la escasez de productos en todas las cooperativas se formaban aquellas aglomeraciones.

Tal como el intérprete informaba a los delegados, yo veía que éstos lo anotaban en su bloque de notas, datos que más tarde les servirían con seguridad para dar conferencias, publicar algunos artículos, o editar algún libro.

De esto se deduce que para los delegados o turistas que han visitado oficialmente a la U. R. S. S. no existe la prostitución, ni la mendicidad, ni el robo, ni el paro forzoso. ¡Sin embargo, cuántos se alejan de la verdad los que creen que en Rusia han desaparecido estas lacras sociales, producto de un sistema económico burgués!

El malestar social no desaparecerá nunca mientras existan privilegios. Por esta sola razón hay que destruirlos todos y aceptar esta misma máxima: "Nada es de nadie, sino todo de todos". Sólo así se creará la Sociedad libre y fraternal que anhela el ser humano.

Al día siguiente abandonábamos Voronej, para dirigirnos a Bakú. Los periódicos locales dedicaban grandes artículos de elogios a los delegados. Las fotografías aparecían en primera página.

A la estación acudieron a despedirnos las autoridades locales. Ya en nuestros departamentos del coche, la directora política, encargada de la delegación, organizó una conferencia para todos los miembros, explicándoles la obra de los bolcheviques antes y después de la revolución de octubre.

A partir de este momento quedaron constituídas las

primeras comisiones que debían encargarse de la orientación de la delegación: "Comisión de Prensa y Redacción del Periódico Mural."

Yo fui nombrado de la primera, que consistía en leer los periódicos rusos a los delegados cotidianamente, a fin de que tuvieran conocimiento de las noticias y acontecimientos que se producían en el país.

La segunda la integraba Colomer, que viajaba en nuestra compañía, y dos delegados más que formaban el cuerpo de redacción. El periódico "mural" no tiene más virtualidad ni consigue otro objetivo que la de coaccionar moralmente a los delegados, ya que exigen que todos escriban sus impresiones de cuanto van visitando. Así pulsan el estado de ánimo o la posición que adoptan los delegados y para si surge alguna duda vencerla inmediatamente, evitando de paso que no hagan arma de ella en sus respectivos países contra el "paraíso rojo".

Uno de los delegados franceses preguntaba cómo era posible que en Rusia, en un país proletario, fuese mayor la diferencia entre el jornal de un operario y el de un peón, que en la misma Francia. No faltaron frases y sofismas para querer convencer al delegado.

Le decían que en Rusia, quien gana menos, tiene ciertas recompensas, que hace que equipare su jornal al del operario, por ejemplo: que se le hacía una rebaja en los alquileres, pagaba menos en los restaurantes, etc., etc. A pesar de todos los esfuerzos de los intérpretes y de la "camarada" Frunkina, nuestra di-

rectora política, no pudo convencer al delegado francés.

¿Por qué tanta farsa y engaño a la gente que desconoce un idioma? ¿Por qué no se les dice la verdad a los delegados y se les presenta la obra tal como es y no a la Rusia al dictado de la conciencia oficial que es un contraste por completo con la Rusia proletaria?

Lleguemos a Bakú. Fuimos objeto de los mismos agasajos que en Voronej. El recibimiento es uniforme en todas partes. Visitamos las grandes refinerías de petróleo que son la única riqueza de Bakú.

Estuvimos luego en las escuelas turcas y en los clubs.

El régimen soviético ha respetado las costumbres regionales y los dialectos. En las escuelas se aprende el ruso y el turco voluntariamente.

Asistimos también a una función teatral, invitados por el Soviet de Bakú. Se nos dieron banquetes y nos pronunciaron discursos la canalla burocrática que le absorbe todo y, como la hiedra, enroscada a todas las instituciones del Estado, le quita la savia.

Luego marchamos a visitar el Dnieprostoi, donde se construyó la central eléctrica más grande del mundo, sobre el mismo río Dnieper, obra gigantesca que costó 200.000.000 de rublos. Se nos enseñó un pueblo en construcción, al que los bolcheviques llaman la "Villa Socialista" y varias fábricas de aluminio.

Según los ingenieros, con quienes conversamos largo rato, el coste total, entre la central eléctrica y la

"Villa Socialista", ascendería a 600.000.000 de rublos. ¡Magnífico! ¡Admirable!

Todas las visitas hechas por nosotros durante los veintidós días que duró el viaje de nuestra delegación, ninguna lo fué por iniciativa de los delegados. Todas fueron indicadas por la comisión organizadora que establece el itinerario. De manera que los delegados no vieron más que lo que les enseñaron.

No somos de los que creemos que en la U. R. S. S. se pinten y se decoran las cosas para que la impresión que se reciba sea más grata y favorable. Pero sí decimos que no es posible ir a un país del que se desconoce lo más elemental para relacionarse y en el que hay que juzgar por los informes de los intérpretes la forma de vivir del pueblo trabajador bajo la dictadura comunista.

Ya de regreso a Moscú, fuimos a visitar la primera fábrica de automóviles del Estado, la "Amo". El director nos dijo que, dado que había un emigrante político francés trabajando allí, podrían los delegados relacionarse directamente, sin necesidad de intérpretes. Así, pues, lo convenimos. Después de recorrer todas las secciones, nos quedamos conversando con aquel camarada que llevaba trabajando ya tres años en Rusia. De todo cuanto se le preguntó, a nada contestaba, o siempre lo hacía con evasivas que verdaderamente estaban fuera de lugar. Nada de particular encontré en la actitud de aquel compañero.

¿Qué es lo que podía decir si no quería que sobre él se tomaran represalias en la fábrica?

Que todo marchaba bien, dijo. Lo mismo hice yo con una delegación inglesa que visitó la fábrica de muebles "Mosdref" que es donde yo trabajaba, pues cuando se interroga algún obrero es siempre en presencia del director, del secretario del Comité de Fábrica, del secretario de la Célula del Partido y de los intérpretes.

Así es que la mayoría, aunque estén disconformes con todo el andamiaje burocrático, se callan por desconfianza, pues una simple delación sería lo suficiente para ser expulsado de la fábrica o encarcelado como enemigo al régimen.

De todo esto, los delegados que visitan a la U. R. S. S. no saben nada, ya que su papel en Rusia consiste en cerrar los ojos, abrir los oídos y tragarse lo que le dan los pillos de los intérpretes a cambio de un jornal de diez rublos que éstos perciben para servir al Estado, engañando miserablemente a los delegados y a los propios trabajadores rusos.

Una noche, antes de que los delegados regresaran a sus respectivos países, el Club de los Viejos Bolcheviques dió una cena en su honor. Yo también asistí. Esta tuvo lugar en el Kremlin (antiguo palacio del zar) hoy ocupado por todos los hombres del poder bolchevique. Cuando nos dirigimos desde el Hotel Europa al Kremlin, los delegados cogieron el tranvía antes de llegar aquél a la parada. El revisor, que

se encontraba en aquel momento en el coche, les llamó la atención queriéndoles imponer una multa por haber subido sin estar parado. Yo tuve que intervenir, puesto que en aquel momento no venía con nosotros ningún intérprete. Le dije al revisor que eran delegados extranjeros y que, por lo tanto, desconocían las costumbres y las leyes rusas, la multa, pues, quedó sin efecto.

Entonces informé a los delegados de que en Rusia, a todo aquel que sube en un tranvía estando éste en marcha, o el revisor lo encuentra a su paso sin billete, se le impone una multa de un rublo que tiene que abonar en el acto. No siendo así, ya sea porque el multado no tiene el rublo, o bien no quiere pagarlo, entonces, por sus documentos se le anota el domicilio y lugar donde trabaja y se la van a cobrar a su casa. Pero entonces no es un rublo. La multa se triplica y son tres los rublos a pagar. Por esto tiene más cuenta pagarla en el acto.

En Leningrado (San Petersburgo), a todo transeúnte que se baja de la acera antes de llegar a la señal donde dice "peatones" se le impone una multa también.

Rusia se va transformando en un inmenso cuartel donde pronto nadie podrá dar un paso por la calle a no ser que vaya uniformado. ¡Hasta dónde llegará la estupidez staliniana!

El banquete en el Club Bolchevique, al que sólo pertenecían los que llevaban ya diecisiete años en el

Partido, fué una verdadera bacanal. Mientras el pueblo vivía sometido a ración estipulada, pasando hambre, en el banquete no faltaron ricos manjares. Todo lo más selecto se reservaba para los delegados. Vinos "vodka"... Algunos se embriagaron. Todo rebasaba los límites de la abundancia. Algunos delegados se hicieron retratar sentados en la misma silla que coronaron a Nicolás II. Todo en conjunto era una burla, una farsa. Para los comunistas, no había otra ambición que la de que los delegados salieran contentos y satisfechos de que su estancia en Rusia no había sido monótona y que tuvieran el convencimiento de que en la "Patria Proletaria" se vivía bien.

Como fin de fiesta hubo discursos de todos los delegados, y como clausura de tan "brillante" acto, habló Kalinin, presidente de la U. R. S. S., el cual nos pintó la vieja y la nueva Rusia; los grandes proyectos del primero y segundo Plan Quinquenal y la industrialización del campo.

Qué duda cabe que hoy Rusia ha recobrado una personalidad industrial y técnica, cosa que no tuvo antes; que el ritmo que ha tomado la nueva economía a base del capitalismo de Estado le permite hoy competir con no importa cuál fuere de los países capitalistas en los mercados, pero también es verdad que en Rusia, de día en día, en lugar de ganar adeptos y afianzar en el proletariado su revolución, se hace lo contrario, y el trabajador sigue más escéptico que

nunca, ya que los dirigentes bolcheviques nada han hecho.

por dar satisfacción amplia a los deseos del pueblo ruso, aboliendo el trabajo abrumador que pesa sobre él.

Otros delegados pidieron visitar la cárcel Tagankia y Butirka, pero ello no les fué posible, porque el cabeza de la delegación les negó su existencia. La respuesta que les hicieron no podía ser más infantil e intencionada, para que la aceptasen como buena. Cualquiera que haya vivido en Rusia un pequeño lapso de tiempo sin ser delegado ni turista, y sobre todo en Moscú, conocerá de sobra la cárcel Butirka; pero si alguien dudara de su existencia, los camaradas Lazarevich, Schapiro, Volin, Petrini, Guezy y otros podrían informarles por haber sufrido en ella largos períodos de encierro. Además, nuestra prensa se ha ocupado repetidas veces de dicha prisión, para que no se tenga como invención mía la existencia de tal mazmorra. ¿Cómo no van a negar que la cárcel Butirka existe, si han pretendido negar mi estancia en la U. R. S. S.? Si los delegados no estuvieran supeditados a los informes que los intérpretes quieren darles y pudieran por sí solos relacionarse con los obreros rusos sin necesidad de ellos, no pasaría todo esto, pues a cualquier transeúnte que se le preguntara, le hubiese indicado las cárceles Tagankia y Butirka, dado que son más populares en Moscú que el propio Kemlin y el mausoleo de Lenin.

Hay que tener en cuenta que todos los intérpretes han de ser miembros del partido, y, por lo tanto, fieles servidores del régimen, pues para ello forman parte también de los intelectuales privilegiados.

La cárcel Tagankia adquirió su popularidad por ser una de las peores empleadas en el encierro de los delincuentes comunes. La de Butirka se distingue de las demás por su rigurosidad disciplinaria, empleada exclusivamente para los llamados delincuentes políticos.

Son muchos los visitantes a la U. R. S. S. que no han podido visitar estas cárceles. Hay otros también que encontraron los mismos obstáculos que yo señalo en mi primer libro. Yo mismo, que no soy de los que han vivido dos meses en Rusia, como la mayoría de delegados y turistas, sino tres años y medio, tampoco me fué posible visitarla jamás. ¿Sabéis por qué se dice que no existen tales cárceles? Porque ellos saben el interés que hay en visitarlas, y esto representa el peligro de que después hicieran armas contra ellos, al no dejárselas visitar. Sobre todo, cuando se sabe que los delegados, muchos de ellos no son comunistas, y aun siéndolo, se encuentran las mismas dificultades para visitarla, pues esta última cárcel no la enseñan porque en ella moran los anarquistas, sindicalistas, troskistas, etcétera... Todos ellos por la persecución sufrida en la época zarista, conocen y hablan varios idiomas, lo que hace innecesarios los intérpretes. Es aquello que más se teme en el régimen soviético: el contacto directo de los que sufren y penan con los delegados ve-

nidos nada más que a contemplar las paradisíacas realizaciones del partido que todo lo controla. ¡Ah, lectores! Es penetrando en el interior de aquellos espesos muros que imposibilita traspasar el dolor y el sufrimiento, donde es posible recoger de labios de los allí recluidos, las "bondades" de un régimen que en sí no encierra más que la persecución, destierro y muerte para los idealistas que no comparten la opinión de la dictadura staliniana.

¡Que niega la existencia de la cárcel Butirka! ¡Bueno, que nieguen! Esto extrañará quizá a muchos, a mí, no. ¿Acaso no sabemos que los comunistas son capaces de negar que el Quijote fué escrito por Cervantes, si así lo ordena el partido de Stalin? Para negar o inventar cuentos y fábulas, son como los jesuitas, no digo yo todos; sé que en el partido hay trabajadores honrados y de buena fe, que han sido cazados al vuelo por sus compañeros demagógicos sobre Rusia; contra éstos nada tengo que decir, y para los cuales guardo mi mayor respeto, pues tengo la seguridad de que se irán convenciendo de esa farsa y abandonarán a estos ambiciosos aspirantes a comisarios, diputados o dictadores.

No es sólo la cárcel Butirka lo que niegan, han negado otras cosas más a los delegados, o por lo menos han intentado hacérselas ver bajo un prisma convencional, como habrá podido observar el lector en la descripción de este capítulo.

¿No dicen también que en Rusia no hay privilegios y que todos son iguales desde el punto de vista económico y político? ¿Que los niños no empiezan a trabajar hasta la edad de diez y seis años?

No hay delegado que haya estado en la Unión Soviética que no le cuenten todo esto y le enseñen los Jardines de niños, las Casas cunas, la Maternidad, los Seguros sociales; todo esto lo habrán visto. ¿Verdad que es hermoso examinándolo en la forma superficial que lo hacen las delegaciones? Habréis visto también los Comités de fábrica, los Soviets, las Casas de descanso, Sanatorios, Cuarteles y hasta quizá alguna cárcel; os habréis emocionado ante el desfile del ejército rojo en la plaza de Moscú, frente al mausoleo de Lenin, donde todos los años el 1.º de mayo y 7 y 8 de noviembre, fiesta oficial en la U. R. S. S., desfila una gran manifestación de proletarios. Todo esto lo habréis visto, pero ¿cómo?, a vista de pájaro. Lo que no os han dicho a los delegados es el funcionamiento de estas organizaciones y los resortes que mueven todo este andamiaje burocrático. Sólo el informe interesado de los intérpretes os sirve de base comprensiva, ya que a los delegados les es desconocido el idioma ruso, única forma de poder llegar al fondo de todas estas cuestiones.

Tampoco les dicen a los delegados el por qué de tanta mendicidad, tanta prostitución, ni el por qué se impide la publicación de otra prensa, ni otra literatura que no sea la marxista controlada por el partido

y se deniegue el derecho a otras organizaciones que las emanadas del propio Estado. Tampoco se les explica las causas que originan esa gran cantidad de niños vendiendo periódicos, sucios y sus ropas semi rotas; como por qué se admite e impone el trabajo a destajo en la U. R. S. S., cuando en los países capitalistas, que no ha hecho el proletariado su revolución todavía, se combate y es hoy origen de los grandes hechos que se mantienen.

¿Por qué esa gran cantidad de categorías de salarios en una misma profesión y las innumerables jerarquías? ¿Por qué no se deja salir de Rusia a los que no están conformes con la dictadura roja ejercida por Stalin, como es el caso de Alfonso Petrini, Francisco Guetzi y Víctor Serge, etc.? De todo esto nada nos dicen los admiradores de la dictadura bolchevique, ya que todo esto es lo que más interesa para apagar la impaciencia de los que tanto se preocupan por conocer los resultados obtenidos por esa gran revolución que un día conmovió al mundo y despertó grandes ilusiones en todos los explotados.

A pesar de todas las negativas, la cárcel Butirka existe en Moscú, como todo cuanto señalamos. No porque lo diga yo, sino que existe; decir lo contrario, puede ser ignorancia o colaboración a la farsa que representan las delegaciones oficiales que van a Rusia. Yo no tendría inconveniente en ir a Moscú para enseñarles lo que yo conozco por haberlo vivido, reflejado en mi libro; siempre que tuviera garantía personal. Cuan-

to afirmo puedo demostrarlo sin temor a que nadie pueda desmentirme; la cárcel Butirka es hoy, como ayer, la mazmorra donde sucumben las preclaras inteligencias que no comulgan con ese régimen absurdo, que se cubre con la máscara de paraíso del proletariado, cuando éste está sometido y explotado ni más ni menos que en otro régimen cualquiera.

Delegaciones a Rusia, sí! Pero éstas deben ser formadas de trabajadores, no importa su tendencia, ni filiación política, dándoles todas las facilidades para recorrer el territorio soviético y visitar todo aquello que el Estado oculta a las delegaciones oficiales. Sólo así dotadas éstas delegaciones con intérpretes propios, se podría hacer una encuesta a fondo, para que de una vez terminaran las dudas que existen sobre la situación de los trabajadores en la U. R. S. S. No siendo así, todas las demás delegaciones no harán más que ver una Rusia a través de una cinta cinematográfica, completamente diferente a lo que en verdad es; no teniendo las narraciones que puedan hacer ningún valor, por ser recogidas en los centros oficiales, y éstos siempre engañan. Sólo así se me podrá refutar cuanto digo, mientras tanto no lo hagan, reafirman lo que digo y continuará en litigio el problema de la situación rusa.

### CAPITULO III

**LO QUE FUERON SIEMPRE LOS PARTIDOS POLITICOS. — UN VIAJE POR LA UCRANIA. QUIEN FUE MAJNO. — LA FINALIDAD DEL MOVIMIENTO MAJNOVISTA. — UNA VISITA AL MUSEO DE LA REVOLUCION EN MOSCU**

Los procedimientos que hasta hoy han empleado los bolcheviques y los que emplean sus incondicionales de todos los países, causan indignación a medida que se conocen. Usan el lenguaje más vulgar y canallesco cuando se trata de combatir a todos cuantos no se prestan a ser juguetes automáticos de sus ambiciones y concepciones autoritarias.

Plejanov, en su libro "Anarquismo y Socialismo", vacía todo el odio furibundo que profesa contra los anarquistas y anarcosindicalistas. Así se deduce que para él "en nada se distingue el ladrón del anarquista". Este lenguaje, empleado por uno de los más distinguidos teóricos del marxismo, puso de manifiesto el grado de ignorancia que inconscientemente o intencionadamente tenía de la concepción filosófica y social del anarquismo. Pero Plejanoff emplea este lenguaje porque en Rusia, durante su actuación, chocó

siempre desde la prensa y la tribuna con los anarquistas. Estos desenmascaraban sus maniobras políticas, que eran peligrosas para la causa emancipadora del proletariado. El, viejo secretario del Partido Socialdemócrata Revolucionario Ruso, hasta que se produjo la escisión en el Partido entre bolcheviques y mencheviques, tuvo su claudicación vergonzosa e infame durante la guerra imperialista, traición que siguieron los "kaaskis" y todos los socialistas del mundo de todas las escuelas, los que se conjuraron para defender los intereses de su propia burguesía contra las reivindicaciones de la clase explotada.

Así vemos hoy la Segunda Internacional, residente en Amsterdam, transformada en una clínica del capitalismo y a los socialistas desempeñando el papel de doctores.

¿Cuántos crímenes y traiciones han cometido los pseudo revolucionarios socialistas, seguidos por todos los partidos sin excepción, contra los trabajadores? Relatándolos, podríamos llenar varios volúmenes demostrando la bajeza moral manifestada en todos los momentos por unos y por otros. Con sus continuas contradicciones y traiciones han llegado incluso a manchar sus propias doctrinas, dejando las que les son ajenas hechas piltrafas. Mas no lo haremos, porque hoy todo el mundo los conoce, y entrar en detalles sería tiempo perdido. El desprecio es la condenación que deben pronunciar los trabajadores a los que se convirtieron en lacayos del capitalismo.

Hoy, nuestra atención está absorbida por la Revolución rusa, ya que los trabajadores pusieron su fe en el partido bolchevique, que al principio se creó, toda vez que parecía estar fuera del peligro corruptivo, habida cuenta de las muestras que dió durante sus luchas en la época del zarismo.

¿Cuál es hoy la política del partido bolchevique después de la toma del Poder?

Si establecemos un paralelo con la de los países capitalistas la conclusión será la misma: su proceder es tan arbitrario, injusto e inhumano, que en nada se les distingue de sus hermanos gemelos los socialistas. Persecuciones, encarcelamientos, destierros, etc., etc. Esta es la nueva Rusia con su ditador rojo Stalin.

Nunca, ni comunistas ni socialistas, fueron sinceros en sostener la polémica noble, honrada y elevada con los anarquistas desde el punto de vista de sus concepciones autoritaria y centralista. Todos resbalaron por la pendiente de la injuria y la calumnia. El propio Marx, antes de la escisión de la Primera Internacional, cuando resplandecieron los primeros chispazos de discrepancias entre su concepción autoritaria y la de Bakunin, federalista y libertaria, ya recurrió a este procedimiento creyéndolo el más viable para minar la influencia de Bakunin en el movimiento obrero internacional. "De tal árbol, tal astilla"—como dice el vulgar refrán—. Así lo han interpretado sus discípulos, que fielmente cumplen al pie de la letra los consejos

y las máximas de su maestro, que dicen: "Todos los medios son buenos para alcanzar nuestros fines."

Por esto, en Rusia, todo aquel que no se somete y acata las órdenes de los jefes comunistas es considerado enemigo del régimen y sometido a una disciplina rigurosa para que cese toda labor que no esté en consonancia con la que realiza el Estado dictatorial. Si detestable es la falta de libertad de los trabajadores para expansionar sus ideas y elevarse espiritualmente sobre el concepto materialista de los bolcheviques, más detestable es ver a los procedimientos que recurren cuando tratan de combatir a los anarquistas o anarcosindicalistas, pues no solamente se les priva de libertad, sino que sobre ellos también se inventa un baldón de ignominias para así desprestigiarlos ante los trabajadores que sienten afinidad o simpatía, ya que sobre los hombres conscientes que tienen formada una conciencia libre, poca mella ocasionan los ataques difamatorios llevados a cabo por los bolcheviques, así como por los demás partidos políticos.

Sus cálculos fueron siempre los mismos: "¿Qué importa que se hunda el mundo mientras nos podamos salvar nosotros? ¡Hay que triunfar por encima de todo, aunque para ello sea necesario hundir nuestros pies en las cabezas de los que se opongan! ¡Llegar es nuestra ambición! — gritan desaforadamente los partidos políticos. ¿Qué importa que para alcanzar nuestros fines tengamos que traicionar incluso a los que depositaron su fe en nosotros? Hay una máxima je-

suítica que dice: "El fin justifica los medios." Por lo tanto, no hay que detenerse en reparar si para alcanzar la meta es necesario emplear este lenguaje.

No vacilemos, pues, y empleémosle.

Es así como razonan los políticos de todos los colores.

Una vez hecha su carrera de ambición y de medro, aunque los veáis en las tribunas dirigiéndose a los trabajadores en plan de combatir su esclavitud y miserias, con bellas frases que adornan sus discursos para sugestionar al auditorio, gesticulando con sus brazos como verdaderos atletas, todo cuanto dicen no es nada más que simple demagogia para cazar incautos que los eleven a los parlamentos y ministerios, para luego, más tarde, tener facilidades para conspirar mejor contra la clase trabajadora, de la que dicen ser sus redentores.

En ellos no hubo nunca un átomo de sentimiento ni solidaridad hacia los caídos, hacia los hambrientos. Si no, basta ojear el panorama internacional que es el mejor testigo que tenemos. Donde, no importa qué país o distancia, gobiernen los socialistas, los monárquicos, los liberales o los comunistas; desde el más reaccionario al más democrático de los gobiernos, no pasa día en que los trabajadores dejen de ser atropellados, ametrallados por las hordas policíacas. Donde hay Estado hay crimen, porque existen clases y privilegios. A la política no van a caer más que los sedien-

tes de popularidad y de medro, ya que es la carrera que más beneficio reporta. De ahí que no vayan a parar a ella más que los ambiciosos.

De aquí parte el odio de los políticos contra los anarquistas y anarcosindicalistas. Por nuestro apolitismo, que de día en día va ganando terreno entre las masas trabajadoras, se les hace más difícil la vida de la farsa y el engaño. Por esto recurren a la insidia y a la calumnia para combatirnos, ya que doctrinalmente y por vías lógicas no pueden hacerlo. La superioridad de nuestras ideas y la abnegación de nuestros militantes ha quedado siempre bien demostrada, pues no hubo época revolucionaria, así como luchas sociales, en las que no intervinieran siempre desinteresadamente los anarquistas al lado de las clases oprimidas.

De ello, la historia de la Revolución rusa es una prueba viva. A pesar del interés por parte del Gobierno bolchevique en querer escamotear lo que ya es del dominio de todo el mundo y en particular de las masas obreras y campesinas, ¿quién puede ignorar las luchas sostenidas por los anarquistas majnovistas contra Petliura, Koltchak, Denikin y Yudenik? ¿Quién no sabe las luchas sostenidas por los anarquistas en todos los países del mundo, en los períodos más álgidos, de vida o muerte para el proletariado ruso debido al bloqueo llevado a cabo por la burguesía?

¡La Revolución rusa no hubiera triunfado si todos los trabajadores de todas las naciones no le hubiesen prestado el calor necesario! ¡Una revolución prole-

taria nunca puede triunfar si no se afianza en los trabajadores de otros países!

Los anarquistas fueron los primeros en movilizar todos sus efectivos para así facilitar el triunfo de los obreros y campesinos del Imperio zarista. Así vencieron aquel oprobioso régimen, anulando las iras y los odios de varias generaciones, ablandando los corazones endurecidos por el dolor y el sufrimiento de siglos y más siglos. Todos aquellos hombres esperaban que, después de fundidas las cadenas de la esclavitud que les amarraban, el mundo nuevo que ellos soñaban y que acababa de nacer sobre el viejo Imperio zarista, borraría para siempre las huellas de una civilización falsa y dogmática, y que la vida nueva que empezaba seguiría cauces que estuvieran en armonía con los principios elementales de la Razón y la Justicia.

¡Oh, sueños de juventudes pletóricas de entusiasmo que sentíais en vuestros corazones vírgenes palpitar estos anhelos de libertad para todos los humanos! ¡Vencisteis al zar y a sus lacayos, mas no pudisteis evitar que surgiera otro Estado, otro régimen! Y éste, no menos oprobioso y despótico que el fenecido, y que para derribarlo os habíais levantado dejando en la lucha jirones de vuestra carne, regando con vuestra generosa sangre las calles de las ciudades en ruinas. ¡Perdisteis, pero no fuisteis vencidos! Aun en vuestros cerebros y espíritus juveniles guardáis el recuerdo de la tragedia, y la luz de la sociedad que forjasteis en vuestras cabezas debe acompañaros para

continuar la lucha contra los modernos dictadores hasta destruir al Estado y la autoridad que bajo el nombre de "dictadura proletaria" os subyuga de nuevo en una explotación inicua y criminal, siendo víctimas de los desafueros y las calumnias de los comunistas. ¡No temáis, ni os amilane el destierro a las estepas siberianas! ¡No estáis solos! ¡Con vosotros está el proletariado internacional que siente y lucha para instaurar esta sociedad de Igualdad y Fraternidad humana que tantas vidas viene costando a la familia proletaria!

Nada importa que los modernos dictadores de Rusia, como recompensa a los que más se distinguieron en las luchas contra el zarismo para conseguir la emancipación de los oprimidos, levanten hoy pirámides de calumnias y difamaciones. Esta ha sido siempre la obra de los hombres de instintos pervertidos y de los impotentes contra los que no quisieron nunca enrolarse en sus empresas dictatoriales, llegando antes a preferir ser eliminados de la tierra que pasar por la vergüenza de las claudicaciones y convertirse en instrumentos de una política nefasta, detestable.

Uno de los casos que más llama la atención a cuantos han vivido o han visitado a la U. R. S. S. y que demuestra hasta qué extremo los bolcheviques han llevado el odio contra los anarquistas y contra todos cuantos no piensan como ellos, lo encontramos confirmado en el Museo de la Revolución, en Moscú. Los directores de la vida económica, los partidarios del

dictador Stalin, no solamente no quieren perdonar a Majno, sino que quieren inmortalizarlo ante las generaciones como un aventurero, un contrarrevolucionario, como un ladrón, un asesino, un beodo, un inmoral y un traidor. Este es el concepto lanzado a los cuatro vientos por Stalin y recogido por los comunistas de todos los países. ¿Quién fué Majno y qué carácter tuvo su movimiento? Esto es lo que queremos dejar bien sentado en este capítulo, para que cada cual ocupe el lugar que le corresponda.

El Museo de Moscú, como valor histórico, es uno de los mejores y más bien documentado de Rusia. En él encontramos cuidadosamente guardados todos los materiales usados por los bolcheviques en sus luchas cuando el zarismo. Folletos, revistas, periódicos, fotografías y las biografías de los más destacados militantes del Partido Socialdemócrata Revolucionario, como también la de los jefes bolcheviques. ¡Qué contraste más grande resulta contemplar el ayer en el Museo y el hoy realidad! Sin dudar de lo expuesto en el Museo de Moscú, resulta que la mayoría de los militantes bolcheviques habrían sido objeto de aneamiento por los cosacos; habrían soportado la rigurosidad del frío en las cárceles y presidios de Siberia. Así consta en las fotografías y las fichas policíacas expuestas en dicho museo.

¿Cómo se explica que estos hombres que han forjado su espíritu en el fragor rívido de la lucha, soportando persecuciones, puedan hoy ellos, convertidos en

amos de la situación, permitir que subsistan tales antros de dolor y desesperación para el hombre revolucionario? ¿Por qué deben considerarse un delito en Rusia los actos de todo aquel que piense distinto a la corriente dominante, y cuando trata de exteriorizar su disconformidad, manifestándose, se le persigue como un vulgar delincuente? Esta falta de libertad ha llevado a miles y miles de hombres a las cárceles y destierros. ¿Por el solo delito de pensar! ¿No es esto un crimen? ¿Acaso no tienen derecho a vivir sino los que sean comunistas? Si esto es así, entonces, ¿qué hay que hacer de esta inmensa masa que no piensa igual ni quiere la dictadura?

Si contáramos los habitantes de Rusia por los efectivos del partido, sacaríamos la consecuencia de que Rusia no tendría más que un millón cuatrocientos mil habitantes en lugar de ciento sesenta millones que arrojan las estadísticas.

No hay como hacerse las cosas uno mismo para que salgan y sean como se desean. Así lo dice lo que hemos visto en el Museo de Moscú. Los bolcheviques, como que son los amos, han hecho lo que les ha venido en gana. Para ellos son todos los honores de la Revolución. El pueblo no tiene derecho a nada. Todas las gestas fueron obra de ellos. Los demás no fueron más que traidores, contrarrevolucionarios o agentes provocadores. Así, de esta manera, con este vocablo tan bajo califican a los anarquistas majnovistas y a los marinos de Cronstadt. ¡Bonita manera de escri-

bir la Historia! Por pudor y por higiene, por dignidad y por el respeto que debe merecer a las futuras generaciones, no puede alterarse nunca la Historia en lo más mínimo; pero los comunistas, que no lo entienden así, lo hacen viceversa, llevando el agua clara, limpia, a su molino.

En el mismo museo en uno de los salones que reservaron para los generales blancos Kolchak, Denikin, Wrangel y Yudenik, agentes del imperialismo que dirigieron los ejércitos invasores, se encuentran Kerensky también. Pero lo que más nos sorprende, es que mientras los bolcheviques retiran del museo el cuadro de Trotsky, como si no le pertenecieran por igual los honores de la victoria, se coloca al lado de estos personajes de la contrarrevolución a Néstor Majno.

No hay derecho humano que pueda permitir a los bolcheviques que hoy dirigen los destinos de la Rusia soviética a acusar tan infamemente a un hombre que lo dió todo por la causa de los explotados. Pero no es a Majno sólo a quien combaten y lanzan sus improperios. La figura de Majno la utilizan para ridiculizar y desprestigiar al Anarquismo ruso y con él al Anarquismo internacional. El solo delito que le pueden atribuir a Majno y a sus partidarios es el de que guardaron fidelidad a sus ideas hasta el fin.

De los diversos cuadros expuestos en el Museo de Moscú, el que más se destaca es el dedicado por los bolcheviques a Majno. El cuadro es de dimensiones bastante grandes. El fondo tiene un vivo color ama-

rillo. En él aparecen varios partidarios de Majno en acción: robando, saqueando y violando los domicilios de las ciudades que cayeron en su poder. Majno es la figura alegórica del bandido—como le llaman los bolcheviques—. Majno aparece sentado en una silla, con una mirada implacable, dando instrucciones a sus partidarios, mientras éstos cargan en carros todo el mobiliario y otros enseres de las casas saqueadas. Al otro lado, dos majnovistas asesinan a los comunistas, habiendo en el suelo otros muertos en medio de un gran charco de sangre. El cuadro es una verdadera batalla, montón de cadáveres, semejante a las de Napoleón. En él se refleja el mismo concepto que tuvo Plejanoff de los anarquistas, ya que es una fotografía viva y real del ladrón y del asesino.

Cualquiera que no conociera a Majno, después de contemplar la escena que expresa el cuadro, le dan ideas de buscarlo y gritar: “¡Abajo los asesinos!”.

¡Pero cuánto dista de la verdad el cuadro, de la vida y la actividad de Majno! Esto lo saben de sobra los propios bolcheviques, ya que más de una vez le cantaron elogios por su valor en la lucha contra Kolchak cuando éste pretendió con sus ejércitos invadir Ucrania. ¿Por qué este interés, pues, de presentar a Majno ante la faz del mundo como un vulgar ladrón y un asesino?

Si yo fuera comunista, me avergonzaría de tales procedimientos y pediría que fuese retirado del Museo el cuadro, que es una bajeza y una bofetada a la pro-

pia verdad de la historia de la Revolución rusa. ¿Creéis acaso, bolcheviques, que la verdad podrá ser secuestrada para siempre?

Hay que tener más sinceridad y decir el por qué de vuestros ataques contra Majno, ya que hoy es del dominio de todos aquellos que han seguido paso a paso el proceso de la Revolución rusa!

Vuestros ataques contra Majno se deben, como lo demostraremos con pruebas, al hecho de que no quiso ponerse al servicio del Ejército Rojo, defensor del nuevo Estado. El, como anarquista, repudiaba vuestra dictadura, y estuvo siempre frente a ella, combatiéndola con las armas en la mano. ¿Acaso era él solo el que estaba enfrente a vosotros? ¿No fueron a millares los trabajadores que se levantaron contra vuestro despotismo autoritario?

Sobran otros argumentos, conociendo el hecho del levantamiento de los marinos de Cronstadt, que fueron acribillados a balazos por aquel ejército permanente y del cual hoy todavía disponéis. A pesar de las intenciones que animaron a aquellos nobles marinos, el gobierno bolchevique, no reparando nunca en los medios para realizar sus fines odiados por el pueblo ruso, no tardó en lanzar la acusación de que “la última sublevación de los marinos de Cronstadt era obra del imperialismo francés, que alimentaba la contrarrevolución”.

Cuando se conoció la verdad de aquel movimiento, pudieron ser juzgados la baja labor de los bolchevi-

ques y sus procedimientos criminales contra los anarquistas.

Nunca el movimiento majnovista ni los levantamientos de los marinos de Cronstadt obedecieron a influencias ajenas y menos aún a las que le atribuían los bolcheviques. Fueron movimientos propios, de marcada tendencia anarquista, que propugnaban por conquistar la libertad y la independencia de los Soviets, absorbidas por el Estado y el Partido Comunista. Querían que la revolución social de las masas obreras y campesinas no quedara estrangulada ni estancada con la creación de un nuevo Estado que después imposibilitaria toda acción colectiva.

Hoy, que vemos las cosas tal como son, afirmamos que Rusia continúa por senderos falsos que la conducen, no al comunismo, sino, por el contrario, a la implantación del capitalismo de Estado protegido por una dictadura no menos despreciable que la que ejerce Mussolini, convirtiendo al hombre en un instrumento mudo, como en la Edad Media, pues pensar contrario al Estado es un delito que se paga con la cárcel o el destierro a las estepas siberianas. Por esto, a pesar de sus quince años de poder dictatorial, el mismo odio que sintieron ayer contra Majno, lo mantienen firme hoy contra los anarquistas. He aquí por qué a los que hemos vivido en la U. R. S. S. no nos sorprende que en ninguna librería—a pesar de las muchas que hay—se encuentre ninguna obra anarquista. Todas están fuera de circulación. Sólo se pueden saborear las de

León Tolstoi. De esta forma quieren borrar la inmensa influencia que tuvo en Rusia el anarquismo y el anarcosindicalismo antes del advenimiento del poder bolchevique.

¿Qué argumentos pueden esgrimir hoy los comunistas que justifiquen su política represiva contra los que no comulgan con su andamiaje burocrático y autoritario? ¡Ah! Ya sabemos. Dirán que en Rusia, bajo la máscara del anarquismo, se esconden los reaccionarios, que esperan de un momento a otro poder saltar sobre el cuello de la "Patria Proletaria" u otros sofismas, como lo dicho una vez por Litvinov a un periodista español que pasó ocho días en Rusia, cuando éste le preguntó: "¿Cómo comprende usted que en Rusia, después de tantos años de dictadura, no se permitan otra clase de organizaciones que las adictas al Estado? ¿Cómo no se autorizan otras opiniones y sólo aquellas que están en consonancia con el Partido Comunista?". A lo que Litvinov respondió: "Mire usted; cuando se está pintando un cuadro, éste no puede criticarse hasta que no esté terminado. Lo mismo nos pasa a nosotros. Hemos empezado una obra y aun no está terminada; así es que no se nos puede criticar hasta que la demos por acabada". Lo mismo nos dice la burguesía a los trabajadores cuando criticamos su sistema político económico. Con esta concepción, en nada se diferencian los bolcheviques de la burguesía; por lo tanto, nada nuevo nos enseñan todos estos trucos. Están demasiado explotados. Tanto se han popu-

larizado que todo el mundo los conoce; y como no inventéis otros nuevos, señores comunistas, que den el camelo a los trabajadores, os quedaréis solos. Es decir, solos, no; os seguirán los ambiciosos y arrivistas que aspiran a las concejalías hoy y mañana a un comisariado. ¡Los trabajadores no os seguirán; están hartos de tanta farsa y demagogia!

¡Ah, malvados artistas y escritores que ponéis el pincel o vuestra pluma al servicio de un Estado enjuiciando la obra de unos hombres que desconocéis! ¡No tenéis perdón! ¡Yo os maldigo a los que con el arte o la literatura servís de instrumento al mejor pagador, que fué en todos tiempos y épocas el poder que domina! ¡Mentís como bellacos unos y otros! ¡Majno no fué nunca un contrarrevolucionario, y menos un ladrón y un asesino!

Tampoco las masas obreras y campesinas estarán nunca conformes con la dictadura proletaria, pues quien ha vivido en la U. R. S. S. conoce el divorcio existente entre el Partido Comunista y los trabajadores.

La vida de Majno, así como su actividad de militante del Anarquismo, borra por sí sola cuantos cuadros podáis pintar y cuantas leyendas escribáis alrededor suyo. Majno fué siempre un rebelde, antes y después de la Revolución. Luchó siempre al lado de su clase contra el poder de la autoridad y el Estado. Ha guardado manteniéndola íntegra, la fidelidad a su concepción social y filosófica. ¿Qué duda puede

caber, pues, que Majno, lo mismo que los marinos de Cronstadt, después de batirse con los ejércitos blancos dirigirían también sus armas contra los rojos? Si aquellos luchadores abnegados se convencieron de que unos y otros, blancos y rojos, no perseguían nada más que subyugar de nuevo a las masas de obreros y campesinos, a sus conveniencias de clase o de partido, ¿no está sobradamente justificada su actitud frente a los nuevos dictadores? ¿No haríamos lo mismo en España, en caso de que una revolución proletaria triunfase y hubiese alguien que pretendiera usurpar los objetivos de la misma, estableciendo una dictadura?

Yo, que en Rusia me convencí de la imposibilidad de desplegar ninguna clase de actividad entre los trabajadores, dada la rigurosa vigilancia que se ejerce en todos los trabajos, fábricas, talleres, oficinas, etc., procuré por todos los medios recoger datos sobre todo cuanto se relacionara con el movimiento majnovista y con la vida del pueblo ruso.

Abrigaba la esperanza de que, a pesar del silencio que me imponía la despótica dictadura rusa, un día saldría de ella y diría a mis camaradas, los trabajadores, las infamias que se cometen en la Rusia de hoy, que recuerdan y superan la Rusia de los Romanov y Rasputin.

Fueron varios los compañeros que me ayudaron en mis tareas. Así conseguí, en mi viaje por Ucrania, hablar con los campesinos y conocer a varios que lu-

charon al lado de Majno, para poder de esta manera deshacer la atmósfera que contra éste habían cargado los bolcheviques. No me bastaba haber conocido a Majno en París y estar convencido de su precaria situación económica. Quise conocerlo en Rusia, a través de los campesinos, para saber el concepto que les merecía y poder así informar mejor a los trabajadores españoles. Los compañeros de Moscú me dieron una dirección y una carta para que así no pudiera infundir sospechas a los que debía dirigirme, pues en Rusia, la dictadura ha creado un estado de desconfianza, dada la persecución que ejerce la G. P. U. contra los que no se enrolan en su empresa despótica y autoritaria.

Después de dar con la casa, no tardé en entrar en intimidad con aquel camarada que por vez primera veía. Era un hombre fuerte. Aunque no tenía más de veinticinco años, mostraba su cabello completamente cano. Nos sentamos alrededor de una pequeña mesa. Su compañera nos sirvió dos vasos de te. Una vez los hubo dejado sobre la mesa, dirigiéndose a mí, dijo: Es con la única cosa que podemos obsequiarle; en la cooperativa no hay nada más."

Entonces repliqué yo:

—No se moleste usted: no solamente es usted y la Cooperativa de este lugar los que carecen de todo. De sobra conozco la situación, pues no llego hoy del ex-

tranjero. Hace ya tres años que vivo en Rusia, y crea usted que tengo muchas ganas de marcharme.

—¿Tanto le aburre nuestro país?

—No, no es el país lo que me aburre, y menos el carácter ruso, que amo con devoción; es la dictadura y el proceder de los comunistas stalinianos lo que no puedo ver ni tolerar.

Entonces la buena mujer se separó de nosotros sonriendo. Con seguridad había comprendido a qué obedecía mi visita a su casa.

Ya solos, el compañero me preguntó:

—¿Le ha gustado nuestro movimiento? ¿Ha visto en qué ha ido a parar la Revolución rusa en manos de los comunistas? Los trabajadores extranjeros no se lo creerán si alguien se lo cuenta. ¡Aquí la vida es terrible! Ni usted—me dice—se puede formar una idea de las condiciones en que tenemos que hacer la propaganda nuestros ideales.

—Me he podido dar cuenta entre los compañeros de Moscú, pues allí todos los manifiestos son hechos a mano o a máquina por no poder encontrar una imprenta."

—¡Imprenta!—repuso asombrado—. ¡Esto ni intentarlo! ¡No ve usted que todo está rigurosamente controlado por el Estado, y los que están al frente de ellas son auxiliares de la policía!

Terminamos nuestra conversación sobre las cosas interiores, y pasé a informarle de los motivos de mi viaje.

—Yo, antes de venir a Rusia—le dije—oí hablar mucho de Majno y su movimiento, y... la verdad, como se hacen acusaciones que tocan la dignidad de los anarquistas majnovistas, no quisiera abandonar a Rusia sin antes recoger algunos datos sobre su biografía, así como también de su movimiento. Los camaradas de Moscú me han dicho que tú eras el único que podías facilitarme estos materiales.

El camarada, sin replicarme, empezó a hablarme de Majno:

—Néstor Ivanovith Majno -- me dijo -- procede de una familia de obreros agrícolas de la aldea de Gualiai-Polie, en la antigua provincia de Ekaterino-slav, no muy lejos de aquí, de Ucrania. Siendo muy joven Majno, aprendió un oficio para ayudar a su familia en la precaria situación en que vivía. A los quince años, atraído por la influencia de un grupo anarcosindicalista de su pueblo, Majno conoce las ideas anarquistas y se entrega de lleno, en cuerpo y alma, a actuar. En el año 1908, tres años después de la revolución de 1905, los cosacos del zar habían sembrado el terror en todos los medios revolucionarios, pero donde más se ensañaron fué en los medios anarquistas. Como consecuencia de la represión, a los pocos días fué objeto de un atentado el comisario de policía de Gualiai-Polie, llamado Lipetchenko. Por este acto, Majno fué detenido y condenado a treinta años de presidio.

—¿Conoció usted a Majno antes de la Revolución?  
—le interrumpí haciéndole tal pregunta.

—Yo conocí a Majno en la cárcel de Moscú, que es donde cumplía su condena, y yo también—contestó amablemente.

—¿Salieron juntos de la cárcel?

—No. Yo fuí libertado en 1916, pues mi pena había sido cumplida.

—¿Por qué fué usted condenado?

—Por un manifiesto contra la guerra.

—¿Estuvo mucho tiempo en la cárcel?

—Los dos años a que fuí condenado.

—¿Y cuándo volvió usted a ver a Majno?

—La segunda vez que volví a ver a Majno fué a raíz de la revolución de febrero, cuando fué libertado de la cárcel, volviendo a su pueblo natal. Entonces, entre varios compañeros -- sigue contando, radiante de satisfacción, mi entrevistado—organizamos varios grupos anarquistas y empezamos a propagar entre los campesinos pobres la necesidad de instaurar en Ucrania los "Soviets Libres", única manera de terminar con el hambre y la opresión del Estado.

Despertaban en mí vivo interés las contestaciones del compañero campesino y seguí preguntándole:

—¿Halló ambiente entre los campesinos la propaganda anarquista?

—Ucrania fué siempre anarquista -- dijo --, por su temperamento y su idiosincrasia. Nunca ha dejado

de serlo, a pesar de que los bolcheviques quieran decir lo contrario.

—¿Cuándo empezó la lucha activa de Majno en la Revolución?

—Esta data de principios de 1918, que fué cuando entramos en el período de guerra civil. Nosotros, los majnovistas, los primeros encuentros que tuvimos fueron con los austríacos y alemanes. Más tarde contra Wranjel, que invadía Ucrania.

—¿No lucharon también contra Petliura las fuerzas majnovistas?

—Sí, efectivamente. Majno fué el primero que vió la necesidad de dirigir los ataques contra Petliura, ya que comprendió la naturaleza del movimiento petliuriano...

No bien apenas acabó de terminar esta frase, el compañero se levantó y se fué a una habitación contigua a la que nosotros estábamos dialogando. Pocos momentos después apareció con las manos repletas de periódicos y proclamas.

Entonces, muy conmovido, exclamó:

—Mire, compañero: es la primera vez que saco estos documentos, pues a nadie los he enseñado. Los guardo porque algún día podremos hacerlos públicos y deshacer las calumnias vertidas alrededor del movimiento majnovista. Quiero tener la satisfacción de demostrárselos para que no crea que lo que digo es mentira. Estos impresos — continuó vivamente emo-

cionado— reflejan la trayectoria seguida por los majnovistas. ¡Lea, lea!

Más que para cumplimentarle, para satisfacer mis deseos, quise leerlos todos, pero a pesar de mi buena voluntad no me fué posible, pues había muchos, escritos en el dialecto ucraniano, y yo lo desconocía.

El compañero, dándose perfecta cuenta de que yo no los entendía, y para colmar mis anhelos de inquirir datos sobre la vida de Majno y su movimiento, empezó gustosamente a leérmelos, mientras lo anotaba en mi libreta de notas las partes más consustanciales.

La proclama dirigida por Majno contra Petliura, dice así: "¿Quién es Petliura? Petliura aspira a la República democrática en Ucrania, un régimen en el cual el poder del Estado se halle en manos de los ricos, en el que la propiedad de la tierra pertenezca a los latifundistas, las casas a los capitalistas y que las fábricas vuelvan a sus antiguos dueños. La clase obrera será como antaño, asalariada de la burguesía, los campesinos volverán a dividirse en pobres y ricos y éstos serán los dueños en el dominio de la economía y la política. Petliura es un enemigo del pueblo trabajador. Una vez nos vendió a los generales alemanes; ahora nos vende a los capitalistas franceses e ingleses, esforzándose en conseguir el poder sobre nosotros e instaurar un régimen beneficioso para la burguesía."

Una vez terminada la lectura que antecede, el compañero me preguntó:

—¿Qué le parece el manifiesto?

—Que está muy bien redactado — respondí.

—Pues ahora oirá otro dirigido contra Denikin, en tonos más enérgicos; así se llevará el convencimiento de que es mentira cuanto dicen sobre Majno y de que fuera un traidor. Ninguno de nosotros hemos hecho dejación de nuestros principios ácratas ni durante la Revolución ni nunca. En él verá el reflejo de nuestros sentimientos, así como la finalidad que perseguíamos los anarquistas con nuestro movimiento, conocido en el mundo con el nombre de movimiento majnovista.

El manifiesto en cuestión dice así:

“¿Quién es Denikin? ¡Rebélate, pueblo! ¡Sublévate de un extremo a otro! ¡Armese todo el que pueda! ¡Extermina a todos los latifundistas y a toda la ralea burguesa! ¡Ellos se disponen a hacer correr torrentes de sangre obrera y campesina! ¡Tomemos nosotros la delantera! ¡Muera Denikin! ¡Mueran los Denikianos! En donde quiera que se hallen, debe alzarse frente a ellos la espada de un insurrecto, la guadaña o el hacha de un campesino. ¡Viva la insurrección popular de toda Ucrania! ¡Vivan los Soviets Libres exentos de todo poder estatal! ¡Viva la Revolución Social!

Terminó la lectura de las proclamas y guardó silencio durante algunos minutos, frotándose suavemente la frente. Por su cabeza pasó con seguridad el recuerdo de aquellas luchas titánicas que terminaron con una tragedia para los maknovistas.

—¡Sí! — exclamó—. Fuimos derrotados por los bolcheviques con su ejército rojo. Fueron más fuertes que nosotros; disponían de más material de combate. Ellos tenían en su poder los centros industriales que les permitían fabricar material de guerra en abundancia, mientras que nosotros operábamos en Ucrania, región eminentemente campesina, y con material deficiente. Triunfaron... pero ¡nosotros no fuimos vencidos! Los vencidos no se levantan jamás, mientras que nosotros, a pesar de las dificultades en que nos coloca la dictadura staliniana, nos levantamos; trabajamos como podemos para alimentar el fuego en los espíritus de los campesinos, esperando que el descontento popular culminará un día en una gesta que arrasará todos los vestigios de este sistema dictatorial y burocrático que atrofia a los individuos y a las colectividades, dejando así paso a la sociedad anhelada por todos los humanos, donde desaparezca la mendicidad y la pobreza, donde todos seamos iguales desde el punto de vista económico, forma única en que el odio que hoy devora a los pueblos sea suplantado por el apoyo mutuo y la generosidad de los hombres. Esta debe ser la lucha, ya que todo debe tender a superarse. Lo que no se supera se usa, se gasta y muere.

Yo, poseído de una sed investigadora, cuanto más escuchaba la firmeza de aquella voz, de un temperamento contundente como aquel, más insistía interrogándole:

—¡Cuánto sufrirían durante la guerra civil con estos fríos glaciales de Rusia!—le dije.

—Nada — me contestó—. Cuando se lucha por convicción y por fe no hay sufrimientos, sino satisfacción, ya que se sacia un deseo. Al contrario de hoy, entonces luchábamos frente a frente, cosa que ahora la dictadura roja de estos déspotas comunistas nos tiene condenados al silencio. A la más mínima protesta — prosiguió, indignado — somos víctimas de persecuciones y destierros, y cuando no, se nos condena al pacto del hambre.

De esta forma despiadada se trata en aquel país a todos los que no se doblan ante la dictadura de Stalin.

—¿Es cierto que fué Majno quien organizó la masacre contra los judíos (progroms)?

—Esto es falso — repuso—; es decir, una infamia, pues en nuestras filas combativas había muchos judíos, la mayoría convencidos anarquistas, pues es Ucrania la región de Rusia en que más judíos han vivido. El organizador de los asesinatos contra los judíos de los progroms, fué Petliura (1) durante el tiempo en que dominó a Ucrania, quien sembró el terror en toda la población, especialmente entre la raza judía, hasta que a fines de 1918 los majnovistas se edueñaron de Ucrania, arrojando de allí a sus tropas. Esta fué la primera victoria de los anarquistas majnovistas. A partir de este momento los bolcheviques

(1) Petliura fué ajusticiado en un atentado en París por un judío llamado Schvarvarz en 1925 siendo absuelto por el tribunal que le juzgó.

quisieron entrar en relación con Majno, prometiéndole hacerle de la armada ucraniana, siempre que acatará las órdenes del Gobierno central de Moscú.

—¿Es verdad —le interrumpí— que Majno aceptó subordinarse al mando soviético, ejerciendo incluso las funciones de comandante de brigada?

—Todo es mentira. Los bolcheviques intentaron varias veces captarse las simpatías de Majno, porque veían en él un peligro para consolidar su dictadura odiosa; esta misma que hoy soportamos. Lo que sí hubo — continuó explicándome aquel camarada — fué una cierta relación, dado que en el orden revolucionario había puntos de coincidencia para la lucha contra los ejércitos blancos que dirigían Koltchak, Denikin, Judenik y Wrangel, que defendían a los grandes terratenientes y querían mantener el inquisitorial régimen de Nicolás II, el último de los Romanoff.

Durante los momentos de peligro, los bolcheviques siempre nos dieron buenos tratos; nos ensalzaban ante todos los trabajadores rusos; mas siempre lo hacían con habilidad y dobles intenciones, como lo demostraron más tarde, pues apenas se habían atenuado los ataques contra los blancos, comprendimos las intenciones que abrigaban, y ello dió lugar a la rotura definitiva. Entonces la guerra era inevitable entre bolcheviques y majnovistas. Los bolcheviques, que habían organizado un nuevo Estado dirigido por el Partido Comunista, querían que todo el mundo se sometiera bajo la bota de la dictadura, anulando la libertad indivi-



dual y colectiva, absorbiendo al mismo tiempo la verdadera función del Soviet, que acababa de crearse. Entonces fué cuando la pugna entre unos y otros se acentuó más. ¡Era inevitable esta prueba!, ya que las dos doctrinas que se disputaban la hegemonía del movimiento eran irreconciliables, chocaban como dos polos opuestos. Los majnovistas luchaban por los Soviets Libres, dirigidos por los obreros y campesinos, sin tutelas ni mediatizaciones de ningún partido. Querían un estado de convivencia social sin clases y sin Poder. Desde aquel momento, los bolcheviques, en sus proclamas, nos consideraban tan enemigos suyos y contrarrevolucionarios como a Denikin, Wrangel y Koltchak, pero nunca dijeron que, mientras los majnovistas estábamos luchando en las barricadas contra nuestros enemigos interiores y exteriores, sus jefes pactaban con la burguesía y firmaban la paz de Brest-Litovsk, que si bien sirvió para reforzar la dictadura roja, reforzaba también al mismo tiempo al imperialismo alemán, el que más tarde ahogó con sangre el movimiento espartaquista.

Pero repito — continuó el camarada, apurando el único sorbo de té que le quedaba en el vaso—, repito que los bolcheviques nunca repararon en sus maniobras, tocando todos los resortes al objeto de que la Revolución no tuviera el fin de que la impregnaron los trabajadores. Su ambición de dominio les cegaba hasta el extremo de eliminar a cuantos se opusieran a sus fines bastardos. No hay más que mirar la situación

para formarse una idea de cómo la Revolución ha degenerado en un Estado de burocracia que viven sobre las espaldas de los trabajadores.

—¿Cuándo se terminó la lucha entre los majnovistas y los bolcheviques?

—En 1921 se disolvió definitivamente el movimiento majnovista y la Ucrania cayó en manos del ejército rojo.

—¿Hubo represión contra los majnovistas por parte del Partido Comunista?

—¡Qué duda cabe! — me contestó, extrañado por la pregunta—. Pero fueron muy pocos los detenidos, pues la mayoría lograron ganar el extranjero y otros nos escodimos (1).

Aquí terminé la entrevista con aquel camarada, fiel reflejo y testigo vivo del movimiento majnovista. De ella se desprende que Majno luchó siempre por su ideal. De ser un traidor, con seguridad que hoy viviría en Rusia, al lado de los bolcheviques, con un puesto de comisario o comandante del ejército. El lo detestó todo, lo mismo de los blancos que de los rojos. Prefirió la vida de hambriento con dignidad, que vivir en un palacio lujoso, lleno de comodidades, que le habrían recordado siempre que todo no era más que una recompensa por su claudicación y traición a sus

1. Majno fué detenido en Polonia en 1921. Los bolcheviques pedían con insistencia la extradición de Majno, que no fué cedida por el Gobierno polaco debido a la campaña de protesta del proletariado internacional. Así pudo salvarse Majno de caer en manos de los bolcheviques y ser fusilado.

hermanos de lucha. No quiso nada y hoy vive acosado, acusado y desprestigiado por los usurpadores del Poder soviético.

Cuando ya me disponía a marchar para Moscú, el camarada X se levantó para despedirse. Puso su mano callosa sobre mis espaldas y hizo algunas preguntas. El empezó diciendo:

—Hasta ahora, camarada español, le he estado informando yo; también espero que usted me contestará a lo que voy a preguntarle. ¿Qué opinión ha sacado, durante los tres años que lleva viviendo en Rusia?

No me hice rogar y contestó sencillamente a sus demandas:

—Pues la misma que tenía antes de venir, con la agravante de lo que he visto personalmente, pues nunca creí que en Rusia volviesen a resurgir nuevas castas y clases ni tampoco que hubiese este descontento entre las masas obreras y campesinas. Pruebas de ello es el que nadie asiste a las asambleas ni obedece las consignas del partido.

Quizás a este divorcio se debe que el Estado aumente sus fuerzas coercitivas extremando la vigilancia en los talleres, fábricas, minas y otros lugares de trabajo. Todas estas medidas son síntomas de decadencia. Esto demuestra la poca solidez del régimen. Si no fuera así, ¿cómo se explicaría que el Estado recurriera a esta persecución tan desenfundada contra los anarquistas, trotskistas, sindicalistas y todos cuantos no están de acuerdo con la política de Stalin? Cuan-

do se gobierna con el asentimiento del pueblo, no hay que temer a nada ni a nadie, pues el pueblo es el único en repeler y ahogar todas las conspiraciones que surjan, ya que sus sentimientos e intereses están reflejados en el Estado que le representa. Pero cuando no es así, como sucede en el caso de Rusia, entonces se recurre a la violencia, a la infamia y a la calumnia.

La dictadura en sí, sea blanca, roja o negra, es el poder de un grupo de hombres que imponen su voluntad por la fuerza, y no por la razón sobre los demás hombres. Por esto la dictadura es un poder que anula todas las corrientes de oposición del sistema político-económico que defiende. Suprimiendo la libertad individual y colectiva, la dictadura rusa, como las demás, está desplazada de la realidad de la vida del pueblo, divorciada de aquellos que deberían ser su verdadero sostén, si en verdad representaran sus intereses.

La dictadura rusa representa los intereses de la burocracia contra los de los trabajadores. De esta manera hemos visto cómo el Partido Comunista ha ido mermando sus efectivos, hallándose hoy dividido en tres fracciones: comunistas, trotskistas, stalinistas, bloque obrero y campesino, y nada nos podría sorprender que se formaran otros muchos partidos, ya que en el fondo todos son dictadores que aspiran a la jefatura de un partido, no importa cuál sea.

—Diga, compañero español: ¿tienen ambiente en España los comunistas?

—No—le contesté secamente—. Ni podrán tenerlo

nunca. El pueblo español odia a la dictadura y al Estado y todo lo que represente autoridad.

—Pues cuando regrese a su país, es preciso que advierta a los compañeros que no se fíen de los comunistas, que son muy habilidosos y se infiltran por cualquier agujero. A propósito: ¿conoce las resoluciones del V Congreso de la Internacional Sindical Roja?

¡Cómo no voy a conocerlos! En él se acordó la creación de la oposición sindical en los Sindicatos de la C. N. T. y en los de la U. G. T. Fué una ponencia del secretario vitalicio del Profintern, Losovski. El, nos tiene a los anarquistas por muy ingenuos, y se equivoca. Cierta día, hablando con él, me explicó la forma a emplear por los comunistas para coger la dirección de las organizaciones anarcosindicalistas. A tal propósito, decía: "Todos los comunistas deben ingresar en estos organismos obreros ya creados y fuertes; procurando captarse las simpatías de los trabajadores, formando así un grupo fuerte de oposición que se reunirá aparte para tomar acuerdos y llevarlos luego a las asambleas respectivas, y, cuando se nombren los cargos a elección de las mismas, proponer a los comunistas los primeros. Cuando tengan los cargos de los sindicatos y juntas de secciones, entonces, con un pequeño viraje tendremos a la organización identificada con Moscú".

Así se explicaba el matemático Losovski. ¡Qué bonito para él, trazar planos desde su despacho para que los otros los cumplan! ¡Qué buen estratega sindi-

cal es el señor Losovski! ¡Para algo lleva trece años en el cargo de secretario general de la Internacional Sindical Roja! Pero como él no debe ejecutar estas consignas, cree que los anarquistas contemplaremos impasibles, cómo los comunistas se aprovechan de la organización sindical. Para sus fines políticos, esta táctica, como la del frente único ha sido vista con desagrado por las masas trabajadoras españolas, por la gran cantidad de traiciones sufridas de nuestros socialistas. No cabe duda que los comunistas, por ser hermanos gemelos de los socialistas, harían lo mismo que ellos: traición, tras traición. Por eso en los Sindicatos de la C. N. T. se llevó a cabo esta depuración, y hoy, en España, los comunistas de estado son escasos. Aunque al Partido Comunista acudan algunas mediocridades con pretensiones intelectuales y algunos que otros políticos fracasados en otros partidos, como el propio Balbóin, que persigue la jefatura del Partido Comunista (Sección Española de la Internacional Comunista).

A pesar de todo esto no hay peligro. La revolución española pertenece a la C. N. T. y a la F. A. I., porque son las únicas organizaciones que interpretan el sentir y los anhelos de las masas explotadas, representando el temperamento y las características de la raza. Así es que a los trabajadores españoles sólo les cuadra el Comunismo libertario.

Las buenas corrientes autoritarias se estrellarán allí como se estrellaron siempre.

—¿Piensa usted regresar pronto a España?

—Tan pronto como consiga la autorización.

—¿Ha empezado ya a hacer las gestiones?

—Hace seis meses que mandé una solicitud en tal sentido al Socorro Rojo Internacional y todavía no me ha sido contestada; aunque tengo la confianza de que me será autorizada la salida de Rusia.

—Pues no le deseo otra cosa más—me dijo, estrechando fuertemente mi mano con las suyas—sino que tenga buena suerte y que pronto pueda estar entre sus familiares y compañeros de lucha. Cuando allí se encuentre, no olvide decir a sus compañeros anarquistas, que Majno vive, que Majno no puede morir para la clase trabajadora y menos para los campesinos, ya que en su mente recuerdan sus luchas lo mismo que sus sanas intenciones, que eran las mismas que abrigan hoy: terminar con la odiosa explotación y persecución de que somos objeto los nobles y abnegados idealistas que no queremos someternos a esta dictadura despótica y odiosa de Stalin, que ha convertido a Rusia en un país de esclavos.

Nos despedimos, quizá para siempre. Abandoné la casucha de aquel hombre de corazón de niño, llevándome de allí el recuerdo que serviría para fortalecer mi espíritu en la lucha contra el Estado y todas las dictaduras.

## CAPITULO IX

### LA POLITICA BOLCHEVIQUE.—DE COMO EL PARTIDO COMUNISTA MEDIATIZA TODAS LAS ORGANIZACIONES. — LOS SOVIETS, INSTRUMENTOS DEL PARTIDO

A pesar de que se hable tanto sobre la dictadura proletaria como expresión de las masas obreras y campesinas, hemos de afirmar, sin temor a ser desmentidos por nadie, que en Rusia no hay "dictadura del proletariado", sino dictadura del Partido Comunista, el único existente en la U. R. S. S. La política del Partido, es aceptada por los Sindicatos, Cooperativas y los Soviets. Estos organismos están intervenidos por los comunistas y mediatizados por el Partido que hoy dirige la vida política y económica de Rusia.

Esto, que por sí solo se comenta, demuestra que la falta de independencia en los Sindicatos, Cooperativas y los Soviets, sea lo suficiente para negar la democracia, a la que tanto hacen alusión los bolcheviques y sus incondicionales. Todos los organismos están controlados y dirigidos por los miembros del Partido Comunista, y, salvo raras excepciones, por algún

simpatizante. Esto sucede así, porque la elección de los cargos nunca se hace en las asambleas generales donde los trabajadores puedan ejercer el derecho de elegir a su agrado a quienes tengan que representarlos en los Soviets, Sindicatos, Cooperativas, etc. etc.

Todos los cargos representativos son elegidos en las células del Partido; en el taller o en la oficina pues en todos los lugares de trabajo existen las células del Partido, quienes se encargan de recoger a los "buenos chicos"; los más fieles al régimen, y a esos es a quienes se les confía los cargos representativos de los Comités de fábrica.

Los acuerdos que se toman en el Buró Político del Partido, son remitidos a los Comités locales o regionales y éstos a su vez los mandan al Comité de barriada para ser transmitidos a las Células del Partido. En las fábricas o talleres, para su aplicación, las asambleas generales, no sirven más que para ratificar lo acordado en el Partido.

Por eso, a pesar de llevar nombres tan pomposos, los Soviets, como quieren demostrar, la Constitución Soviética, expresión legal de la dictadura del proletariado, es hoy en la U. R. S. S. un documento muerto. Centenares de hombres, entre ellos incluso comunistas, se encuentran actualmente en las prisiones y campos de concentración, o en lugares de deportación, por haber permanecido fieles a sus principios o por haber querido hacer ostentación de sus derechos de ciudadanos conculcados en dicha Constitución.

No es este el primer ejemplo histórico de una Constitución que no es respetada por aquellos a quienes corresponde aplicarla, pero es ciertamente un caso único de Constitución que no tiene nada de común con el régimen cuyas instituciones le corresponden definir, para así poder afirmar que la dictadura es el reflejo de la vida del país en todos los órdenes y la expresión voluntaria de todos los ciudadanos que lo integran.

En teoría, todos los habitantes de la U. R. S. S. que viven de su trabajo y sin explotar el ajeno, "son ciudadanos electores y elegibles, y poseen el derecho de expresión y de reunión". Pero de hecho, como ya hacemos constar en anteriores artículos, de los ciento sesenta millones de rusos que viven en la Unión Soviética, sólo unos cuantos gozan de todos los derechos —éstos son el Buró Político y su secretario general Stalin—, mientras que los demás asumen todos los deberes.

De esta forma jerárquica, un comunista, tiene más derechos que otro ciudadano "sin partido", ya que estos últimos no pueden ser elegibles como lo son los pertenecientes al Partido. Así, pues, vemos como muchos ambiciosos, sin sentir ni remotamente ninguna afinidad por el Partido Comunista, piden su ingreso a fin de poder hacerse una personalidad, cosa que nunca conseguirían estando al margen. A los "sin partido" no se les elige para cargos de responsabilidad ni se les manda a estudiar en las universidades. Sólo a fuer-

za de mucha voluntad, los "sin partido" pueden frecuentarlas durante los cursos nocturnos, lo que da como resultado que para alcanzar una carrera de técnico tengan que pasar siete u ocho años, pues mientras que a los miembros del Partido se les manda a los cursos normales, cesando en el trabajo para entrar de lleno a los institutos o universidades, a los "sin partido" se les obliga a estudiar una vez terminada la jornada de trabajo. Así es, que muchos obreros con todo y su buena voluntad para los estudios, deben abandonarlos después de algunos años de haberlos cursado, ya que es materialmente imposible que después de producir durante siete u ocho horas en un trabajo abrumador, como lo es el que se practica en la U. R. S. S., sistema de trabajo preconizado por Taylor, puedan acudir a las clases nocturnas en las Universidades dos o tres horas diarias por espacio de varios años.

Este es el privilegio que gozan los miembros del Partido por sobre de los "sin partido".

De la misma manera sucede en las fábricas, con los encargados y directores. Todos son miembros del Partido y elegidos en las células del mismo. He aquí por qué muchos, para tener el derecho de ser elegibles, piden su ingreso en el Partido Comunista, pues permaneciendo alejados de él, sus derechos son inferiores a pesar de que reúnan una capacidad superior en el orden profesional o técnico.

¿Por qué, después de tantos años de Poder bolchevique, no pueden gozar de los mismos derechos todos

los ciudadanos que vivan de su trabajo? ¿No sería justo que después de suprimidas las clases, el desarrollo normal de la vida empuñara sus cauces lógicos y racionales dando así facilidades al hombre para el desarrollo de sus condiciones técnicas y desenvolvimiento profesional?

Si hoy, dentro del régimen capitalista, sólo tienen derecho al arte, a las ciencias o a la técnica los privilegiados, ¿puede permitirse dentro de un nuevo régimen esta concepción falsa de la vida y de las cosas?

El hombre posee condiciones natas que pueden apreciarse por medio de un tratado pedagógico. Instintivamente, posee estímulo para la música, tanto como para la literatura, el arte, etc., etc. Estas dotes pueden apreciarse en él desde su más tierna infancia, y si éstas se manifiestan descubiertas, debe dársele facilidades para que tales aptitudes no sean borradas por el medio ambiente que lo absorbe todo, negando así el concepto materialista del estímulo que es la negación de las propias leyes naturales.

Los bolcheviques no han hecho más que mantener los viejos procedimientos del régimen capitalista en todos sus aspectos; políticos y educativos, y hoy asistimos al espectáculo de una gran crisis de capacidad técnica, científica y profesional. ¿Causas? El no tener en cuenta el seleccionar a los individuos que deberían frecuentar las universidades, institutos, academias de ciencia y literatura. En Rusia, lo mismo que en Es-

pañía, no asisten a los centros docentes más que aquellos que tienen medios, simpatías o influencias. Eso es: los pertenecientes al Partido Comunista. Los demás, a veces los más inteligentes, quedan relegados a segundo lugar y en muchos casos ni a esto llegan.

Muchos hombres favorecidos por la suerte, los preferidos por el Partido, después de pasar varios años en las universidades resultan ser inválidos cerebralmente. Demostración palpable de que la inteligencia no se compra, sino que es propio del individuo.

Si los bolcheviques hubieran tenido en cuenta estas y muchas otras consideraciones, hoy, después de dieciséis años de Poder, podrían contar con cuadros propios de especialistas y técnicos, con una conciencia de clase y con una mentalidad comunista, y no vendrían obligados a confiar la dirección técnica del país a los ingenieros y técnicos de la burguesía extranjera, que en lugar de mirar por el engrandecimiento industrial y económico de la U. R. S. S. lo que hacen es dedicarse a cobrar solamente estipendios fabulosos, ejerciendo un sabotaje sistemático contra los intereses de la clase trabajadora.

Pero hay que decir muy alto que los únicos responsables son los comunistas. Bien quedó demostrado en el proceso de las minas del "Bonbas", ya que nunca quiso el Gobierno tener en cuenta las quejas de los obreros que más de una vez elevaron a la Célula del Partido. Como los Comités de fábrica, aquellos organismos hicieron siempre oídos de mercader. Nunca se

escucharon sus quejas ni se escuchan hoy tampoco, a pesar de la experiencia.

Los técnicos, en Rusia, tienen, como en todas las naciones, la supremacía del saber, y su voz goza de más autoridad que la que honradamente puede tener un simple obrero manual.

¡Cuántos hechos y fracasos se evitarían en Rusia si existiera esa libertad de crítica que hoy queda ahogada por la despótica dictadura de Stalin!

Los daños causados por aquel grupo de ingenieros que, de acuerdo con el director de la mina, antiguo propietario de la misma, realizaron, se hubieran evitado escuchando simplemente la voz de un obrero que llevaba ya treinta años trabajando en la misma mina, el cual, por su experiencia profesional, aconsejaba la evitación en su mayor parte de aquel sabotaje y otros muchos más. Esto es bien comprensible, ya que nadie más indicado para el control de la producción, que los propios que trabajan. En Rusia es viceversa, se confía en un cuerpo burocrático bien retribuido.

Si en la U. R. S. S. los cargos en los sindicatos, Cooperativas, Soviets, Comités de fábrica, fueran elegidos democráticamente en las asambleas, a ellos irían destinados los hombres más competentes, y los trabajadores tendrían la máxima confianza en ellos. Se subsanarían así todas las anomalías que son una perturbación continua en la vida de las instituciones encargadas de la regularización de la economía y la política.

Lo primero que debe imponerse en toda sociedad que quiera llamarse justa y equitativa, es igualar en derechos y deberes a todos los ciudadanos, como asimismo de condiciones de vida para todos los que integran el conglomerado de su subsistencia. De no proceder así, se incurre en el grave error de que una ínfima minoría gobierne a una gran mayoría, cuando precisamente debería ser todo lo contrario. Aun admitiendo de las minorías el derecho de experimentación, puede considerarse que si arbitrario es el que una mayoría gobierne a una minoría, más arbitrario es que una minoría gobierne a una mayoría.

Estos conceptos, jamás fueron comprendidos ni escuchados por los comunistas estatales. De ahí se deduce su centralismo autoritario y que sólo el Buró Político del Partido pueda trazar líneas de actividad para todos los organismos, siempre de arriba abajo, cuando lo lógico, lo justo y lo humano, sería lo contrario, ya que los de abajo, la masa, el pueblo, la plebe, son los únicos que pueden reflejar su sentir como factor principal en el orden social.

Proceder a la inversa, como se procede, es un atentado al derecho y a la libertad. De aquí parte nuestra protesta contra la política comunista.

El lector podrá apreciar si son justas las asambleas del Partido: ellas son las encargadas de nombrar Comités de fábrica y cooperativas. Estos cargos son siempre propuestos por indicación de los organismos superiores, pero antes del nombramiento se tienen en

cuenta los años que llevan inscritos en el Partido, siendo siempre preferidos los más antiguos y los que mejor han obedecido taxativamente a la disciplina del mismo. Luego son llevados los cargos a las asambleas, no para discutirlos, sino para ratificar lo acordado en el Partido.

Hay dos clases de asambleas: a una de ellas no pueden asistir más que los miembros efectivos, exigiéndose el carnet del Partido. En estas asambleas se tratan todos los problemas de más actualidad política; se distribuyen los cargos para los comités y otros organismos, de una forma familiar. De esta manera se entablan las consignas que han de ser llevadas a todos los demás organismos internos y externos, pues de la misma manera que se hace la elección de los cargos en Rusia, se eligen también los de los demás partidos comunistas del mundo. Los acuerdos del Partido Comunista (Buró Político) deben ser aceptados sin discusión por la masa trabajadora en sus asambleas.

En el orden internacional sucede lo mismo. En Rusia está situado el laboratorio de las consignas para todos los países. Así tienen el movimiento internacional sujeto por hilos que son movidos desde el Comintern (Internacional Comunista), que tiene sus redes en Moscú.

Las asambleas en las fábricas, son siempre convocadas por el Partido o a indicación suya. Los obreros no tienen derecho a convocarlas. Todo, en la Unión

Soviética es manejado por la voluntad del Partido Comunista y nunca por las masas trabajadoras.

A la asamblea "abierta" del Partido, pueden asistir todos los obreros miembros o no del mismo. En estas asambleas no se toman nunca acuerdos, ya que sólo resultan tener un carácter puramente informativo y de propaganda entre las masas obreras y campesinas.

De la manera indicada antes, tan antidemocrática, se forman los Comités de fábrica, de sindicatos, de cooperativas y demás organismos de control. Así, el Estado lo tiene todo afianzado. Todos los resortes para su seguridad están mantenidos por un gran ejército de burócratas, pues en cada fábrica, taller u oficina, los encargados de controlar las actividades son el "Triángulo", compuesto por el secretario del comité del centro de producción, el director del mismo y el secretario de la Célula del Partido. Todo está sometido a la voluntad de estos agentes incondicionales, bien retribuidos, para ejercer la vigilancia rigurosa sobre los obreros.

Siempre que surge alguna anomalía—y estas son corrientes en Rusia dado el descontento existente en masas productoras—, el "Triángulo" no tiene otra misión más que la de dar la confianza a la G. P. U., para que ésta se encargue de llevar a cabo la detención de los que protestan o hacen propaganda trotskista o anarquista.

Esta represión contra la libertad de pensamiento imposibilita que los trabajadores en la U. R. S. S. pue-

dan conocer las ideas ácratas y otras concepciones de la vida social. La dictadura bolchevique, es quizá la dictadura más despótica, por su forma de estructuración, ya que al estar todo vinculado al Estado se hace más fácil el control de todas las actividades individuales y colectivas.

En Rusia no hay más Prensa que la del Partido ni otra literatura que la marxista, ni más organización que la conveniente al Estado. Así se justifica la duración de la dictadura bolchevique y de su dictador Stalin.

La forma de la elección para los cargos en los organismos indicados en este capítulo, es la resultante de que siempre sean los mismos los elegidos. De esta manera, Kalinin y Losovski, están siempre en los altos puestos de la Constitución Soviética sin que sean nunca sustituidos, ni lo serán mientras las asambleas no sean dueñas de elegir a su voluntad a los hombres que deben representarlas.

Hasta hoy, los "sin partido" en la U. R. S. S. no tienen otro derecho que el de aprobar cuanto dice y cuanto hace el único partido político de la U. R. S. S. Toda desaprobación formulada, aunque esté bien fundada, coloca al individuo bajo la acusación sistemática de contrarrevolucionario y se expone a la cárcel o al destierro de no desistir de su actitud.

Las asambleas no son más que puro formulismo, ya que nunca son ellas las que tienen el derecho de elección. De la misma forma que son elegidos los Comi-

tés de fábrica, los de los sindicatos, los de los truds, los de las cooperativas, etc., etc., son nombrados los Soviets.

Anualmente, en cada fábrica, se procede al nombramiento de los obreros que deben pasar a ser diputados al Soviet. Antes de ser presentadas las listas de los aludidos diputados a la asamblea general, se reúne la Célula del Partido, que confecciona la lista de los nuevos elegidos y luego es presentada a la asamblea para la ratificación obligatoria.

Lo mismo se hace en las aldeas. El Soviet lo integran aquellos que han sido elegidos en la Célula comunista más cercana. El Soviet en las aldeas, no sirve más que para cobrar los impuestos a los campesinos.

Los Soviets elegidos en tales condiciones no dan señales de vida, ya que no gozan de ninguna autonomía. Sólo se reúnen algunas veces por año. El presidente, que cobra buenos sueldos, sueldos que salen de los impuestos de los campesinos, tiene supeditados a los demás miembros del Soviet a su voluntad.

Con este desorden general, no es posible establecer una demarcación entre el Partido, los Soviets y los Sindicatos, pues todos los aparatos están ligados, fundidos entre sí y mediatizados por el Partido. En general, toda información sobre el Partido, sirve igualmente para los Sindicatos, Soviets, Cooperativas, etc.

Idénticos fenómenos se producen en las diversas organizaciones e instituciones dirigidas por los mis-

mos cuadros comunistas. Así es que la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, no es más que frases huecas, ya que, en realidad, no hay más que una dictadura despótica ejercida por el solo partido que existe en Rusia.

La autonomía en las repúblicas es un absurdo inconcebible. No hay independencia administrativa. La finanza es nacional, como el ejército, la policía de ambas clases, la magistratura. El Partido Comunista es el que nombra los comisarios de las diversas repúblicas. Todo está supeditado a la voluntad de un grupo de hombres, para los cuales fué escrita la Constitución, que manejan hoy según sus cálculos y conveniencias. ¿Puede llamarse a todo este armatoste burocrático y autoritario, "democracia" o libertad?

La dictadura fué siempre, lo es y lo será, la negación de estas dos palabras, de estos dos símbolos, los cuales han costado miles de vidas para ser conseguidas y nunca han podido obtenerse de una forma íntegra, pues mientras subsistan clases es difícil hacerse con ellas de una manera verdadera.

Rusia no ha podido tampoco conseguir, a pesar de tanto cacarear, la liquidación de las clases, y la dictadura tiene que defenderse contra el descontento de las masas laboriosas, alejándolas de la actividad política, confiándolo todo a cuerpos burocráticos subvencionados con grandes sueldos. El pueblo, los obreros, no son más que autómatas a disposición del Esta-

do dictatorial bolchevique. Esto es la realidad, aunque sea desfavorable para el pueblo ruso.

La democracia y la libertad, son un mito, y lo serán hasta que los trabajadores no tengan la facultad libre de elegir los cargos en los Soviets, en los Sindicatos, Cooperativas, Trusts y otras instituciones. Hacia esto vamos los anarquistas, y ésta es la labor que nos hemos impuesto para conseguir así que el pueblo sea dueño de sus destinos; para que la democracia y la libertad no sean sólo palabras sino hechos tangibles.

De esa manera deberían haber obrado los que usurparon la revolución rusa del pueblo, para que tomaran ejemplo los demás. Pero Rusia, no hizo nada en este sentido, burlando así, los compromisos que contrajeron en 1917 con las masas trabajadoras, hoy traicionadas por el Partido Comunista, creando en ellas el más grande escepticismo.

¡Luchemos, pues, y defendamos al proletariado ruso de la dictadura, del burocratismo y el despotismo de los comunistas, para lograr que Rusia pertenezca a todos los trabajadores y no a una pléyade de patricios que no hacen otra cosa que hartarse como los antiguos romanos hacían, mientras que los obreros auténticos pasan hambre y privaciones!

La revolución fué hecha por todos y todos tienen derecho a gozar de sus ventajas. Las conquistas no pertenecen a la minoría que hoy las disfruta, sino a todos los trabajadores por igual que contribuyeron y

contribuyen actualmente al engrandecimiento de lo que se esperaba que fuera: la Patria del Proletariado Mundial, al contrario de lo que es: una cabila de arrivistas y dictadores que se nutren a costa de la miseria de los que producen.

Si nosotros, los anarquistas, con nuestro esfuerzo, conseguimos estos objetivos, que el pueblo sea del pueblo y el hombre dueño de sí, habremos dado un gran paso hacia la liberación del género humano, y el pueblo ruso habrá recobrado su verdadera personalidad usurpada hoy por la mal llamada dictadura del "proletariado" que dirige el Partido Comunista y su dictador Stalin. Aceleramos la marcha en la transformación social de los pueblos esclavizados y habrá triunfado entonces, de una vez, la verdadera democracia y libertad que ansían los pueblos sometidos a las dictaduras.

Para poner de relieve los defectos que padece Rusia, hasta contar una anécdota que flota en los labios de todos los obreros rusos. Dice así:

Una vez Kalinin, presidente de la U. R. S. S., fué a hacer una visita a los campesinos, ya que según se afirma, Kalinin, desciende de una familia campesina también y pobre. Así consta en la gran cantidad de láminas que se ven en los establecimientos públicos.

Ya Kalinin, en presencia de los campesinos, les preguntó:

--¿Cómo vivís, muchachos?

--Mal, señor Kalinin—respondieron.

—¿Por qué vivís mal? replicó, estupefacto.

—Ya ve usted—dijeron, enseñándole las ropas des-trozadas que abrigaban sus cuerpos—. ¡Y no tenemos más que éstas y son inservibles! ¡Rotas por todos lados!

—Esto no es nada, muchachos—contestó el presidente, mientras acariciaba su pequeña barba—. Mirad, hay pueblos que viven mucho peor. Por ejemplo, en Asia, la gente va desnuda a medio cuerpo.

Entonces, los campesinos, perplejos y con sarcasmo, exclamaron:

—Por lo visto, señor Kalinin, en Asia, hará muchos más años que nosotros que establecieron el régimen soviético.

## CAPITULO V

### ASPECTOS GENERALES DE LA VIDA EN LA U. R. S. S.—MI RETORNO A ESPAÑA.—COMO CONSEGUI SALIR DE RUSIA

Habían transcurrido cinco meses, desde el día que en Moscú se conoció la noticia del cambio de régimen en España. Yo, diariamente, con el mismo deseo y nervosidad del primer día, continuaba ininterrumpida-

mente mis visitas a Losovski, ya que él era el encargado de facilitar mi salida de la U. R. S. S.

Su despacho, en el Profintern, tenía siempre el mismo aspecto de servidores burócratas en rededor suyo. Hay puesto un servicio de hombres y mujeres que actúan como secretarios, que, por sus movimientos, reflejan un aire de simples autómatas. Todos ellos se movilizan al son de unos timbres que se encuentran situados convenientemente en su mesa de escritorio.

Losovski había dejado el encargo a aquellas lindas muchachas, puestas a su servicio, que no podía recibirme. No obstante, lo fui por uno de sus hombres de más confianza, quien me manifestó que podía volver al día siguiente.

Ni corto ni perezoso, salí del Profintern, no con la misma cara que había entrado, pues se podía notar en mi semblante la indignación que había sufrido, no ya por el trato de que había sido objeto, sino que por la lentitud en que se ventilaba mi salida de Rusia.

Al día siguiente, siguiendo la costumbre establecida en mí de los demás días, tomando ya el carácter de una costumbre, me dirigí de nuevo al Profintern; esta vez vino conmigo el camarada Colomer, quien desde un principio fué el que más colaboró a conseguir mi objetivo. Colomer, a pesar de pertenecer al Partido Comunista, se daba cuenta de mi estado de inquietud y de las razones que me asistían para maldecir a tanto burocratismo que no sirve para otra cosa más que para alarmar a los individuos y sembrar en

ellos el más nefasto pesimismo. Pero, a pesar de que Colomer en su fuero interno, reconociera todo esto, nunca lo exteriorizaba, a pesar de su autoridad y solvencia.

Losovski callaba como un redornado y sólo buscaba paliativos para convencerme. ¡Quién conociera a Colomer años antes habría quedado perplejo al verlo curvado ante tanta chusma! Pero, por lo visto, al hacerse comunista, forró su cuerpo de piel rusa y todo lo justificaba. Yo, ante él, quizá por la amistad que nos unía desde hacía varios años, me concretaba a decirle:

—¡Esto no se ve más que en Rusia! ¡No hay país en el mundo que para extender un pasaporte se necesitan cinco meses!

Colomer, para calmar mis inquietudes y aplacar mi nerviosidad, buscaba mil sofismas. Así evitaba tenerse que enfrentarse con sus jefes y no quebrantar la disciplina del partido.

Salimos aquel día, pues, una vez más del Profintern, con las manos vacías y desesperanzados. Fuimos andando hasta la puerta del hotel Europa, que es donde vivía con su compañera Magdalena y sus tres hijos. Después de conversar largo tiempo, nos despedimos conviniendo reunirnos de nuevo por la tarde con el fin de intentar nuevas gestiones, que, dicho sea de paso, dieron un mejor resultado.

A las tres de la tarde, Colomer y yo salimos de su habitación del Hotel Europa, con dirección al Com-



intern (Internacional Comunista). Por vez primera franqueaba yo aquel grandioso edificio. Su aspecto exterior era pobre y sucio. Las huellas del paso de muchos años se notaban en él; era viejo, antiguo. Al entrar, fuimos recibidos por un anciano de largas y estiradas barbas blancas como la nieve que cubre la mitad del territorio ruso: era el portero. Era él, el encargado de recibir y controlar a cuantos entraban en la casa. Dirigiéndose a nosotros con un aire muy serio y una voz seca nos preguntó:

—¿A quién desean ver ustedes?

Yo, dirigiéndome a Colomer—ya que éste no habla una sola palabra en el idioma ruso—le pregunto a la vez: ¿A quién venimos a ver?

—A Andrés Martí—respondió con su voz chillona.

El portero necesitaba saber todo esto para dejarnos el paso libre. Este, rápidamente, se separó de nosotros no sin antes pronunciar varias palabras: —Aguarden ustedes un momento que voy a telefonar para saber si ha venido, aunque de costumbre a estas horas siempre está aquí.

Esperamos unos minutos. De pronto vimos al viejete que salía haciendo señas con las manos indicándonos que ya podíamos pasar. Llegamos al interior del edificio. Una sala grande a nuestra vista, con varios sillones en bastante mal estado. Las paredes, recién pintadas, presentaban un aspecto limpio, nuevo. En el centro, varias lámparas eléctricas permanecían encendidas durante el día para evitar la oscuridad.

Nos dirigimos a una de las ventanillas que estaba al lado izquierdo de la sala, tal como nos había indicado el portero. Una muchacha joven, de cabellos rubios, cuyo detalle nos sorprendió por no ser muy corriente en la feminidad rusa, fué la que se dirigió a nosotros, con un aire risueño que reflejaba su simpatía. Dejó sentir al fin su suave voz: —¿Son ustedes quiénes han pedido hablar con Andrés Martí?

—Sí; somos nosotros.

—Hagan el favor de los documentos—exclamó—. Este es un requisito que se exige a todos cuantos entran en el Comintern.

—¿A los empleados también?—le pregunté.

—No; nosotras y todos cuantos aquí trabajan tenemos un pase que reemplaza a los documentos.

Colomer sacó del bolsillo el carnet del Partido y lo entregó. Mientras tanto, la muchacha lo anotaba todo en un papel cuidadosamente. Yo tuve que presentar mis documentos personales ya que no pertenecía al Partido Comunista. Cuando aquélla cogió mi documentación, me di cuenta de que la muchacha me miraba y sonreía algo extrañada.

Entonces le pregunté: —¿Por qué se ríe usted?

—Por nada; es mi carácter. Sólo me ha sorprendido que usted siendo un refugiado político no pertenezca al Partido Comunista.

—¿Qué particularidad tiene esto?

—Ninguna; pero no es corriente verlo. Quizá sea

este el primer caso que me encuentro desde que trabajo en el Comintern.

—Ya otra vez—le respondí—, en la Cooperativa de Viviendas fuí objeto de estas mismas preguntas.

Esto, no sólo sorprende a los propios obreros o empleados comunistas, sino que también sorprende al propio Losovski, como el lector habrá observado en capítulos anteriores. Losovski tampoco se convencía de que yo, que llevaba cerca de cuatro años residiendo en la U. R. S. S. no perteneciera al Partido Comunista, pues si para los del país no pertenecer al Partido Comunista no es una novedad, esto no deja de serlo para los refugiados políticos, pues de los cinco españoles que habíamos fijado nuestra residencia en Rusia, sólo yo era el que no pertenecía al Partido.

Después la linda muchacha salió para acompañarnos. Subimos una escalera, estrecha, hasta el segundo piso, que es donde está situado el secretariado de la Europa Latina. La joven, una vez nos hubo indicado el lugar, se retiró de nosotros. Aunque la puerta se encontraba entreabierta, yo creí lo más prudente, hasta por delicadeza, golpear antes de entrar. Así lo hicimos. A nuestros golpes respondió una voz fuerte y recia: —¡Pasen, pasen!

Penetramos y fuimos recibidos por Martí, que estaba de pie detrás de una mesa de despacho. Nos estrechamos la mano, siguiendo las costumbres francesas, y nos presentó algunos amigos suyos, entre ellos a Vaillant-Coutunior, redactor de "L'Humanité", de

París, órgano del Partido Comunista francés. Nos saludamos y tomamos asiento.

Colomer y yo, antes de llegar al Comintern, nos habíamos puesto de acuerdo de la forma en que debía ser presentado ante el comunista Andrés Martí, a fin de que él pudiera influir cerca de Losovski para conseguir mi salida de Rusia, pues la dificultad mayor a vencer para todos aquellos que llevan varios años residiendo en la U. R. S. S. es no pertenecer al Partido Comunista.

Yo, desde aquel momento, tuve que adoptar una posición falsa, a fin de que no pudiera despertar sospecha ni a Martí ni a los agentes de la Internacional ni tampoco a las autoridades soviéticas. Siguiendo las instrucciones de Colomer, si bien no podía vestir los hábitos de la cofradía comunista, tenía que fingir y ocultar mis intenciones para captarme la confianza y llevar a término feliz mi objetivo, que no era otro que salir lo antes posible de Rusia. En manos de todos ellos estaba, pues, la solución de mis deseos.

Así lo hice. Colomer acababa de presentarme ante Andrés Martí como un futuro bolchevique. Exaltó mis cualidades como militante del anarquismo, ya que fui en estos medios donde él me conoció cuando fui secretario de la Federación Anarquista de París.

Entonces Martí, dirigiéndose a mí, dijo:

—Sí, muchacho; haremos lo necesario para que consigas lo que quieres. ¡A ver si es verdad que dentro

de poco, cuando llegues a España, te conviertes en un valor del Comunismo!

Yo sonreí; no por sus últimas palabras, sino cuando aludió a España, ya que era esta mi única preocupación desde que estaba en Rusia, y por ello transigía ocultando la verdad de lo que pensaba sobre el régimen soviético, así como de la dictadura del "proletariado", esperando un día poder decirlo todo, para que el mundo supiera cómo vive y trabaja aquel pueblo, engañado y traicionado por un partido político.

Así lo he hecho. Hoy lo digo todo. Ayer no podía decirlo por la carencia de libertad que hay en Rusia. En aquellos momentos, el silencio era el arma más poderosa para mí, para conseguir lo que había llegado a ser una obsesión de sueños, y poder restablecer mi vida en su propio estado normal que por unos días había dejado de serlo.

Antes de abandonar el despacho de Martí, cuando todos estábamos de pie le contesté: —Sí; yo así lo espero. Llegar a España y luchar como luché siempre contra la burguesía; defender mi clase que es la más vejada y escarnecida; ser un buen militante de vanguardia como lo fui siempre—. Pero lo que nunca dije es que sería comunista, ni acepté compromiso con ninguna organización soviética. ¿Cómo iba a ser comunista en España cuando no lo fui estando en la Unión Soviética?

Si tal cosa hubiera dicho, jamás se hubiera creído y, aunque hubiese sido cierto, no habría sido una clau-

dicación, sino una conveniencia perentoria, dadas las dificultades que se crean para salir de Rusia a los que no están identificados con el régimen dictatorial de Stalin.

Esta era, pues, la única actitud que podía adoptar, la que adopté, ya que por otros procedimientos era imposible del todo lograr conseguir el pasaporte y dar satisfacción a mis deseos. Un solo recurso tenía y lo exploté: la amistad de Colomer y con la suya la de otros, pues al no pertenecer al Partido estaba huérfano de influencias. Sin éstas no hay nadie que pueda salir de la U. R. S. S., pues los militantes de partidos comunistas, extranjeros refugiados en Rusia, cuando quieren salir deben hacerse reclamar por su propio partido, de lo contrario tampoco salen.

¿Quién es capaz de ir a buscar el apoyo de alguien para algo que pueda realizar él solo? Nadie; a no ser que se trate de un imbécil o idiota.

Si la salida de Rusia la hubiese podido conseguir por mi propio esfuerzo, jamás hubiera recurrido a nadie, y menos a unos hombres que, a pesar de la amistad que nos unía, sabía que una vez fuera de Rusia tenía que enfrentarme con ellos, porque ellos defienden lo que yo he odiado siempre: la dictadura roja, quizás la más brutal de todas las dictaduras conocidas, ya que, por el nombre que usa, es el mayor sarcasmo a la libertad del hombre en la vida. Más que dictadura "proletaria" es una dictadura de un grupo de hombres con toda la falange burocrática que le

absorbe todo en la actividad politicoeconómica, siguiendo la U. R. S. S. unos destinos catastróficos, sin que para nada se deje sentir la intervención de la voluntad de las masas obreras y campesinas.

Por esto apelé a estos amigos ya que nada podía hacer yo por cuenta propia. Mi salida de Rusia, como la de todos los que viven en las condiciones que yo vivía, estaba supeditada a la voluntad de aquella plaga de burócratas sin escrúpulos, salidos en su mayor parte de la pequeña burguesía, los que se mojan de la tiranía de aquel régimen.

Después de explicada la manera de la cual me aproveché para conseguir mi pasaporte, que cada cual juzgue mis actos. Ni la traición ni el despecho influyeron en mí para nada. Narrar la verdad estricta es la mayor prueba de sinceridad y pureza de los hombres.

Aparte de esto, conviene que nadie se llame a engaño y pueda cada cual adoptar la posición que le corresponda. Nosotros seguiremos con la nuestra. Ya lo hemos dicho repetidas veces: queremos el Comunismo libertario. \*Basta ya de privilegios y clases! \*Igualdad! ¡Igualdad! ha de ser nuestra divisa. Quien la sienta que la siga. Fuera de esto no hay nada.

\* \* \*

No fui yo solo quien tuve que silenciar y ahogar en el pecho las voces de protesta. Eran y son a cen-

tenares quienes como yo habían ido a buscar a la Rusia asilo y refugio, esperando encontrar allí aquella generosidad que es congénita en los hombres, y más en un país que se decía que había barrido todo un pasado de servidumbre y esclavitud, pasando a llamarse proletario. ¡Oh santa frase! Si esto fuese verdad nos inclinaríamos ante él para adorarlo; pero todo es mentira. No tiene de proletario más que el nombre, pues todavía existen privilegios y jerarquías en la escala social como en cualquier otro país capitalista.

De la Revolución rusa no queda más que el nombre de los denominativos y de los personajes en la escena política. Ayer, era el látigo del cosaco, famoso por su barbarie, quien se dejaba sentir sobre el cuerpo de los campesinos. Hoy, son los fusiles del ejército quienes disparan sobre las multitudes indefensas, si protestan. Ayer, eran los ministros y los burgueses quienes lucían en sus cuerpos las lindas pieles del Cáucaso y de Siberia. Hoy son los comisarios y los burócratas quienes disfrutaban de ello. Mientras que los harapientos, los sin pan de ayer, son los mismos de hoy. Para estos últimos, en muy poco se ha conocido la transformación social de la Unión Soviética.

Yo recuerdo haber dicho muchas veces a los propios comunistas: ¿En qué país del mundo, como no sea Rusia, podemos encontrar que se opongan a la voluntad lícita de quien, habiendo vivido varios años en él, un día, sintiendo la nostalgia o el deseo de volar hacia su país natal para unirse de nuevo a sus familia

res, se le niegue este derecho por no comulgar con el régimen? ¿Por qué se le retiene contra su propia voluntad, obligándosele a vivir en un país que no es de su agrado? ¿Puede negarse que esto representa un crimen imperdonable, lo mismo que un proceder fascista que nadie honradamente puede aceptar y defender? ¿Por qué no se advierte antes a los que piden refugiarse en Rusia, que allí no podrán ostentar ideas diferentes al Partido Comunista ni podrán criticar al régimen, o de lo contrario no se les dejará salir cuando quieran? ¿Cómo puede admitirse que en Rusia, por conveniencias de un grupo de hombres que ostentan el Poder, se mantenga en rehenes a los que no comulgan con el dictador Stalin, representante máximo del Partido bolchevique, porque tienen otros puntos de vista políticos o una concepción más elevada de la vida social, o porque su espíritu altamente libre siente un amor absoluto y justo en la emancipación del hombre?

Si protestamos por esos procedimientos o por otras leyes excepcionales practicadas en otros países contra los trabajadores, ¿por qué esta excepción respecto a Rusia? ¿No tienen estas leyes los mismos resultados fatales practicadas en Rusia, en el Japón o en Pekín?

Todas las leyes no tienen otra virtualidad que la de amordazar y encadenar al hombre a las conveniencias del Estado. Las cadenas podrán pintarse del color que se quiera, pero al fin cadenas son, cadenas que los anarquistas queremos romper y fundir para

que no sujeten más los brazos del hombre. ¿No queréis vosotros lo mismo, trabajadores comunistas? Entonces, ¿por qué sujetan al hombre, imposibilitándole volar hacia otros pueblos, hacia otras tierras, hacia otros mundos que estén más en consonancia o afinidad con su forma de ser y de vivir.

Si esto no se hace y se quiere justificar lo injustificable, sólo nos cabe hojear la Historia y preguntarnos: ¿para qué sirvió el esfuerzo de nuestros antecesores en sus luchas contra las monarquías absolutistas y contra los señores feudales, sostenidas a través de los siglos, las que ensangrentaron desde las ciudades más importantes a las aldeas más pequeñas? ¿No fueron estas luchas, siempre, con vistas al mejoramiento moral, material e intelectual del hombre, marcando su tendencia ascendente a conquistar la libertad integral y el bienestar de los pueblos?

Todo cuanto se ha hecho en sentido contrario no ha sido nada más que la negación del derecho y la personalidad humana, alejándolos cada día más, en lugar de acercarlos a las propias leyes naturales. Ya que se nos concede y reconoce el derecho de venir al mundo, no se nos puede de ninguna manera negar el derecho de vivir. Por eso todo cuanto no tienda a esos fines no es más que un engaño descarado, una ficción y una burda farsa más que todos debemos combatir de nuevo.

¿Quién puede consentir que en un país que dice haber hecho una revolución de tipo proletario, tenga

este mismo proletario que ocultar sus ideas, que son el alimento de su espíritu formando parte del complemento de su vida? ¿Puede admitirse mayor ridículo y torpeza en los adoradores del nuevo ídolo, al presentarnos a Rusia como un paraíso?

Que se cometan estos hechos en los países capitalistas; que se produzcan estas leyes excepcionales represivas contra los trabajadores en las naciones donde imperan caducos gobiernos dinásticos, no debe ser para nosotros una sorpresa ni una novedad, ya que sabemos que las tempestades represivas son el producto de la misma lucha de clases. Precisamente por esto luchamos; para conquistar lo que no tenemos; para conseguir lo que el hombre necesita para vivir: libertad y trabajo, ya que sin estas cosas la vida no puede elevarse ni renovarse ni alcanzar el grado de superación en lo bello, en el arte y en la música, así como en todas las demás ciencias del saber humano. Hoy, que todo está supeditado a la voluntad del Estado y de las cajas fuertes del potentado, del capitalismo y la burguesía, sin libertad y sin trabajo no puede haber más que vegetación, decadencia y muerte.

Pero que todos estos males se reproduzcan hoy de nuevo en la U. R. S. S., donde se inició una de las revoluciones más profundas de la Historia, que conmovió al mundo, esto sí que nos sorprende hondamente y no debemos consentirlo. Yo recuerdo la narración de los campesinos y de los propios obreros que se batieron en las calles, dejando a centenares de compa-

fieros suyos acribillados a balazos por las fuerzas fieles de Kerensky; yo recuerdo narraciones de escenas que no tienen precedente en la Historia. "¡Todos, todos nos batimos!"—gritaba aquel campesino majnovista con quien hablé en Ucrania.

"¡Quién podía esperar que Rusia se convirtiera en un feudo de unos cuantos hombres que se llaman comunistas! ¡Qué decepción más grande la sufrida por quienes tanto luchamos durante el zarismo, lo mismo que en la guerra civil! ¡Todo para que unos cuantos se acomodaran y ultrajaran a los que no compartimos su política nefasta de privilegios!"

Así hablan los mejores hombres de la revolución que mantuvieron siempre intactas sus convicciones ideológicas. Así debemos hablar todos cuantos hemos contribuido de una forma directa o indirecta a que la obra que el proletariado ruso había iniciado en 1917 fuera lo más fuerte posible, pero nunca para que fuese lo que es hoy. Si es mala, hay que destruirla, para así edificar otra mejor. Conservarla sólo pueden hacerlo los mediocres y ambiciosos; nunca los hombres sensatos y elevados.

¿Qué es lo que se puede esperar de Rusia, donde después de dieciséis años de régimen bolchevique subsiste todavía un 10 por 100 de capital privado, se mantienen todas las jerarquías, la desigualdad económica y la libertad del pensamiento está suprimida? ¿No es criminal ver bajo aquel Estado a los hombres convertidos en autómatas, sin voz en la vida política,

teniendo que esconder sus opiniones para escapar a la persecución sañuda que se ejerce contra todos los que difieren de la dictadura staliniana?

Es horroroso, horripilante si queréis, pero escoged no importa cuál país capitalista y encontraréis más libertad que en la propia Rusia de hoy. En cualquier país del mundo, a pesar de los crímenes que envuelve, socavando éstos los cimientos de la sociedad burguesa descompuesta, a punto de arruinarse, por lo menos se nos da, aunque relativo, un mayor margen para poder divulgar ideas distintas a las del Gobierno, así como para defendernos cuando se nos persigue o se nos encierra. Tenemos periódicos y organizaciones que nos defienden cuando caemos en las redes de la justicia histórica o cuando se nos maltrata en las jefaturas de policía. En todos los países se puede desenmascarar la labor infame del régimen, contrarrestando al mismo tiempo, la baja labor de los plumíferos, que, prostituyendo su pluma por unas míseras monedas a la burguesía y al Estado, disfrazan la veracidad de los hechos y lanzan cieno sobre los caídos indefensos.

Sin embargo, en el "paraíso rojo" los obreros que no piensan como Stalin y su corte, no pueden disponer de ningún elemento de estos para su defensa. No hay más organización que la que conviene al Partido. No hay más prensa que la del Estado. Todas las informaciones soviéticas son tendenciosas y falsas.

Otro tanto ocurre en aquellos países de dictaduras fascistas, por ejemplo, en Alemania, desde el adveni-

miento de Hitler al Poder. Todas las organizaciones son clausuradas; los centros asaltados y los militantes encarcelados o asesinados. La prensa de oposición amordazada o suspendida. Así, el dictador puede fácilmente realizar sus fechorías en campo libre y verse elogiado por sus secuaces.

Otro tanto, o peor, sucede en la Italia de las camisas negras de Mussolini, donde desde el dictador al último policía llevan las manos manchadas de sangre de indefensos trabajadores.

Donde haya dictadura, sea ésta roja, blanca o negra, no pueden vivir más que los que doblan el espinazo cobardemente ante el poder de ella. Ni se permite más prensa ni Sindicatos que los que se prestan a ser instrumentos fieles del Estado, que en su lugar es el partido político quien ejerce la dictadura y dirige la nave estatal. ¡Ay de quiénes no se adaptan o pretenden disfrutar de libertad protestando de los crímenes que el Estado comete! Para éstos no hay cuartel. La persecución desenfundada se deja sentir sobre ellos como una tormenta sobre los montes. Cuando no, se les asesina para que sus voces no se oigan más allá de los muros fríos de las prisiones, reduciendo así al silencio al caído bajo la bota de sus verdugos, sin que por ninguna parte se le tienda una mano amiga.

En condiciones análogas, vive también el proletariado en la U. R. S. S. Así viví yo cerca de cuatro años contra mi propia voluntad, confundido en la fábrica entre aquellos nobles obreros rusos, sin poder ver ni

hallar un medio para evadirme. ¡Qué violento es tener que vivir, no importa dónde, siempre que no sea del agrado de uno mismo! ¡Qué causas determinan semejantes medidas?

Esto sólo podemos contestarlo los que hemos vivido entre los obreros, ya que son siempre éstos los que sienten el peso de la dictadura del Estado, por ser los que viven por debajo de los demás. Todo cuanto digan los escritores turistas no puede tener otro valor que el de un fuego de artificio. Aunque alguien crea lo contrario de cómo se desenvuelve la vida en Rusia, la realidad es ésa. Como que todos no pensamos lo mismo, bien sea porque tenemos ideas diferentes o porque la situación de uno no es la de todos, lo que beneficia a unos perjudica a otros. Tal es el mal de la actual sociedad burguesa. Pueden, pues, los incondicionales comunistas españoles seguir cantando las excelencias del régimen ruso. Para nosotros tiene éste tantas lacras y defectos como los demás.

La verdad fundamental sobre las causas que determinan semejantes medidas por parte de la dictadura roja, no es la que estamos acostumbrados a oír por los rusófilos. Siempre se nos dice lo mismo: "No puede haber libertad, porque la burguesía internacional está confabulada contra nosotros, y de concederla, Rusia se convertiría en un campo de contrarrevolucionarios que pondrían en peligro nuestra obra. Por eso, en evitación de estos males, necesitamos un ejército permanente, bien equipado; una nueva policía y una

magistratura execrable que nos defienda contra los ataques de la reacción imperialista." Con estos argumentos, justifican los comunistas aquella dictadura tan odiosa.

Admitamos por un momento que la burguesía internacional conspira contra los Soviets, pero esto no querrá decir nunca que los trabajadores estén identificados con el régimen de Stalin. La burguesía ha conspirado, conspira y conspirará; esto es y fué siempre una cuestión de clases y posiciones de poder. ¿Qué eficacia tendría la libertad del pensamiento en Rusia para los anarquistas o para los propios burgueses, si en realidad los trabajadores estuvieran contentos y satisfechos del régimen habiendo sabido sembrar éste la felicidad? Ninguna. Pues los mismos trabajadores, cuando alguien pretendiera hacer propaganda contra el régimen, les harían el vacío. Quizá harían más: los aplastarían por ir contra sus propios intereses, al quererles usurpar el bienestar.

El peligro no consiste, pues, en los anarquistas ni en otras tendencias, sino en los propios trabajadores, los cuales, estando descontentos de la dictadura staliniana, por haber visto que después de dieciséis años de sacrificios, los únicos favorecidos por la revolución son los burócratas, los comisarios, los directores de los trusts, de las fábricas, de las cooperativas, los Comités políticos o de los Sindicatos, los jefes del ejército y directores de bancos o de otras análogas instituciones. Toda esta gama es la aristocracia del nuevo régi-

men, los cuales, por los salarios elevados que disfrutan, saborean las delicias de la nueva vida en la U. R. S. S., mientras los obreros industriales y campesinos perciben salarios inferiores a sus necesidades después de un trabajo excesivo y abrumador.

Un régimen que abriga en su seno estas diferencias jerárquicas y plutocráticas; que mantiene la desigualdad económica, sólo puede sostenerse con procedimientos dictatoriales. He aquí las causas y las razones porque en Rusia no se permite más prensa ni otras organizaciones que las adictas al Estado. Si así no fuera, su descomposición sería inminente. Se sostiene por sus medidas de fuerza, aunque su vida es raquítica, como lo demuestra el número de afiliados al Partido Comunista, pues el ambiente general es hostil y enemigo a semejante política.

Permitir otras organizaciones sería precipitar hacia el abismo al Estado y la dictadura que tanto aman los bolcheviques y que tanto odian los trabajadores.

Nada importa que se canten elogios a las industrias gigantes que allí se emplazan. ¡También se cantaron a las pirámides de Egipto! Todas estas obras rimbombantes, de adelanto industrial, ¿cuántas vidas no han costado a la clase trabajadora sin que de ellos nadie se entere? Todo aquello fué edificado por los músculos de quienes trabajan, pero son otros los que van sacando el fruto.

En la U. R. S. S. se ven grandes fábricas y manufacturas, pero con sueldos muy pequeños, sueldos que

obligan al que en ellas trabaja a vivir una vida andrajosa, de privaciones, de miseria, como cualquier otro paria de otros países que no sean "proletarios".

En dieciséis años, no solamente no se suprime el salario ni se transforma el sistema de trabajo, sino que el ritmo de la producción en la U. R. S. S. es mucho más despótico que en los países capitalistas. Se construyen allí las fábricas gigantes como se contruyeron las pirámides de Egipto: con la esclavitud y la miseria del productor.

En Rusia, el salario de cada obrero lo determina la cantidad de producción y no las necesidades del mismo como sería cosa normal dentro de la economía socialista. Así se establece un privilegio entre el físicamente fuerte y el físicamente débil; entre el saber y el músculo, lo que fatalmente trae como consecuencia aparejada una lucha entre los que viven mal y los que viven bien. ¿Causas? La desigualdad económica engendro de odios y de delincuencia.

Nada de esto ha suprimido la revolución rusa. La concreción, pues, que podemos darle no es otra que llamarle escamoteo a las aspiraciones de los trabajadores por parte del partido bolchevique.

La riqueza industrial y técnica de la U. R. S. S., esfuerzo tenaz de las masas productoras, sirve solamente para el acomodamiento de ciertas clases y no para el conjunto de la sociedad que contribuye al engrandecimiento de la economía. He aquí por qué no hay conformidad ni solidez posible en el régimen. Si

se sostiene hoy es por el terror de la dictadura staliniana.

Esta es otra de las muchas razones por las cuales los bolcheviques ven un peligro en dejar salir de Rusia a los disconformes, pues éstos, al divulgar la verdad de lo que acontece, colocan en una mala situación al Partido Comunista, crítica que podría determinar un cambio en la vida políticoeconómica de Rusia, o por lo menos perderían los adeptos con que cuenta en los países capitalistas, adeptos cazados en su mayoría por las campañas demagógicas hechas por visitantes oficiales, los cuales nada han visto ni experimentado, hablando solamente por lo que les han explicado en los centros oficiales del Estado.

Nadie más indicado que el que ha vivido una cosa para reflejarla, aunque sea con menos literatura que la que emplean los profesionales de la pluma. Nuestra obra será más acre, no tan perfeccionada ni pulida, pero estará repleta de datos y argumentos convincentes, ya que a las cosas las llamamos por su verdadero nombre, poniendo los puntos sobre las íes. Todo cuanto hacemos y decimos no es para alcanzar popularidad, ni personalidad, ni dinero, sino para defender a nuestra clase, de la cual formamos parte como explotados que somos, la clase productora, los que al despuntar el alba se dirigen a los lugares de trabajo, a los talleres, a las fábricas, a la mina o al campo, a fin de que nadie corezca de nada y que, no

obstante, se les priva de todo porque todo tiene un dueño en esta sociedad dividida en clases.

Defendemos desinteresadamente y con ardor a la clase trabajadora, para colocarnos todos en unas condiciones de vida que estén en consonancia con el siglo en que vivimos y con el progreso social y científico. ¿Cómo podía estar yo de acuerdo con Rusia, si formo parte de los que caminan en pos de una sociedad libertaria? Los que repudiamos un estado social incapaz de satisfacer nuestras aspiraciones de justicia y nuestros anhelos de libertad, no somos, ¡no!, los llamados a hincar la rodilla, humillar la frente y rendir desinteresado homenaje a esa ridícula dictadura "proletaria" salpicada con todos los lodos de aquel fangal inmundito llamado sociedad "comunista".

Yo tuve momentos en que maldecí el día que tomé la decisión de refugiarme en la U. R. S. S. ¿Quién podía esperar que Rusia, bajo la dictadura de Stalin, se convirtiera en un inmenso cuartel donde el hombre no fuera más que un instrumento dócil a la disciplina de sus jefes y que tan sólo se resignara a acatar y cumplir las órdenes y acuerdos del Partido Comunista, único en la U. R. S. S., y de sus burós políticos, autoridad suprema que no puede discutirse, sino obedecerse?

Quienes se salen de la línea, aun los propios comunistas, no tienen cuartel. Caen en la presa de esa institución policíaca llamada G. P. U.

¡Qué decepción más grande la sufrida por cuantos

hemos tenido que vivir largos años en la U. R. S. S., recordando aquel día en que Rusia aparecía como un rayo de luz!

Para nosotros, los que sufrimos el yugo de la explotación capitalista, aquel horizonte hermoso, a través de los años se ha oscurecido. Hoy, en vez de luz, hay tinieblas que producen dolor, espanto y muerte.

¿Por qué antes de poner los pies en la U. R. S. S. no se previene a los emigrados de los grandes obstáculos que hay que vencer para salir, de no enrolarse en el partido? Con seguridad que si a todos cuantos hemos ido a Rusia con intención de trabajar y vivir allí refugiados se nos hubiera dicho que no podríamos salir del país cuando nos hurgiera, sino a condición de hacer dejación de nuestras convicciones ideológicas, un 95 por 100 se habría quedado en cualquier otro país de Europa, aunque representase para ellos un peligro mayor para asegurarse la libertad como perseguidos.

Si esto, que sería tan lógico, no es así, ¿no representa un engaño imperdonable a los refugiados políticos? Si los encargados de facilitar la entrada en Rusia ocultan sus intenciones, ¿qué es lo que deben hacer los que quieren salir, para conseguirlo? ¡Mentir!, ya que no tienen otros recursos, y a ello son inducidos por los propios jefes comunistas. Esto han hecho, pues, los que han conseguido salir de la Unión Soviética, ya que no hay otra forma viable para conseguirlo.

Es verdad que en Rusia se acoge a los anarquistas

que van perseguidos de otros países; que se les facilita trabajo e incluso pueden hacer una vida tranquila. Este estado de aparente tranquilidad puede durar mientras no se inmiscuyan a criticar la política del Estado ni las condiciones económicas en que viven los trabajadores. Adoptando esta actitud pacífica, contemplativa, nadie les molestará, porque así dejan de ser un peligro para el Estado.

Comportándose los anarquistas en semejantes condiciones de pasividad, es casi seguro que no habría ningún país ni Gobierno que se opusiera a su permanencia en el mismo. Sometiéndose a sus leyes, siendo unos "buenos chicos", nunca se perseguiría al hombre. Al hombre nunca se le persiguió en ninguna parte como tal, sino por sus ideas, pues el hombre, como materia, no tiene ningún valor; si lo tiene es por su espíritu y rebeldía. Si así no fuera, jamás se hubieran conocido las persecuciones ni el mundo habría llegado al nivel de desarrollo de hoy. Todo ello débese a las grandes gestas de los Quijotes que supieron romper con el medio y la época para descubrir horizontes nuevos. Todo el adelanto se debe a los hombres por que tuvieron idealidad. Fueron fuente de fe y pedestales de sacrificio para renovar y transformar las costumbres, origen de la moral falsa, de la estupidez, de la vida artificial a que estaban sometidos los pueblos a través de los siglos.

A quienes no se les persigue es a los adaptables, a los timoratos, a los que no saben andar con su pro-

pios pies, porque son cuerpos sin cabeza. A estos se les deja vivir, es decir, vegetar, en todas partes. El ser que no piensa, no vive. Es un muerto. A éstos es a los que en Rusia se les respeta como en cualquier otro país serían respetados. Mas, para los que protestan ante las injusticias o se revelan contra las iniquidades del Estado, no hay respeto ni conciliación posible. O callan ante las atrocidades y la barbarie o son conducidos hacia el destierro, la deportación o la muerte.

Si en lo que respecta a la vida política en Rusia hemos constatado que no estamos identificados, menos podemos estar de acuerdo en lo que se relaciona a la vida económica, ya que una va aparejada a la otra, siendo ambas de complemento. No existe problema político sin problema económico. Siendo así, no podemos, pues, separarlos.

Hay muchos que, para cantar bellezas donde no las hay, dicen que en Rusia los salarios han rebasado el nivel de antes de la guerra, como si este cambio se hubiera producido sólo en Rusia y como si fuera una mejora del nuevo régimen. En todos los países del mundo se ha operado esta evolución del salario. Pero esto ¿quiere decir acaso que la vida social, económicamente, haya mejorado? Todos sabemos el progreso acelerado de la maquinaria que se ha observado en lo que va transcurrido de siglo XX. La técnica ha llegado a convertir a algunos hombres, dentro de la economía burguesa, en seres improductivos y a otros

en instrumentos de la misma máquina. El progreso científico, como el técnico, no ha beneficiado más que a diversas ramas de una misma clase: al capitalismo, a la banca y a la finanza, en detrimento de la clase productora, ya que paralela a este anuncio de salarios sigue la misma trayectoria la alteración del coste de los productos alimenticios, así como en lo demás que es imprescindible en la vida. De forma que la capacidad adquisitiva no aumenta, sino que disminuye, debido a la gran cantidad de millones de obreros en paro forzoso.

El problema del paro forzoso, que viene siendo objeto de estudios por parte de los grandes economistas, sin que ninguno aporte soluciones—porque no las hay dentro del estado capitalista—, se plantea también en la U. R. S. S., aunque de una manera más benigna, más atenuada. Débese al arbitrario sistema de trabajo impuesto por los trusts del Estado. Semejante sistema de trabajo, ya señalado en anteriores párrafos, sólo puede aplicarse bajo la imposición de una dictadura férrea como es la que sufre el proletariado ruso, donde la mayor parte de la industria está vinculada al Estado patrono. Pero a pesar de todo esto, como que los salarios son bajos y el sistema de producción a destajo, el paro forzoso no ha sido aún liquidado allí, mal que pese al escamoteo que hacen los bolcheviques en sus estadísticas.

En Rusia todo está regularizado por el Estado; la cantidad de producción y rendimiento de cada obrero

determina su salario, y éste la capacidad adquisitiva del mismo. La producción está cronometrizada para cada productor manual. La imposición del trabajo a destajo, así como los bajos precios que se cotizan, imponen forzosamente una superproducción del artículo que confecciona el obrero y el aumento consiguiente de plusvalía. El obrero, para buscar un salario más elevado, que le permita poder atender mejor las necesidades del hogar, esfuerza su organismo, única fuente de ingresos. Pero lo arbitrario es que, cuando el obrero consigue por el esfuerzo de sus músculos sobrepasar las normas establecidas por los trusts del Estado, entonces la Comisión encargada del cronometrado vuelve de nuevo a la revisión de los precios o tarifa, y éstos dan, como es natural en tal sistema, una nueva rebaja en los precios del trabajo a destajo, sin que por ello el obrero tenga derecho a protestar ni a defenderse, pues abandonar el trabajo en las fábricas rusas, individual o colectivamente, significa una infracción a las leyes del trabajo que se castiga severamente con la cárcel o el destierro.

El derecho de huelga está abolido dentro de la Constitución soviética. Los trabajadores rusos no tienen ningún medio de defensa por carecer de organizaciones propias, pues como ya sabemos, los Sindicatos rusos son dirigidos y controlados por el partido Comunista, y convertidos en verdaderas agencias del Estado e instrumentos de la dictadura. Otras organizaciones no son permitidas ni autorizadas. Todo es mo-

nopolio, sindicatos, clubs, cooperativas, etc., del Estado patronal. Son así explicables las condiciones del asalariado en la U. R. S. S., impracticables en otros países donde los obreros gocen de una organización revolucionaria.

Hoy, el mundo no tiene más que dos caminos a seguir. Uno para la burguesía. Esta, ante su inestabilidad políticaeconómica, que la conduce a desaparecer por haber cumplido su misión histórica, marcha al fascismo, última etapa del capitalismo, lo cual, si bien no es una solución, sirve para prolongar su existencia con la imposición de una dictadura. El otro es para los trabajadores. Es la ruta de la revolución. Pero esta revolución no debe ser inspirada en la Revolución rusa. De ser así, poca cosa se habría hecho; nada se habría alcanzado, ya que surgirían clases, privilegios y categorías que nos colocarían de nuevo unos frente a otros. La revolución, para ser proletaria, debe colocarnos a un mismo nivel, es decir, que, una vez abolidas la propiedad y la autoridad, y en posesión de los medios de producción y transporte, hay que establecer la verdadera economía socialista. Quien no trabaje que no coma. Eso siempre que no existan causas que justifiquen la ausencia en el trabajo, como son la enfermedad, la vejez o la infancia. Esta será la solución radical al problema del paro forzoso, solución que no puede encontrarse dentro del régimen capitalista ni en ningún otro sistema que mantenga el salariado.

Sólo por medio de estadísticas de producción, que regulen el consumo con la producción misma para abastecer las necesidades de todos, sin que el mecánico gane más que el albañil, ni el carpintero perciba más sueldo que el minero, ya que todos ejercen su función dentro de la vida complementándose unos a otros y todos son necesarios, el médico, el técnico, el campesino, el músico, el literato, el artista, el pintor, y no se puede prescindir de ellos; suprimiendo, en cambio, al burgués, a los banqueros, rentistas, generales, ministros, comisarios, carceleros, magistrados, jueces, etc., ya que no ejercen un trabajo útil para la vida. Sólo con esto podrá establecerse un sistema de convivencia social satisfactorio para todos los hombres que no tienen más ambición que trabajar, para esquivar la miseria y el hambre impuesto por todos los sistemas económicos y estatales que se conocen y practican en todos los países del globo, ambición que se le niega hoy, dentro del régimen actual.

El Comunismo libertario es, hasta hoy, lo más grande y perfecto que haya podido crear el hombre como concepción social frente a todo lo existente, ya que establece la igualdad económica para todos, sin distinción de sexos ni edades, base fundamental de armonía y convivencia social entre el género humano. Tiende a embellecer la vida, barriando el fango, el vicio y la corrupción creada por la burguesía para saciar sus apetitos libertinos, todo lo actual debe ser reducido a ruinas si queremos que el nuevo mundo tenga bases

sólidas. Ni un vestigio del pasado debe quedar en pie, ya que sus sombras turbias no permitirían ver la luz diáfana, bienhechora de la nueva sociedad libre.

Yo, en Rusia, no tardé en convencerme de que no se había operado ningún cambio profundo en la estructuración políticoeconómica, cambio que estuviera en consonancia con la igualdad de condiciones de vida. La desigualdad se observa, y esto no nos cansaremos de repetirlo, en los teatros, en los inmuebles, ferrocarriles, y hasta en plena calle, en la indumentaria de los hombres, de las mujeres y de los niños. En ello quedan bien reflejadas las jerarquías y los privilegios, conociéndose quiénes viven bien y quiénes continúan en el mismo estado de antes. El régimen soviético mantiene en pie todo el viejo sistema capitalista fundamentado en la desigualdad de salarios.

Yo he visto hombres fuertes y robustos mendigar por las calles de Moscú, así como también a mujeres y ancianos. Otros, que del campo se dirigen a la capital en busca de colocación como domésticos en casa de los comisarios y burócratas, pues todavía hay quien puede disponer de servidumbre, humillación del hambriento y comodidad del potentado.

Yo he visto niños por las calles y plazuelas, semi-descalzos, brindándose a limpiar las botas de los transeúntes para ganar unas "gordas" que ayuden un poco al salario de sus padres, salarios que son insuficientes para cubrir las necesidades del hogar. ¿Qué importa que se legislen leyes para la protección del trabajo

en la infancia? No con leyes se alimenta el niño, ni nadie. ¡Es pan lo que hay que darle, si es que se quiere hacer de él un ser fuerte y provechoso para la sociedad!

Según la Constitución soviética, el niño no puede ser admitido en el trabajo hasta la edad de dieciséis años. Eso rige también en varios países que he vivido yo, entre ellos Francia, Bélgica y Alemania. Pero ¿quién se encarga del sostenimiento del niño hasta esas edad? El Estado, no; los familiares. ¿Dónde está, pues el humanismo de estas leyes?

No hay nadie que voluntariamente mande a sus hijos al trabajo antes de los dieciséis años. Si tal cosa se hace es a impulsos de la necesidad. De forma que en Rusia el que percibe un salario bajo, al no darle trabajo al hijo hasta la edad que señala la ley, si sus necesidades no pueden ser cubiertas, sus hijos deben dedicarse forzosamente a la venta de periódicos, a limpiar botas a los viandantes o a mendigar. Esta fué, es y será la herencia del salariado, consecuencia de la desigualdad económica que rige hoy en Rusia como en el resto del Continente. ¿No es este un espectáculo deplorable para un país que dice haber hecho una revolución proletaria? ¿Cómo quieren los comunistas que esos desheredados miren al régimen soviético, si en nada se han beneficiado? Sólo el odio y el rencor surge de sus corazones vírgenes contra el Estado, que no ha sabido labrar la felicidad, dando soluciones a sus necesidades de pan y de justicia.

Yo veía todo esto y la indignación subió más de una vez a mi cabeza. Luchaba conmigo mismo. ¿Qué hacer?, me preguntaba. ¿Callar? ¿Protestar? En esta lucha me debatí cerca de cuatro años; lucha estéril que el hombre se ve forzado a sostener. Cuando uno se ve falto de libertad, fuera de sus medios de relación, es un guerrero sin armas frente a un ejército en plan de combate. Tuve que estudiar la fórmula para triunfar, ya que así lo reclamaba mi causa y el amor a las ideas. ¿...? Salir de Rusia, ¡sí! ¡sí! Eso era; ir a España a desenmascarar al monstruo, señalando víctimas y victimarios. Para conseguirlo tenía que cerrar los ojos para no ver tanta maldad como se comete contra los disconformes. Sin hacer el sordo y el ciego no había medio de frenar las fibras sentimentales que producen las chispas de las protestas. Protestar era tanto como ponerse en evidencia ante las autoridades soviéticas y renunciar, por tanto, a mi salida de Rusia.

Puesto ante estos dos dilemas, creí que lo más prudente era el silencio, para captarme la confianza y llevar mi obra hasta el fin. De otra forma no podía triunfar. ¡Ah, si los bolcheviques hubieran podido descubrir las intenciones que abrigaba al querer salir de la Unión Soviética! Tengo la seguridad de que a estas horas estaría haciendo compañía a los miles y miles de trabajadores desterrados a Astracán o Siberia!

Así, revolviéndome en esta situación y en mis meditaciones internas, recordaba el trato y las atenciones a los delegados y turistas, con los cuales acababa de

convivir durante veintidós días visitando varios pueblos y fábricas de la U. R. S. S., para que sacaran una buena impresión que transmitirían más tarde a los obreros que les habían delegado, para que así, inconscientemente, cooperasen al sostenimiento de aquel andamiaje burocrático detestado por las masas obreras y campesinas rusas.

Farsa es la dictadura proletaria. Todos los responsables del malestar social en Rusia están atrincherados en el Kremlin, antiguo palacio y fortaleza de los Romanoff, hoy lugar de presidencia de los nuevos dictadores rojos, sede de todos los partidos comunistas del mundo. Desde el Kremlin, Stalin y su corte lanzan las consignas pertinentes. Este procedimiento ha sido empleado desde la constitución de la Internacional Comunista, en 1919, para mantener la unidad de su movimiento en los países capitalistas, para seguir su política nacionalista y para consolidar su dictadura de partido. Esta fué la ambición de todas las dictaduras y de todos los dictadores, aunque para ello tengan que sacrificar a centenares de obreros o pasar por encima de los cadáveres de los que consideran enemigos suyos. Stalin no ve; Stalin no siente el descontento popular que existe contra su dictadura. Ya no es el pueblo sólo quien combate a su política. Son sus propios amigos de ayer quienes sienten indignación y combaten también a brazo partido su política, que ha suprimido toda crítica y libertad. Entre éstos se encuentran figuras destacadas, como son Trotski,

Rakovski, Bujarin y Tomski, quienes forman la oposición abierta al dictador. Estos, que mantienen íntegras sus convicciones marxistas, son deportados a Siberia lo mismo que los anarquistas, negándoseles también la salida de Rusia. Nadie puede manifestarse contra el dictador rojo sin que corra el peligro de ser un deportado más que aumente la cifra de los existentes.

La sola preocupación de Stalin, admirador apasionado del fordismo y americanismo, consiste en que Rusia, en un plazo imposible de realizar, sea la América de Europa. A tal fin responden las inscripciones que se ven en todas partes: "En diez años hemos de alcanzar a Europa y de pasar a América". Bajo esta creencia se llevaron a cabo los dos planes quinquenales; el primero finalizó en 1932, sin que los resultados fueran favorables.

Debido al forzado silencio y obediencia impuestos a los trabajadores, pueden llevarse a cabo exportaciones de productos en grandes cantidades, dando la sensación en los mercados exteriores de una superabundancia de mercancías, a pesar de las privaciones de los mismos artículos en el interior. La crisis en el mercado interior está cada día más agudizada. Por la carencia de materias primas y de hilo, muchas fábricas de tejidos permanecen dos y tres meses paralizadas. No obstante, se exportan grandes "stocks" a América. Lo mismo sucede con el petróleo. Se exportan millones de litros, mientras los campesinos deben acostarse una vez llegada la noche por la carencia de dicho com-

bustible. Otro tanto podríamos decir del pan, como de otros muchos artículos que hoy el proletariado ruso no puede consumir por ser mercancía de exportación.

Esta es, en síntesis, la situación politicoeconómica de la Rusia de hoy, dirigida por el Partido Comunista, y a cuya situación caótica pretenden llevarnos los pocos comunistas españoles después de hecha la revolución social en España.

En presencia de todo aquel engranaje de falsedad, comparado con lo que yo tenía interpretado de la economía socialista, e invadido por mis reflexiones, continuaba machacando sobre la piedra del Estado para salir de Rusia, problema casi de imposible solución por el esfuerzo de uno mismo. Quizá de tratarse de un problema de matemáticas lo hubiese resuelto, a pesar de no estar ducho en la materia; pero tratándose de salir de Rusia, es más difícil que los cálculos numéricos. De esto sólo podemos formarnos una idea exacta quienes hemos vivido en la U. R. S. S. y hemos pasado por ello. Los demás podrán llegar a creer que exageramos. Muchas veces pensé en ausentarme, aventurándome a ganar la frontera ilegalmente, pero mis amistades procuraron hacerme desistir de mis propósitos ante la imposibilidad del éxito. Otros lo habían intentado y fracasaron. Hay que advertir que las fronteras rusas son las más vigiladas de Europa, tanto en los puntos fronterizos de Persia, Turquía, Letonia, como en Polonia. Es casi imposible burlar el

círculo de hierro que forma la vigilancia establecida por el ejército rojo y la G. P. U.

La mayoría de los que han intentado traspasar la frontera han sido detenidos en el preciso momento de hacerlo, y otros han dejado allí sus vidas. ¡Todo por el delito de no querer vivir en el "edén rojo"! Estas dificultades para salir de Rusia las encuentran los mismos hijos del país, a quienes, hasta 1932, se les negó este derecho tan elemental como lo es el de poder salir a conocer otros países por ellos ignorados.

Hoy, en la U. R. S. S., se han hecho nuevas leyes y modalidades que hacen que disminuya esta rigidez para ciertos sectores del país; pero no para el proletariado. A raíz del Plan Quinquenal, al ser racionados los productos en las cooperativas, se crearon almacenes exclusivos para los turistas, a fin de que éstos no notaran la crisis profunda que se atravesaba; al propio tiempo que servían estos almacenes para la rápida adquisición de productos alimenticios, ya que los obreros debían hacer largas colas de turno en las cooperativas. Estos almacenes servían para las comodidades de los turistas exclusivamente.

También se han creado, desde hace poco, nuevas instituciones como esta llamada "Inturist", con sucursales en Alemania y otros países, las cuales se encargan de extender pasaportes; mas, para obtenerlos, hay que hacer entrega de 300 dólares si se trata de un obrero manual, y de 600, los intelectuales. ¿Quién se puede, pues, beneficiar de esta nueva ley? Sólo los burgueses

y burócratas que tengan familia fuera de Rusia, pues los obreros no pueden nunca reunir semejante cantidad. Aunque la reunieran en rublos de nada les serviría, ya que el rublo no es cambiado en los bancos por dólares. Así es que para que tenga eficacia y admisión en la "Inturist" es preciso cotizar la cantidad en dólares. Es decir, que si un obrero, trabajando, ha logrado reunir una cantidad de rublos, no le sirven para nada, ya que el rublo es una moneda de circulación sólo en la U. R. S. S. Para ganar el extranjero, el obrero debe buscar quien le cotice los 300 dólares y, de conseguirlo, tiene que dejar todos los valores suyos, conseguidos con el esfuerzo de su trabajo, para el Estado. De estos valores no pueden disponer los ciudadanos más que en territorio ruso.

Entre los beneficiados por esta "filantrópica" ley, se excluyen a los que se les ha señalado por su oposición política, como son los trotskistas y anarquistas. ¿Adónde va aquel régimen con tal política? ¿Quiénes se benefician de tal proceder, ¿son los trabajadores o la burguesía? La respuesta puede hacerla el lector aunque no haya vivido en Rusia.

Al fin pasaron unos días. Colomer y yo volvimos al despacho de Losovski. Fuimos recibidos por él con una amabilidad que no era costumbre suya. Mi impresión fué buena. Creí que se acercaba la hora de salir de Rusia. no me equivoqué. Conversamos unos minu-

tos y Losovski telefoneó al Comintern para saber cómo estaba mi pasaporte.

Colomer le había informado de nuestra entrevista con Andrés Martí y Vaillant Couturier. Por fin, Losovski, dejando el aparato de sus manos, dirigiéndose a mí y poniendo en movimiento su barba rojinegra, me dijo:

—Bueno, muchacho; ya está todo arreglado. Dentro de un par de días podrás salir de la U. R. S. S. Pero... te voy a decir una cosa antes de que te marches a España.

—Usted dirá—contesté.

Y Losovski empezó:

—Tú has vivido entre nosotros, en las fábricas, cerca de cuatro años. Has visitado la construcción de nuevas fábricas en otras regiones de Rusia. Conoces nuestra organización y has visto ya cómo va edificándose el socialismo. Así es que tú nos deberías decir qué es lo que piensas del régimen soviético. Espero, pues, que nos hagas un informe por escrito para conocer tus opiniones.

Entonces yo me di cuenta de la habilidad que Losovski empleaba para sondearme. En ello vi un compromiso en caso de negarme a hacer el informe tal cual él me indicaba. Pensé en nuevos obstáculos. Consulté con mis amigos y todos coincidieron en que lo hiciera, pues tiempo me quedaría, una vez fuera de Rusia, para decir la verdad, así lo hice. Si bien no era el informe un cántico a la dictadura roja, tampoco era

un ataque a aquel sistema que tanto odiaba y que hoy combato. ¿Podía haberlo escrito de otra manera? No. Decir la verdad de lo que pensaba representaba una ofensa, un ataque a los dictadores, entre ellos Losovski, y de haberlo hecho así nunca se me habría dejado salir de Rusia. Esta era la experiencia que había recogido de Guerri y de Petrini y de muchos más tildados de ser contrarrevolucionarios por ser trotskistas o anarquistas. ¿Se puede esperar una mayor coacción moral y personal como es la de exigir un informe sobre el régimen, días antes de salir?

Esta es una forma velada para comprometer a los que salen de Rusia, para que si una vez llegados a otros países dicen la verdad, poder publicar en su prensa el informe allí firmado y presentar al firmante como un impostor ante los trabajadores, a fin de que no tenga solvencia cuanto diga. ¿Se puede esperar mayor cantidad de jesuitismo en tal forma de proceder como es la de los comunistas? ¿Qué sorpresa y engaño puede haber entre lo que uno escribe estando en Rusia y lo que diga después de haber salido cuando se conocen tales procedimientos?

El informe podría tener importancia cuando el individuo, por voluntad propia, se sintiera identificado con el régimen y se incorporara a las filas del partido, pero cuando se le coacciona y éste no tiene otro recurso ni otra defensa para conseguir su objetivo, se acoge a él para esquivar los obstáculos que se oponen a su libertad, de la misma manera que un detenido

muchas veces se hace responsable de hechos en los que no ha participado ni conoce, a fin de esquivar los golpes y martirios que se le propinan al objeto de arrancarle una declaración forzosa y que más tarde puede negar, por haber sido las declaraciones de principio fruto de coacciones y amenazas.

De manera que los únicos engañados son los bolcheviques, porque un documento escrito a la fuerza para poder salir de Rusia, en el que se ensalce un régimen que en realidad se ha odiado, no tiene ningún valor.

Tenemos hechos como el de Panait Istrati, que salió de Rusia después de dieciséis meses de residencia y dejó la impresión de estar identificado con el régimen, a raíz de varias cartas escritas por él mientras estuvo en Rusia. Aunque Panait Istrati estaba en otra situación, por no tratarse de un emigrante político, no obstante ocultó, hasta su regreso a Francia, manifestarse concretamente sobre lo que es la dictadura rusa, y cuya opinión no se supo hasta que aparecieron sus libros "Rusia al desnudo" y "Hacia la otra llama".

En análoga situación nos hemos encontrado los que no comulgamos con la dictadura roja: callar y ocultar nuestra posición hasta estar fuera de Rusia. Alejados ya de aquel país, de aquel peligro y de toda influencia de amigos y enemigos, dando libre expansión a nues-

tras conciencias, nuestro deseo y deber es decir lo que es Rusia y cómo hemos conseguido salir.

El último día lo pasé todo en francachela de alegría. Desde que Losovski me anunció que estaba todo arreglado, se notaba en mí un movimiento inusitado de ir y venir. Sólo unas cuartillas faltaban para completar lo que tantos meses tardé para conseguir. Las hice, aunque contra mi voluntad, porque ellas representaban mi libertad. ¡No hay nada más fuerte que la ilusión en el hombre ni voluntad tan férrea como cuando se persigue una cosa!

Quien nada perdió, nada busca si sabe luchar. Nunca se consigue todo lo que uno quiere. ¡Ay del día que se consiguiera! Entonces sobraría el hombre.

El día referido fué corto como una noche de bodas. Visité a todos mis amigos. Me era imposible contener la emoción producida en mí.

—¡Me voy!—gritaba, como un loco enfurecido—. ¡Conseguí la salida de Rusia!

¿Quién podría escapar de aquel entusiasmo? ¡Once años habían muerto en mí fuera de España! ¡Extrañado en otros países de Europa, y después de esta larga ausencia volvía de nuevo al nido de mi familia y amigos! Terminaba mi peregrinación por el mundo. Veía ante mí horizontes nuevos que me recordaban algunas tragedias pasadas. Mas no por esto me acobardaba. Veía de nuevo sobre el rojo horizonte nuevas

luchas titánicas que nos presentaría el nuevo régimen republicano español.

—¡No importa! — me decía—. ¡Lucharé como luché siempre! Hasta que la humanidad consiga ser libre, la lucha será de los Quijotes. La tranquilidad, para los adaptables, para los Sanchos que no tienen musas a quienes cantar y lanzar sus sonrisas de amor.

Entregado en el deleite de mis ensueños, se acercaba la hora de ir a recoger el pasaporte. Una maldición más debía brotar de mis labios. Toda la alegría del día había muerto en dos minutos. Dos palabras fueron suficientes para entristecer de nuevo la vida de un hombre. ¿Quién podía esperar semejante sorpresa?

Cuando me dijeron en el Profintern que debía marcharme solo, sentí un peso sobre mi cabeza como si hubiera recibido varios golpes de maza.

—¡Solo!—exclamé—. ¿Y a mi compañera e hija, no se las deja salir?

—Sí—me contestaron—; pero no pueden ir juntos.

—¿Por qué?

—Por las condiciones en que tú debes salir.

—¿Y cuándo se las dejará salir?

—Hasta que tú llegues a España y consigas legalizar tu situación. Entonces escribes una simple carta reclamándolas y se les autorizará su salida de Rusia.

Así quedamos, aunque en mí surgieron grandes sospechas. ¿Será que los bolcheviques querrán saber cómo me manifiesto una vez fuera de Rusia? ¿Las retendrán en rehenes para mantener una coacción constante so-

bre mí, a fin de que no diga la verdad sobre lo que pasa en Rusia?

Mientras me hacía estas preguntas se acercaba el momento de ir a la estación a coger el tren Moscú-Leningrado. Sonaron las diez. Silbó la locomotora. Un empleado gritó: "¡Viajeros, al tren!". Besé a todos. Mis ojos se humedecieron de dolor al dejar allí a mis dos seres queridos y a otros amigos que vinieron a despedirme. ¡Todos en sus rostros reflejaban el deseo de ausentarse también! ¿Lo conseguirían? He ahí la incógnita.

Esta fué mi lucha durante el trayecto que separa las dos grandes capitales. Llegué a la mañana siguiente a Leningrado (Petrogrado). Me instalé en uno de los hoteles más céntricos. Allí estuve dos días, hasta que fuí conducido del hotel a un barco en el que marché con dirección a Hamburgo, el mayor puerto de Alemania y uno de los más importantes de Europa.

Así conseguí mi libertad, y mi vida me brindaba una nueva era de lucha para combatir a un sistema que en sí no puede tener nada de común con las luchas que el proletariado mantiene contra el capitalismo y el Estado. Salí de Rusia, no para callar y silenciar lo que allí pasa, sino para ser el heraldo de los que trabajan y sufren en las mazmorras soviéticas el dolor y la desesperación, producto de la dictadura staliniana.

FIN

## INDICE

	<u>Páginas</u>
Prólogo . . . . .	5
Introducción . . . . .	13
Cap. I. Mi primera impresión del cambio de Régimen en España. - Gestiones para salir de Rusia . . . . .	31
Cap. II. La farsa de las Delegaciones que van a Rusia. - Los Teatros. - Una cena en el Kremlin . . . . .	52
Cap. III. Lo que fueron siempre los partidos políticos. - Un viaje por la Ukrania. - Quién fué Majno.- La finalidad del movimiento Majnovista. - Una visita al Museo de la Revolución en Moscou . . . . .	73
Cap. IV. La política bolchevique.- De como el partido comunista mediatiza todas las organizaciones. - Los Soviets instrumentos del partido . . . . .	107
Cap. V. Aspectos generales de la vida en la U. R. R. S. - Mi retorno a España. - Cómo conseguí salir de Rusia . . . . .	122